FRAY MOCHO



"MADREPERLA"

N.° 730

a $ 203.565 ASCIENDE EL VALOR DE LOS BONOS DE AHORRO

HALLADOS EN LOS FOSFOROS

POR LOS CONSUMIDORES

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECCION TELEGRAFICA "AHORROPOST" BUENOS AIRES

Señor Gerente de la
COMPAÑIA GENERAL DE FOSFOROS

Presente

Comunicamos a Vd. que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta el 31 de enero próximo pasado y desde el 1º de febrero hasta la fecha, los BONOS DE AHORRO y las ORDENES DE DEPOSITOS respectivamente, de esa Compañía presentados para acreditar en libretas de ahorro, asciendan a las siguientes cantidades:

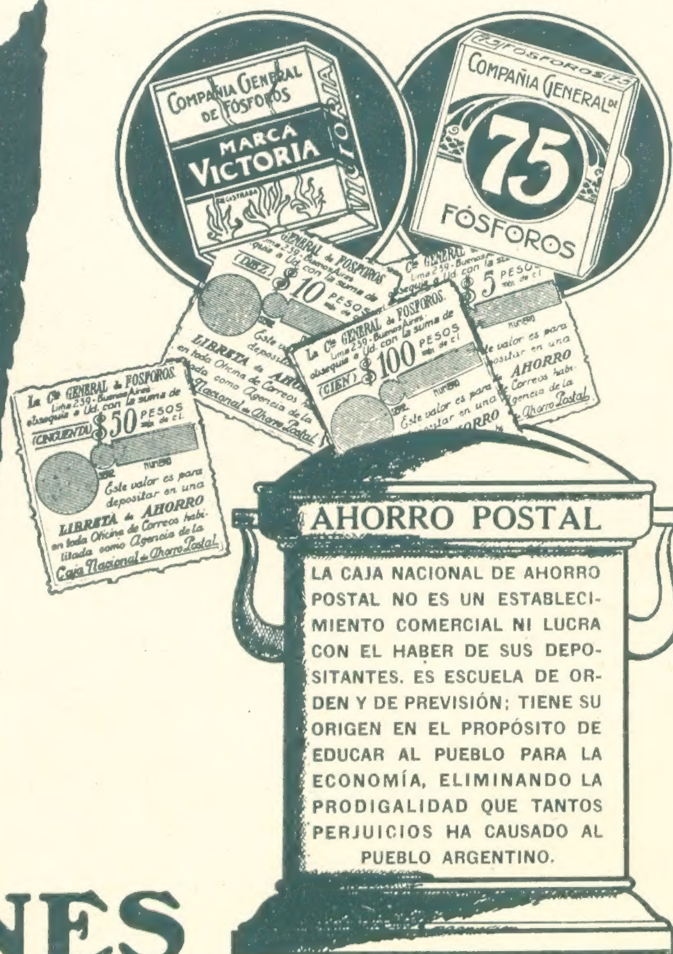
Meses	CANTIDAD	IMPORTE
Diciembre/924 a Enero/926 -Bonos	25.213	$ 181.925
Febrero/926-Ordenes de Depósitos	663	" 4.845
En Marzo/926 " " "	2.367	" 16.795
TOTALES .	28.243	$ 203.565

Saluda a Vd. muy atentamente.

Buenos Aires, marzo 31/926.

F.-

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL SUB-CONTADOR



TRES RAZONES

JUSTIFICAN LA PREFERENCIA DEL PÚBLICO SIN DISTINCIÓN

EN FAVOR DE LOS FÓSFOROS

MARCAS "VICTORIA" y "75"



1º

PORQUE FOMENTAN EL AHORRO

COMO MEDIO DE BIENESTAR INDIVIDUAL Y DE ENGRANDECIMIENTO DE LA PATRIA



2º

PORQUE ES UN PRODUCTO ARGENTINO

LA ESTEARINA ES PROCEDENTE DE LOS SEBOS NACIONALES.
EL PABILO ES ELABORADO CON EL ALGODÓN DEL CHACO.
LA CAJITA CON CARTÓN DE PRODUCCIÓN NACIONAL.



3º

PORQUE SON LOS MEJORES FÓSFOROS

Y LO MEJOR SIEMPRE RESULTA LO MAS BARATO SEGÚN EL ADAGIO POPULAR.



FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 20 de abril de 1926 — Núm. 730

EL ESPANTO

Por MAURICIO LEVEL

—¿De modo que nos deja usted?—me dijo el inválido.

—Es preciso. Debo estar en Marsella el lunes por la mañana. Esta noche, en la estación de Lyón tomo el rápido de las 10.50. Es un buen tren... Pero usted debe de conocerlo, porque si no me equivoco, antes de su enfermedad era empleado del París-Lyón-Mediterráneo.

Cerró los ojos, y palideciendo de repente, murmuró:

—Sí..., lo conozco... ¡Oh, sí!...

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Calló un instante, y luego repuso:

—¡Nadie lo conoce mejor que yo!...

Creí que lo que lo enternecía era únicamente el recuerdo de su antigua profesión, y le dije:

—¡Ah, es una buena ocupación! ¡Un oficio inteligente!

Se estremeció, y con su pobre cuerpo paralítico tendido por un esfuerzo violento, como si quisiera enderezarse, con los ojos secos pero llenos de angustia, protestó:

—¡Oh, señor!... ¡No diga usted eso! ¡Buen oficio!... Dirá usted que es un oficio de terror y de muerte..., un oficio de espanto y pesadillas. Oiga usted... Yo no soy nada para usted, pero hágame un favor... Tome el tren que guste, pero no el de las 10.50.

—¿Y por qué?—pregunté sonriendo.—¿Es usted supersticioso?

—No soy supersticioso... Soy sencillamente el maquinista que conducía el rápido número 17, el día de la catástrofe del 24 de julio de 1894. Y es un recuerdo de mi vida, tal, que nunca podrá borrarse de mi memoria...

"Habíamos salido de la estación de Lyón a la hora reglamentaria y corríamos hacía cerca de dos horas. Había hecho un día sofocante. En la plataforma de la máquina y a pesar de la velocidad a que marchábamos, el aire nos llegaba al rostro pesado, repugnante. Verdadero tiempo de tormenta...

De repente, como si se hubiera hecho girar la llave de una lámpara eléctrica, todo se apagó en el cielo. Ni una estrella... Grandes relámpagos rayaban la noche con una claridad tan violenta y tan blanca, que tras ellos la obscuridad parecía negra como tinta.

—¡Ya está! ¡Va a llover!—dije a mi fogonero.

—¡Ya era tiempo!—me contestó.—Ya no se podía estar en este horno. Pero habrá que estar muy atento a las señales.

—No tengas miedo. ¡Ya abro los ojos!

Tronaba tan fuerte, que yo no oía ni el estrépito de las ruedas ni el resuello de la locomotora. La lluvia no llegaba pero se acercaba la tempestad. Corríamos en su misma dirección. Hubiérase dicho que la perseguíamos.

Por poco miedoso que uno sea, siempre le causa efecto verse lanzado a la tormenta sobre la fiera de acero que se precipita como una loca.

Delante de nosotros—¡oh, ni a cien metros siquiera!—un rayo picó derecho en el suelo, y todavía brillaba cuando estalló una detonación terrible, luego otra, tan tremenda, que cerré los ojos y caí de rodillas.

Así permanecí algunos segundos, perdida completamente la noción de las cosas, azorado, aplastado, en esa especie de entorpecimiento que se debe de sentir después de un formidable puñetazo en la nuca.

Por fin, recobré el sentido. Seguía de rodillas con la espalda apoyada en la pared de la plataforma. Me pareció que volvía de centenares de leguas. Traté de levantarme. Imposible. Tenía las piernas blandas, impotentes. Creí haberme roto algo en la caída. Sin embargo, no sentía dolor alguno, por ligero que fuese. Quise enderezarme valiéndome de las manos... ¡Los brazos me colgaban inertes!...

Y allí estaba, tirado como un harapo, con la sensación realmente extraordinaria de que ni mis brazos ni mis piernas eran ya míos, de que ya no los manejaba..., o de que ya no querían obedecerme..., de que eran cosas sin fuerza, sin vida, como mis ropas que el viento agitaba... No sé qué sentimiento o qué poder me impedía abrir los ojos...

Corríamos a toda velocidad. La tormenta roncaba todavía, pero menos ruda, más lejana. Caía la lluvia. Yo la oía crepitar sobre el acero y sentía sus gotas tibias en el rostro.

Un gran desahogo habíase producido en mí. Me sentía realmente bien, sano, algo cansado nada más. El recuerdo de mi obligación, de mi trabajo, me arrancó, sin embargo, a la somnolencia, y sin comprender todavía por qué extraño fenómeno me hallaba como paralizado, llamé al fogonero para que me ayudase a levantarme...

No tuve respuesta.

En una máquina lanzada a toda velocidad, hay un ruido ensordecedor. Lo llamé otra vez, más fuerte.

—¡Francisco! ¡Eh, Francisco!... ¡Una manito!...

¡Nada! Entonces sentí una angustia. Tuve miedo. ¿Miedo de quién?, ¿de qué?... No lo sabía... Abrí los ojos y lancé un alarido: sí, tuve que lanzar un alarido de espanto...

La plataforma estaba vacía. ¡Mi fogonero había desaparecido!

En aquel segundo, con una rapidez, con una claridad sorprendente, vi cuanto había pasado desde el rayo que me arrojó de rodillas.

El rayo había estallado sobre nosotros, fulminando al fogonero, que rodó a la vía. Yo... ¡estaba paralizado!...

¡No, señor!, aunque fuera un sabio y buscara palabras y más palabras, ninguna del mundo podría darle idea del terror que se apoderó de mí. Bien sé que en el fuego los soldados ven caer a los camaradas a su alrededor, y se quedan, sin embargo, en sus puestos con el arma en la mano. Pero saben de dónde llega el tiro que los hiere. Ven los cuerpos derribados. Tienen la bala y la guardan sin embargo. Pero mi compañero me había sido arrebatado como por magia. ¡arrancado!..., ¡volatilizado!...

Esto no es nada todavía. Apenas se había precisado esta primera visión, cuando apareció otra... tan terrible, que no puedo evocarla sin temblar.

Detrás de mí, en sus vagones, doscientos pasajeros dormían o conversaban tranquilamente; doscientos seres humanos arrastrados en vertiginosa carrera; doscientos que corrían hacia la muerte, pues sólo tenían para conducirlos un guiñapo, una cosa inerte y sin fuerzas, incapaz hasta de mover un brazo, un paralítico..., ¡un inválido!... ¡yo!...

Y cuanto más incapaz de moverse era mi cuerpo, más trabajaba mi pensamiento los recuerdos y las visiones...

Primero se me apareció el perfil mismo de la línea. Veía ante mí los interminables rieles, brillando al reflejo de la luna. ¡Corríamos!... ¡Volvía a experimentar la sensación de velocidad que se olvida con la costumbre! El tren pasó como un relámpago por una pequeña estación. Por vertiginosa que fuese su carrera tuve tiempo, sin embargo, de distinguir en una oficina, sobre el andén, a un empleado que dormitaba junto al aparato telegráfico. Una o dos trepidaciones sobre la mesa giratoria; el crujido de los discos; la vía rayada por los rieles entrecruzados, de repente más ancha, luego angosta..., la trinchera profunda, y otra vez en la noche, siguiendo la carrera loca...

Después llegó el túnel, en que nos hundimos con un galope de huracán... Y otra vez el camino libre... Yo sabía por donde íbamos, y pensaba:

—¡Esta vez nos aplastamos! Dentro de dos minutos llegaremos a una curva tan fuerte que, con esta marcha, las ruedas van a saltar fuera del riel...

Sin duda, Dios no quiso que fuera allí. La máquina, el tren entero se inclinó, los rieles rechinaron bajo las ruedas enloquecidas... ¡y pasamos!

Aquella cuesta había sido mi gran terror. Respiré. El fuego, no alimentado, iba a apagarse... La máquina se detendría... El guardafreno acudiría a la cabeza del tren... Le diría lo que había pasado... El guarda corre-

El último crimen



El juez. — ¡Como no vayamos en busca del dibujante, y éste nos enseñe la cabeza, no hay manera de reconocer el cadáver!

ría a poner petardos adelante y atrás... ¡Estábamos salvados!...

¡Pero mi tranquilidad no duró mucho! Acabábamos de transponer una estación en que vi una cosa que me hizo erizar el cabello; el disco estaba cerrado. ¡La vía en que entrábamos no estaba libre!...

¡No sé cómo no me he vuelto loco! ¡Imagine usted lo que puede pasar por el cerebro de un hombre que, lanzado en una locomotora a más de cien kilómetros por hora, sabe que un obstáculo le cierra el paso!... Para mí no existía nada más que este pensamiento:

—¡Si no paras, te vas a aplastar con todo tu tren!... Para evitar esa cosa horrible, sólo se necesitaría un ademán, el simple ademán de tomar las palancas que están a cincuenta centímetros de tu mano... Pero no harás ese ademán. No puedes hacerlo... Y todo lo verás... Asistirás al drama... Vivirás la agonía cien veces más espantosa que todas las muertes, de ver ante ti la cosa en que irás a hacerte pedazos..., de mirar cómo crece..., ¡de correr hacia ella!...

Quería cerrar los ojos... No podía... Me era imposible a pesar de todo. Tenía que... ¡Y vi, sí, señor, vi! Adiviné el obstáculo aun antes de que apareciera. Pronto no me cupo duda... Lo que obstruía la vía era un tren descarrilado. ¡Distinguí su sombra y sus luces de atrás! Nos acercábamos. No sé por qué grité: "¡Socorro! ¡Hagan parar!"... ¿Quién podía oírme? Nos acercábamos. Todo en mí estaba muerto, menos la cabeza. Y ésta vivía con la espantosa vida de mis ojos que veían en la noche, de mis oídos que oían todos los rumores sobre el rodar de las ruedas; de mi voluntad que me lanzaba enloquecidas órdenes, como un jefe que trata de reunir a sus soldados en fuga.

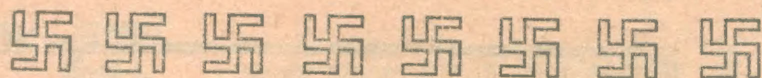
¡Nos acercábamos!... No estábamos más que a quinientos metros... A trescientos... Varias sombras corrían por la vía... a cien... ¡Cien metros, es decir, un relámpago!... ¡Era el fin...! El choque... La matanza...

¡Ah, señor! ¡El que no lo ha visto!...

...Volví en mí bajo un montón de escombros. Gritos horribles rasgaban las tinieblas. Distinguí por el campo gente que corría con faroles, otros que buscaban heridos..., y gritos..., llantos...

Yo lo veía, lo oía todo. No sufría. No pensaba... No pedía socorro siquiera.

Entre dos vigas que se cruzaban sobre mi cabeza, tan cerca, que mis labios las rozaban, miraba solamente un rincón del cielo muy suave, muy puro, en que titilaba una pequeñísima estrella, clara, bonita..., que me daba gusto...



ANTE UN RETRATO

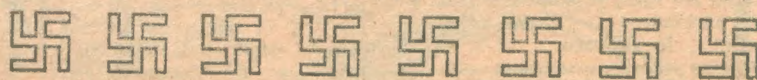
Tal fuí cual tiemblo en esta imagen fría,
cuando luz era mi pensar primero
y tras las sirtes de lo verdadero
hervía resurgiendo mi poesía.

Hoy me envuelve la calma; velo fiero
cubre el suelo que lejos florecía,
ave palustre en la ribera pía,
y yo poco amo ya y nada espero.

¡Oh, imágenes de gloria, vana espuma!
¡Tú vencedora Italia y con fiereza
tu libertad del arte coronada!

En el fango de hoy no resta nada
más que arrojar desdenes por la pluma
y a las Parcas un día mi cabeza.

Giosué **CARDUCCI.**



En Africa existe la raza más primitiva del mundo

Africa puede envanecerse de ser la cuna de la raza más primitiva del mundo. Los hombres de los bosques de Kalabari no tienen otro ideal en la vida que el de la nutrición, y comen toda clase de animales, desde el gamo y el chacal a la serpiente y al escorpión. Ese grupo étnico constituye la reliquia de un pasado prehistórico y la ha descubierto una misión de exploradores norteamericanos, que realizaron la expedición por cuenta de la Universidad de Dénver para obtener películas de costumbres de los pueblos salvajes con destino a la biblioteca de aquella Universidad, en la que se está filmando una colección de dibujos fotográficos y películas de todas las razas humanas.

Además de llevar consigo los aparatos de cinematografía, gramófonos, el conveniente armamento, etc., los expedicionarios iban bien provistos de tabaco, dulces, azúcar y otros artículos cuya donación a los salvajes había de asegurarles la simpatía de éstos y su conformidad a servir de modelos para las películas.

Salió la expedición de la ciudad de Cabo y llegaron a las cataratas del río Orange, donde hicieron la primera película de la serie.

Vindhoek, capital del Africa del Suroeste les sirvió de base, y desde aquí la expedición marchó hacia el lago de Etasha Pan, de cuatro mil quinientas millas de extensión, y en donde ningún hombre blanco se había atrevido a llegar. Felizmente pudieron conseguir que los miembros de la tribu Heikum Bush les dejasen establecer un campamento junto al lago, y allí vivieron, durante algún tiempo, los cinco hombres blancos, entre los de Heikum Bush, filmando cada fase de la vida de esta tribu y tomando sin cesar notas de sus costumbres actuales y de su vida pasada.

Los individuos de esta tribu son la personificación de la timidez. A medida que la civilización llega hasta ellos, van retrocediendo y se ocultan en las partes más inaccesibles de sus dominios. El dialecto que hablan es puro Bush, y aunque los miembros de la expedición trataron de aprenderlo, no consiguieron después de seis semanas de estudio, aprender una sola palabra, y sólo los presentes de tabaco, azúcar, dulces, pudieron suplir el desconocimiento lingüístico de los expedicionarios.

El vestido de las gentes de Heikum es idéntico en los hombres que en las mujeres y consiste en una piel que deslizan por los lomos, pendiente de la cintura, llevando desnudas las restantes partes del cuerpo. Su alimento principal son los bulbos y raíces, y también las piezas que cobran por medio de flechas envenenadas. Acostumbran a comer la carne corrompida de los animales que las fieras devoran. La forma de caza es típica de estos pueblos salvajes y en el acecho y persecución de los animales muestran una paciencia y una astucia mayor que la que muestra el animal al huir. La forma más característica es la de acorralar al animal, dejarlo marchar e ir siguiendo su rastro hasta que, completamente agotado, éste termina por rendirse. La vuelta de los cazadores es acogida con danzas, en las cuales toman parte las mujeres y los niños.

Producen el fuego según el método primitivo de frotación, y las prácticas culinarias no se diferencian en nada de las de los hombres de la caverna, y no conocen los útiles que hasta los pueblos más salvajes conocen, sino que se valen de groseras escudillas de barro para esos usos.

Según Mr. J. O. Hulse, este pueblo constituye "la raza más primitiva del mundo". Viven de una forma particular, sin tener lazos de religión, ni de moral, ni de derecho. Viven sin formar tribus, en grupos de cinco o seis individuos; no tienen forma de gobierno y no conocen superior alguno a quien estén sometidos. Cuando algún individuo de otras tribus llega hasta ellos, no los consideran como seres humanos, sino como un animal más de los que a diario contemplan, y, aun cuando no son caníbales, cuando se aproximan épocas de hambre continuadas, se han dado casos de antropofagía. Es la raza que alcanza mayor longevidad de todo el mundo y los casos de centenarios son muy corrientes en esta tribu.

Los miembros de la expedición de Dénver salieron de Capetown en enero de 1922 para los Estados Unidos y su película de la tribu de Heikum, que mide más de 6.000 metros, se conoció en América y en la Gran Bretaña poco después de la vuelta de los expedicionarios. Ella constituye el único documento auténtico de un pueblo que, al ser conocido por las gentes de los continentes, les dará una concepción exacta de la raza más primitiva del mundo.

Desde cuándo se emplea el carbón de piedra

El carbón de piedra no es de los primeros productos que la Humanidad empezó a emplear, y aun cuando se usase en otras edades de la Historia, no existen vestigios de ese uso, al menos en Europa, hasta el año 1066. En este año Guillermo el Conquistador, rey de Inglaterra, dispuso en favor de uno de sus caballeros, de las minas de Newcastle.

Causaba enorme extrañeza ver arder ese carbón, al que muchos—aun gente ilustrada, como Marco Polo—tomaban por piedra o mármol.

En Francia, el uso del carbón de piedra es posterior a esta época, pues se cree que hasta el año 1330 no comenzó a extraérsele de las minas de La Roche-la-Molière en la cuenca del Loire. Siempre se tuvo prevención al quemarlo, y en 1520 se consultó a la Facultad de Medicina de París para saber si no sería antihigiénico quemar el carbón de piedra. La respuesta de la docta Corporación fué que se podía quemar sin peligro, siempre que se tomasen precauciones para la salida del humo.

Los pueblos del Mediodía de Europa no conocieron el carbón de piedra sino algún tiempo después.

El escultor Torrigiano

Pedro Torrigiano nació en Florencia en 1472, y florecía en Roma en tiempo de Miguel Angel; después de haber ejecutado en Inglaterra, donde le llamó su reputación, los hermosos sepulcros de Margarita, condesa de Richmond, y de su hijo Enrique VII, que se hallaban en la abadía de Westminster, pasó a España, y entre otras obras hizo una figura de la caridad y un *Ecce Homo* para la capilla Real de Granada, que son consideradas como obras maestras, y sólo comparables con las estatuas del mismo autor de San Jerónimo y San León, que ejecutó para el convento de Jerónimos de Sevilla.

El fin de este famoso artista fué deplorable. Estaba trabajando en una figura del Niño Jesús para un grande de España, y aunque no había ajustado el precio, el comprador, que era muy rico, había ofrecido pagar la obra según su mérito.

Torrigiano hizo un primor del arte, el mismo noble lo admiró con entusiasmo, diciendo que le faltaban expresiones para alabarlo; al día siguiente envió a Torrigiano por sus criados muchos y muy pesados sacos de dinero. El artista, al verlos, se consideró dignamente recompensado; pero al abrirlos encontró que sólo contenían 30 ducados en moneda de cobre. Indignado Torrigiano, con razón, agarró un martillo, hizo pedazos la figura y echó de su casa a los criados con los sacos que habían llevado, mandándoles que contasen a su amo cuanto acababan de presenciar.

Irritado el noble fué a encontrar inmediatamente al inquisidor, y acusó al artista de haber puesto sus sacrílegas manos en el Niño Jesús, fingiendo temblar de espanto al referir tan nefando desacato. En vano alegó Torrigiano, para disculpar una acción hija de la cólera, que el creador tiene derecho de destruir sus obras; en vano llamó en su ayuda a la justicia, siendo su juez el fanatismo. El infeliz expiró, según unos, en medio de horribles tormentos, y según otros, para evitar la afrenta y la hoguera, se mató de hambre, en el año 1522.

EL "BERRETIN" DE LA AVIACION, *por Rojas*



—Si yo fuera aviador estaría con usted metido siempre en el aeroplano.
—Acabaríamos por aburrirnos.
—No lo crea usted: la vida la pasaríamos en un vuelo.

—Usted, con un motor y un fuselaje barato, podría ser aviador.
—¿Y las alas?
—Ya tiene usted bastante con las del sombrero.

—Crea usted, amigo, que en Buenos Aires no nos asustan ni los raids transoceánicos con todos los aviadores juntos ni ningún as de la aviación.
—¿En qué se funda usted?
—En que aquí, el que no corre vuela.

—Estoy temiendo que Pepito rompa nuestras relaciones amorosas si se entera de la mancha que pesa sobre nuestra familia.
—¿No es Pepito aviador? Pues si se entera, que pase sobre la mancha.

—¿De vuelta del veraneo? ¿Dónde estuvieron?
—"Amarizamos" en Mar Chiquita.

UNA CARRERA

POR FEDERICO BOUTET

—Que entre—ordenó el señor Lehardoy al ordenanza.

Introducido por el ordenanza, entró un sujeto modestamente vestido, de aspecto de empleado sin ocupación.

—Perdóneme—dijo—mi insistencia en ser recibido. Me mueve a ello un interés personal y, sobre todo, el respeto y admiración que merecen su inteligencia y su honradez.

—Hable usted—dijo secamente el señor Lehardoy.

—Me llamo Luis Bavier, soy licenciado de Derecho y he sido durante veinte años empleado de Banca, y ahora me encuentro sin colocación.

El señor Lehardoy hizo ademán de llamar al timbre.

—No llame usted. Vengo a hacerle un servicio. Vengo para abrirle los ojos respecto de cierta persona. Su secretario particular, su hombre de confianza, el señor Vignol, acaba de morir. ¿Es cierto que piensa usted reemplazarle por uno de los jefes, por el señor Latreille?

—No tengo nada decidido sobre el particular; pero, además, eso es cuenta mía.

—Es que el señor Latreille es un ladrón y un presidiario.

—¿Eh?

—La verdad. Comprendo su indignación. Hace quince años yo estaba empleado en Rouen, en la misma casa que Latreille. Cometió desfalcos de importancia y fué juzgado y condenado. Cumplida la condena, desapareció, y ahora lo encuentro en esta ciudad, a la que he venido para arreglar un asunto de herencia. Lo he reconocido, aunque se ha dejado la barba. El no me ha conocido. Me he informado; he sabido que lleva diez años en su casa y que usted le otorga cierta confianza, y vengo, caballero, a decirle quién es ese hombre. Es un ladrón. ¡Un ladrón empleado en casa del honrado señor Lehardoy! ¡Qué vergüenza y qué escándalo! Por fortuna, yo he podido abrirle los ojos.

El señor Lehardoy, que había escuchado impasible, contestó fríamente:

—Le mando que se retire. Calumnia usted a un hombre estimable, a un empleado fiel, cuya vida conozco. Quiero creer que semejanza de nombre o un parecido físico le han inducido a error.

Llamó. El ordenanza acompañó al visitante, que se retiró desconcertado.

Una vez solo, el señor Lehardoy se entregó a profundas reflexiones. Llamó:

—Que venga el señor Latreille.

Cinco minutos después, el señor Latreille estaba en pie ante su patrón. Era un hombre correcto, de aspecto serio.

—Señor Latreille—dijo el señor Lehardoy en el tono imperioso que le era habitual.—He pensado en usted para ocupar la vacante que ha dejado mi secretario Vignol.

—Señor director, no creo merecer...

—Un momento. Usted conoce todas las ventajas de ese cargo de confianza, y es preciso que conozca todas las obligaciones. Pero, ante todo, para que la situación quede perfectamente clara, una pregunta, señor Latreille. ¿Conoce usted Rouen? ¿Conoce usted, sobre todo, su Palacio de Justicia?

El señor Latreille palideció.

—¿No ha recorrido usted sus pasillos hace quince años?

—Señor...—balbuceó el señor Latreille, descompuesto.—En efecto, he cometido una falta. Era joven..., muy joven... Conocí a una mujer que fué para mí el mundo entero..., y en un momento de locura... robé. ¡Qué vergüenza! Desde hace quince años, señor director, sólo vivo para redimir mi falta. Le juro que desde entonces la más estricta honradez...

—Señor Latreille—le interrumpió el señor Lehardoy,— he decidido hacerle mi hombre de confianza.

—¿A pesar de lo que acabo de decirle? Le juro a usted que mi gratitud será eterna.

El señor Latreille había dado dos pasos hacia su director. Este le detuvo con un gesto.

—Señor Latreille, voy a ponerlo al corriente de sus funciones. La casa Lehardoy no es sólo lo que usted conoce. Voy a ponerle al corriente de todos los asuntos que tendrá usted que tratar por mí...

El señor Lehardoy habló largo rato. El señor Latreille le escuchó al pronto con sorpresa, sin dar crédito a lo que oía, y luego con una especie de espanto. Las palabras de su director le enseñaron que bajo el virtuoso señor Lehardoy, cuya austeridad y probidad eran legendaria, se ocultaba otro. Lehardoy desconocido, hipócrita y granuja, que se dedicaba a hábiles operaciones para despojar a sus semejantes sin franquear los límites de la legalidad.

—Señor director—dijo éste temblando,—no me creo capaz... Mi primera falta...

No siguió. Comprendía que, justamente por aquella falta, era el elegido. Por aquella falta, Lehardoy lo tenía en su poder y lo aniquilaría en cuanto se lo propusiese.

—Entonces..., ¿conformes?—preguntó el señor Lehardoy, como si el empleado no hubiese hecho la menor protesta.

—Conformes, señor director—respondió humildemente el señor Latreille.

Salió del despacho de su patrón. ¿Arrepentirse? Se encogió de hombros.



LA HONDA AJENA

(Cuento sobre la envidia)

POR MARIO BRAVO

Era en la escuela de la aldea. Durante el recreo, el viejo maestro tuvo que aclarar la causa de una violenta pelea entre dos de sus más jóvenes colegiales. El caso era sencillo. Según el testimonio de Santiago, uno de los alumnos mayores que confirmaba las declaraciones sumariales de Pedro, de Antonio y de Esteban, los niños Juan y Ernesto habían reñido por una honda.

—Señor—declaró Santiago;—yo sé que Juan tiene la honda muy linda y muy certera, y Ernesto se la ha pedido muchas veces. Han reñido en días atrás por la misma causa. Ernesto quiere tener una honda igual o mejor para poder cazar los pájaros en los árboles de su casa o en los árboles del camino.

El maestro llamó a Juan y éste dijo todo atemorizado:

—Señor: es cierto que yo tengo una honda, pero no la tengo para malos usos. Mi honda me sirve para espantar los gorriones del sembrado, para apercibir al rebaño y para evitar que los perros persigan a los corderitos.

Ernesto, llamado a declarar, sin ocultar su cólera, confesó que, efectivamente, quería tener la honda de Juan porque la que él tenía no era buena.

—... porque con la mía—dijo—no puedo acertar nunca.

El maestro comprendió sin gran dificultad que el asunto era sencillo; la causa de la disputa no era la honda, sino la incapacidad de Ernesto para manejarla, y no pudiendo resignarse su condición de muchacho inhábil, quería suplir su deficiencia quitándole la honda a Juan, por la fuerza, para que éste no pudiera sobrepasarlo ante el concepto del mundo escolar.

—Eres un envidioso—díjole el maestro al niño.—En lugar de procurarte la honda de Juan, debías aprender a manejar la tuya.

Y como ya terminaba el recreo, mientras los niños se formaban para entrar en clase, el maestro terminó sus reflexiones, agregando:

—La envidia es el peor defecto que puede tener un niño y la más repugnante pasión que puede dominar a un hombre.

Cuando los niños del grado ocuparon sus asientos, el maestro comenzó, como era de estilo en otros tiempos, su clase de moral con el siguiente relato:

—Antes de que nacieran nuestros abuelos, muchísimos años antes, vivía, a no muy larga distancia del río, una pobre viejecita. Era la viejecita más pobre de la aldea. Se ocupaba en lavar la ropa de algunos vecinos, entre ellos, un señor de grandes extensiones, de muchísimo ganado, el hombre más rico de esta región. Una tarde, mientras la viejecita lavaba la ropa a orillas del río, se le escapó de las manos el corpiño de la hija mayor del señor de la aldea. Se precipitó para tomarlo, pero la corriente lo hizo desaparecer y sus esfuerzos fueron inútiles. La pobre anciana sabía cuantos contratiempos podía significarle este percance, y se dió a llorar sin consuelo. En esto apareció a su lado un viejo con traza de peregrino, con su báculo y su morral. Sucio, andrajoso, llagado, apenas si podía tenerse de pie.

—¿Por qué lloras con tanta desesperación, hija mía?—interrogó.

Y la viejecita le contó lo que le había sucedido.

—Todo ha de remediarse—le dijo el peregrino.—Yo te ayudaré a recuperar la prenda que has perdido, si me haces la caridad de curarme. Tengo el cuerpo lleno de heridas, tengo los pies llagados de tanto caminar por el mundo, tengo mis ropas destruídas por las zarzas y por el tiempo.

La mujer llena de esperanzas, curó las llagas, lavó las heridas, cosió las rasgaduras de la ropa y le ayudó a cruzar el río. Cuando estaban en la otra orilla, el viejo se despidió, diciéndole:

—Eres una buena mujer. No me has preguntado ni quién soy, ni de dónde vengo, ni adónde me dirijo, y me has hecho todo el bien que te he pedido y que has podido. Cuando vuelvas a tu trabajo tendrás todo lo que quieras con sólo desearlo.

La anciana no dió mucha importancia a tan grandes promesas, pensando que lo único que quería por el momento, era encontrar el corpiño de la hija mayor, y regresó a la otra orilla. Grande fué su asombro al ver sobre las ropas exprimidas, abierto y limpio, el perdido corpiño.

Cuando terminó su trabajo, la viejecita arregló la ropa lavada y subió la empinada barranca, llena de alegría por haber salvado con felicidad incomparable el doloroso contratiempo. Entraba en la aldea, y al ver su casucha miserable, dijo:

—Ah, esta mi casa, tan solitaria, tan pobre, tan desabrigada. ¡Cómo quisiera tener una casa mejor para descansar en mis últimos años!

Apenas había terminado de expresar sus deseos, cuando vió que su vivienda desaparecía y en su lugar manos invisibles levantaban prodigiosamente una nueva construcción, que quedó concluída en pocos instantes.

No quería creerlo, le parecía un sueño, y al disponerse a seguir el camino en busca de abrigo, sintió una voz, igual a la voz del peregrino, que le decía:

—Esta es ahora tu casa. Puedes entrar y habitarla.

La anciana entró en la casa y contempló, deslumbrada, todas las comodidades que se le ofrecían, y después de tomar su comida frugal, se acostó, por primera vez en su vida, en un lecho de muelle blandura. Cuando se durmió soñó con su lejana juventud, con su vejez presente y con su muerte próxima, y oyó la misma voz que le despertaba para decirle:

—De hoy en adelante, por todos los siglos, serás siempre joven, no sentirás el cansancio de la vida, no morirás jamás.

Al día siguiente los vecinos de la aldea se sorprendieron al contemplar lo que hasta el día anterior no había existido. Llamaron a la anciana por su nombre, y los que eran viejos como ella la vieron como en los días de su juventud, y la interrogaron para conocer el secreto de tan sobrenatural cambio. Ella contó, con precisos detalles, todo lo que le había sucedido, y el reducido vecindario entró en pequeño desasosiego.

Al día siguiente había aumentado considerablemente el número de las lavanderas que iban al río a lavar en la esperanza de tener un encuentro feliz con el peregrino, pero éste no apareció.

Entre las gentes de la aldea que no pudieron mirar con calma la inesperada felicidad de la anciana se contaban, por supuesto, las hijas del gran señor. No eran ellas las únicas que tenían grandes comodidades y riquezas, y la abundancia, el esplendor, la juventud y la belleza de la antigua viejita lavandera las llegó a conturbar en extremo y a causarle los más perniciosos pensamientos. De noche, aprovechándose de las sombras, se llegaban hasta la nueva vivienda de su antigua servidora para proferirle desde la obscuridad los más agudos sarcasmos o las más crueles calumnias. Pero como nada obtuvieran en su afán de menguar su felicidad y su bien, por propia decisión la hija del rico fué también al río a lavar, en la esperanza de encontrar al viejo providencial que aumentará sus cuantiosos bienes y le colmara de nuevos dones.

Estaba puesta en la tarea, y para seguir los pasos del relato de la favorecida, dejó caer al agua intencionadamente su delicado corpiño y entregóse a desesperado llanto y a agudos clamores, pensando que cuanto más agudos y más desesperados serían escuchados más pronto por el misterioso peregrino.

En efecto, a poco sintió que una voz se dirigía a ella, diciéndole con infinita dulzura:

—¿Por qué tanto dolor y tanto llanto, hija mía?

La hija mayor vió al viejo peregrino, deshilachado, herido, llagado, con su báculo y su morral, como lo describiera la favorecida, y siguiendo el relato, contestó:

—Mientras lavaba, la corriente me ha arrebatado el corpiño y me traerá gran daño si no puedo recuperarlo.

Y siguió lamentándose. El peregrino le dijo:

—Todo ha de remediarse. Yo te ayudaré a recuperar la prenda que has perdido, si haces la caridad de curarme. Tengo el cuerpo cubierto de heridas, tengo los pies llagados de tanto caminar por el mundo, tengo las ropas desgarradas por las zarzas y por el tiempo.

Y al par que hablaba descubría sus heridas, y sus llagas y ofrecía sus miserables ropas. La hija mayor contemplaba con repugnancia, sin disimulo, aquel cuerpo lacerado y enfermo, y quiso hacer la caridad con premura en tal trance a que no estaba acostumbrada. Con precipitación limpió mal las heridas, curó mal las llagas y cosió peor las ropas del mendigo. Cuando hubo terminado le ayudó a cruzar el río sin cuidarse de hacerlo con delicadeza para que los pies del peregrino no sufriera dolor al tocar las piedras del cauce. Al despedirse le dijo el peregrino:

—Eres una buena mujer. No me has preguntado ni quién soy, ni de dónde vengo, ni adónde me dirijo, si soy rico o pobre, bueno o malo, y me has hecho todo el bien como has podido. Cuando vuelvas a tu trabajo tendrás allí el corpiño de la hija mayor y cuando vuelvas a la aldea tendrás lo que quieras con sólo desearlo.

Apenas el anciano terminó de hablar, se alejó, y la hija mayor volvió a la otra orilla en busca de su peregrino. Pero cual no sería su asombro al ver que todas sus ropas habían desaparecido, y mayor cuando las buscó sin encontrarlas. Y lanzó la primera maldición regresando a la aldea. Al ver la casa de la favorecida, soñó en su destrucción y vió que la casa era mejorada y embellecida con nuevos adornos. Pidió en su pensamiento una casa igual, y vió que la casa paterna, la mejor que había en la comarca, se transformaba en una casucha miserable, como para los pobres de la aldea. Se miró en la fuente al lavarse los ojos enrojecidos por el llanto, y al contemplarse la mujer más hermosa se vió la más fea de las mujeres. Como se sintiera fatigada, se tendió a dormir a la vera del camino y soñó como la favorecida, en su fealdad presente, en su miseria irremediable, y en su abandono sin consuelo, y pidió morir antes del día para salvarse de su perdurable desesperación. Y en sueños oyó la voz del peregrino que le decía:

—De hoy en adelante, por todos los siglos, serás siempre miserable; tu fealdad será espantosa y repugnante tu presencia, no rejuvenecerás ni morirás nunca, vagarás por la tierra y sólo encontrarás alianza en la sombra sin fin de las malas conciencias.

Al día siguiente la hija mayor, en pos de los dones perdidos y de los inalcanzables dones del cuerpo y del espíritu, vagaba por la comarca buscando el amparo de los malos hombres y de los niños envidiosos para llevarlos, sin duda, a su mismo destino.

Cuando el maestro terminó su relato, los atentos niños tenían los ojos puestos en el colegial de la honda.

HACIA TIERRA BAJA

Rejas de hierro; rosas de grana.
¿A quién esperas,
con esos ojos y esas ojeras,
enjauladita como las fieras
tras de los hierros de tu ventana?
Entre las rejas y los rosales,
¿sueñas amores
de bandoleros galanteadores,
fieros amores como puñales?
Rondar tu calle nunca verás
ese que esperas, porque se fué
toda la España de Merimée.
Por esta calle — tú elegirás —
pasa un notario.
que va al tresillo del boticario
y un usurero, a su Rosario.

También yo paso, viejo y tristón.
Dentro del pecho llevo un león.

Antonio MACHADO.

"EL ABEJORRO"

Por Pedro Ristori Montojo

Un pueblecito andaluz blanco y limpio como el plumaje de una gaviota. Aunque a orillas del mar, el sol, un sol hiperbólico, como buen andaluz, quema y ciega al reflejarse en el caserío de cal. Es la hora sofocante y caliginosa del mediodía, de la siesta; pero Milagritos no duerme, porque, como dice ella, se levanta de muy mal humor y sabor de boca.

Recién lavada y peinada, toma una sillita baja y se sienta en el cierre, rodeada de la costura. Tiene la "mar" de cosas que hacer; un mantelillo para el te, un trapito para el respaldo de una mecedora y un jersey para su sobrino, que cada día crece más, y, por tanto, aumenta el presupuesto para la lana....

Pero no tiene ganas de coser, y se aburre sola. La calle en donde vive, aunque es la principal del pueblo, está completamente vacía, y sólo de cuando en cuando pasa un tranvía, un coche o un borracho. Al menor ruido levanta sigilosamente un visillo, no le interesa lo que ve, y lo deja caer con desaliento y aburrida. Por fin, grita para que se oiga hasta la cocina:

Milagros.—¡Juanilla!

Criada.—Mande osté, zeñorita.

M.—Mira, llégate en un salto a casa de la señorita Lola y dile que venga en seguida, que tengo que decirle una cosa urgente.

C.—No lo va creé, zeñorita...

M.—Bueno, mujer, no importa; tú díselo así.

C.—*(Corriendo por la calle, encantada.)* Ahora mismito, zeñorita.

M.—Anda y ven pronto, que estoy sola.

(Pasa un tranvía lleno de viajeros, y Milagros levanta casi todos los visillos del cierro.)

C.—*(Entrando sin alientos.)* Zeñorita.

M.—¿Qué pasa?

C.—*(Respirando a golpes.)* La zeñorita Lola..., que... ahora... mismito... viene.

M.—¿Pero qué te pasa, criatura, que vienes ahogándote?

C.—¡Casi na, zeñorita! *(Ya más tranquila.)* Que me encontré a mi nuevo pretendiente y creí que me moría der susto.

M.—Pero ¿cuál? ¡Tienes tantos!

C.—Ese tan guapo, que usté dice que parece fino...

M.—No caigo...

C.—Ese que me dijo que me iba a cortar la cara.

M.—¡Ah!, sí, y oye: ¿Qué estaba haciendo la señorita Lola?

C.—Estaba en la azotea regando las macetas.

M.—¿Con er caló que hace?

C.—Pue así estaba.

M.—¿Y qué te dijo?

C.—Qué hasía usté, me preguntó, y le dije que sentá en el cierro cosiendo... Y me dijo que ahora mismito se iba a poné otra blusa y venía pa ca.

M.—Bueno; pues vete a la cocina y ábrele cuando llame.

C.—Está bien, zeñorita... ¡Pero qué susto!, ¡qué susto!, me dió er gachó; creí que me daba un insurto.

M.—No le hagas caso, mujé; "perro que ladra..."

(Llaman a la puerta, y la criada corre abrir a la señorita Lola. Entra, como siempre, cantando flamenco, y muy lavada y peinada, como Milagros. Las dos son bonitas y graciosas: una, en rubio, parece hecha de sol, y la otra, en moreno, parece hecha de sombras...)

Lola.—Ya sé que es mentira la urgencia; pero te acompañaré.

M.—¡Lola! No es mentira. Tengo que darte una noticia, que no sé si te agradará.

L.—*(Rabiando de curiosidad.)* ¡Venga! ¡Pronto!

M.—Pues que tienes un pretendiente; un gran partido. Guapo, con una carrera brillante, rico...

L.—*(Saltando de alegría.)* ¿Cómo se llama? ¿En dónde está? ¿Quién te lo ha dicho? ¡Acaba mujer, que no estoy para estos gorpes!...

M.—No sé cómo se llama; pero te diré también que tiene un inconveniente.

L.—No puede sé. ¿Que le gusto y que tiene un defecto?... Mentira.

M.—Pues sí lo tiene; al menos, para mí.

L.—¿Cuál? Acaba, mujé.

M.—¡Que es viudo!...

L.—¡Vaya una cosa! ¿Y esto es un inconveniente?

M.—Claro que..., según se mire.

L.—No, mujé. Se mire como se mire. ¿Me quieres tú decir qué hombre no es al fin y al cabo... viudo?

M.—¿Qué dices?

L.—Lo que oyes, mujé; que todos, toditos, han pasado por la viudez.

M.—Pues, nada. Entonces, mi enhorabuena completa.

L.—¡No! ¿Cómo que nada? Ahora mismo detalles: cómo lo sabes, quién te lo dijo, cómo se llama...; en fin, todo, todo lo que sepas, y lo que no sepas, lo inventas. Pues no faltara más.

M.—Bueno, bueno, mujé; te diré todo, descuida.

L.—Pues andando, empieza. Pero espera que me siente, no me vaya a dar un "insurto", como a Juanilla, tu criada. ¡Ah!, perdóname: dime primero una cosa, porque puede que tengas que ahorrarte trabajo y saliva. ¿Es joven?

M.—Hija, no lo sé; pero, como viudo, no creo que sea un chiquillo. A mí me lo contó María Peláez ayer mañana, cuando fuí a comulgar, y como habla ella, no pude enterarme más que de lo que te he dicho. Es amigo de su padre y llegó de Madrid... *(Levanta un visillo, y dice asustada.)* ¡Mira, ahí viene; ese debe de ser, no cabe duda, porque trae sombrero hongo!...

L.—*(Corriendo al cierro.)* ¿Cuál? ¿Cuál? ¿Cuál?

M.—Ese, mujé. ¿No lo ve? Er que viene por delante de la confitería.

L.—No tiene mal tipo, tú. *(Levantando más el visillo.)*

M.—Espérate. Vamos a preparar esto para verlo desde aquí y cerca.

(Lolita y Milagritos preparan convenientemente su observatorio mientras el viudo se va aproximando a la ventana. Pasa rozando los hierros, y las dos muchachas, aunque por poco tiempo, han podido observarlo impunemente. Lola se retira con desaliento, desilusionada y con ganas de llorar.)

M.—*(Asustada al ver la pena de su amiga.)* ¿Qué te pasa? ¿No te gusta?

L.—¡Sí, sí me gusta! Pero... ¿No te has fijao en la corbata?

M.—No. ¿Qué tiene?

L.—¿No has visto el alfiler que lleva?

M.—¡No, hija; no me he fijado! Pues no eres tú nadie para los detalles.

L.—Verdad. Esa es mi desgracia; ¡los detalles! *(Casi llorando.)*

M.—¿Pero qué es, mujé? Acaba.

L.—Casi nada. Un abejorro negro como mi suerte.

M.—¿Y eso qué, tonta?

L.—Tonta, ¿verdad?

M.—Sí, sí, completamente tonta de remate.

L.—Pues viudo y con un abejorro en la "mesa de noche", que se case con su abuela.

(Telón lo más rápido posible.)

ESCENARIO POLITICO

Caracteres del ambiente

II

El cándido

Hay seres que han nacido predestinados, los unos para el bien, los otros para el mal. Escépticos, egoístas, perversos, buenos, creyentes, bondadosos, cándidos, ingenuos, inocentes, de todo hay en la viña del Señor. Por eso, no obstante la perversidad ambientes, florece también la rosa mística que eleva los corazones y ennoblece las almas. Por eso, también, en el escenario político entre tantos ejemplares que reproduzco con la buena voluntad del fotógrafo, se halla el cándido. Magüer los escepticismos de la época y las torpezas materiales que sensualizan el ambiente, el cándido es menos raro de lo que podría pensarse. Es tal vez, aunque parezca una enormidad, el ejemplar más abundante de la especie. En política el cándido refleja la faz moral más noble. Casi todos tenemos algo de cándido, olvidando las experiencias de la vida y las sutilezas del criterio cuando juzgamos o razonamos. La candidez es a la política lo que el romanticismo al arte. Por encima de la realidad torpe y nauseabunda en el lejano horizonte flota la nube azul que cada uno alberga en su cerebro y magnifica con su fantasía.

En el largo andar he conocido muchos cándidos en política. Desde el humilde elector al encumbrado personaje que ha escalado las más altas posiciones de la República. Casi siempre el cándido triunfa en su esfera y en su medida. El cándido es por propia naturaleza creyente. El creyente, por propia definición también, tiene una fuerza en sí mismo: sus creencias. Cuando se cree sinceramente se esfuerza también uno sinceramente en ser o en realizar lo que se cree. De ahí su fuerza y el poder imanente que, no obstante la sonrisa irónica y la burla sangrienta, mantiene inalterable ese concepto que ennoblece y esa actitud que resguarda.

Entre los cándidos que me han sido dado tratar me complazco constantemente en recordar la figura simpática y modesta de un partidario y acérrimo defensor de un hombre ilustre. Los años no han amortiguado la fe y el entusiasmo en el prócer, al cual ha dedicado los mejores afanes de su vida. Hoy, en su fuerte ancianidad, sin que los años hayan conseguido encorvarlo, mantiene todavía el ademán cándidamente creyente cuando rememora con voz temblorosa sus entusiasmos juveniles. Su clásica indumentaria—levita cruzada y sombrero de felpa—parece que adquiere un tinte juvenil que actualiza el pasado confundiendo dos épocas, para internarse en el horizonte lejano que vislumbra el porvenir. En este instante y en esta hora la figura clásica del cándido que encarna don Gregorio tiene para mí la augusta serenidad de los próceres que la posteridad admira como ejemplo y enseñanza.

El cándido es siempre un hombre bondadoso, sin que esto importe decir que no tenga defectos que deslustren. Puede ser ignorante o ilustrado, inteligencia mediana o talentosa, modesto o encumbrado, plebeyo o aristócrata, alegre o triste, travieso o circunspecto, iracundo o bonachón, despierto o apagado. Poco o nada influyen en la modalidad que lo caracteriza: es un cándido y basta.

En política el cándido vive siempre pendiente de los labios del caudillo o del hombre influyente. Cree en él como los creyentes en Dios. Sería inútil exhibirle las contradicciones en que incurre o los errores que comete su hombre. Su hombre es un predestinado. Posee todas las calidades y todas las virtudes. Todo lo que hace está bien hecho. Desconfiar sería un agravio. Es necesario creer en él y rodearlo. Ese poder de arrastre suele confundirse creyendo que es una calidad inherente al personaje, cuando en realidad es la fuerza expansiva del cándido que se condensa alrededor de un hombre. Esta modalidad, mal observada, ha producido muchas veces sorpresa. Cuando el cándido por cualquier circunstancia deja de creer en el personaje, el personaje queda solo, para alcanzar con el símil de la fábula la realidad de los hechos. Esto explica muchos prestigios que se esfuman y muchos personajes que desaparecen de la escena. Al alejarse el cándido de ellos se aleja la luz que los destacaba en la sombra, para confundirse de nuevo en la soledad de las tinieblas.

Tal es el significado del cándido en la política del país. Factor preponderante en las luchas cívicas tiene el poder y la eficacia que concretan y definen sus creencias, aceptadas, muchas veces, por la candidez de su espíritu, sin examen ni discusión. Es cándido, porque es creyente, y es creyente, porque es cándido. Esa es su fuerza y esa es su debilidad.

III

El alacrán

Existe entre los caracteres que pululan en el ambiente político, un sujeto que vale y se hace notar constantemente por la perversidad con que se exterioriza en su trato diario. Vive y se desvive para divulgar entre risas y chacotas algunas veces, con ironías al parecer inocentes otras, francamente agresivas de cuando en cuando, disimuladas y compasivas, según sea la jerarquía de la víctima—vive y se desvive, decía, para esparcir el veneno de todos los denuestos con que agravia eludiendo responsabilidades y cubriéndose con el anónimo.

Entre nosotros el sujeto tiene una denominación que califica todas sus calidades. Se le llama *alacrán*. El alacrán es un personaje que oscila al margen de todas las correcciones. Se encuentra siempre alerta para lanzar la injuria y eludir la responsabilidad. Para él no existe hombre honesto ni mujer honrada. Todos se nivelan en sus charlas vivaces, acres, públicas y privadas, murmuradas al oído, lanzadas al acaso, siempre y constantemente con el deliberado propósito de herir reputaciones y amenguar jerarquías. Es crónica viviente de escándalos hipotéticos y de informaciones deformadas por el placer de deprimir y calumniar. En los círculos que frecuenta tiene siempre una novedad con que sorprende o un chisme que sirve de pasto al grupo que le hace coro o lo escucha.

Excusado es decir que el alacrán siempre tiene público. La maledicencia en cualquier reunión es el tema más interesante. Murmurar del prójimo con buena o mala intención es el estimulante más eficaz para avivar las tertulias, cualquiera que sea la clase social y el ambiente en que se realizan. Una tertulia sin murmuración es un plato desabrido que es indispensable condimentar para que pueda saborearse con placer. El condimento es la murmuración. Cuando la murmuración es suave y ligeramente irónica, sin mala intención, sobre hechos y dichos insignificantes, tiene el atractivo y el encanto de la sonrisa que se dibuja en los labios frescos, entre cándidos y maliciosos. En cambio, la murmuración pérfida y canallesca que sin compasión hiere el decoro, la honra y la dignidad, tiene todos los caracteres de un asesinato moral.

Tiene el alacrán, entre nosotros, en el ambiente político, un lugar destacado por su actuación siempre eficaz. Rodea al gobernante que sin excepción escucha complacido todas sus perversidades. Se instala en los despachos de los ministerios, en las antesalas del congreso, con el beneplácito de muchos y la tolerancia de todos. Los unos por temor, los otros por eficaz, lo tienen siempre en gran valimento. Tal vez de un chisme lanzado por el alacrán dependa una posición o una reputación. Por eso se le adula, porque se le teme y se le teme porque se le adula.

En el comité es personaje de fuste, si no por las posiciones aparentes que ocupa, por la real eficacia que ejerce. Los grandes potentados en la política lo emplean como correo de gabinete. Se sirven de él para estar en comunicación y ramificarse entre sombras en todas partes. El alacrán va y lleva mensajes, contestaciones y respuestas, empeños y recomendaciones, promesas y augurios. Es popular en esta hora uno de los hombres peor hablados que tal vez existan en la actualidad como correo de gabinete de uno de los hombres más influyentes en la política del país. Más de un senador y de un ministro se han sentido acariciados al oído por la frase chispeante, agresiva, canallesca del alacrán consabido, que iba en misión reservada para hacerles vislumbrar, más allá de los horizontes visibles, la silueta de un próximo encumbramiento. Y mientras la promesa insinuante y la confidencia hecha con el énfasis de una realidad sabida, perturbaba el criterio de los oyentes, se entremezclaba la perfidia canallesca que denigraba a los adversarios e hipotéticos contendores. La vanidad se sentía halagada y satisfecha, mientras la columna vertebral flexible como el acero, se encorvaba hasta las plantas del todopoderoso, maleado el criterio y apocada la entereza moral. El alacrán cumplía su misión al perturbar conciencias, al sembrar discordias y al herir reputaciones, naturalmente en provecho propio dentro de los términos con que se utilizan sus servicios.

Más de un problema político en el país se ha complicado por la intervención de los alacranes, cuando con la perfidia innata—muchas veces sin otro propósito que satisfacer el instinto de la propia perversidad—han conseguido alterar los términos del problema, al amenguar reputaciones, al sembrar dudas y al deformar los hechos. Después, con el correr del tiempo, aclaradas las circunstancias, los móviles y el propósito, algunos actores de primera fila fatalmente han tenido que confesar el error motivado por la intervención de los alacranes.

Si pudiesen eliminarse los alacranes de la política, se habría simplificado la vida en las manifestaciones complejas de la actividad en un cincuenta por ciento. Sin alacranes la palabra tendría el significado que le asegura la sinceridad sin segundas ni terceras intenciones. La lealtad sin dobleces sellaría todos los esfuerzos para vibrar con la hidalguía que enaltece la existencia en el duro batallar de todos los días.

Baltasar GRACIÁN.

ACUARELAS

I

Tibia la brisa en sosegados vuelos
robando aromas y besando mieles
acaricia de rosas y claveles
la gloria de pintados terciopelos.

Bajo el arco de plata de los cielos,
las aves, entre idílicos doseles,
inundan la quietud de los vergeles
con himnos de esperanzas y consuelos.

Pródiga y clara la marmórea fuente,
el agua bullidora y transparente
como un raudal de sus entrañas mana.

Y allá, sobre los árboles floridos,
mil libadores de topacio y grana
parecen en los cálices dormidos.

II

El indio mar en la desierta playa
con soñolienta majestad se aquieta,
sus cárceles de nácares sujeta
y entre rumores de cristal desmaya.

Las altas cumbres moribundo raya
el patrio sol con su postrer saeta;
el viento, melancólico poeta,
sobre las aguas su canción ensaya.

Su manto de zafir la noche umbría
descuelga; y, en la triste lejanía,
una pálida estrella reverbera.

Y parece que el viejo peregrino,
quebrantando la ley de su destino,
bajo un beso de púrpura durmiera.

Francisco GARCÍA MANÚ.

EL DIVORCIO DEL MEDICO

Por Belisario Roldán

(Del libro "Floración crepuscular", recientemente aparecido)

El Dr. Evaristo Mendiváraz era el más joven de los médicos en boga. Ello no le había impedido ser el más famoso de todos los cirujanos. Su mano certera, su ojo punzante, su serenidad ante el peligro, su fe en la ciencia que cultivaba, su don de gentes, su misma belleza física que condecía con la de su carácter armonioso y hombruno, todo, en fin, hacía del Dr. Mendiváraz una encarnación de la victoria. Rico ya antes de cumplir treinta y cinco años, había tenido empero la desgracia de quedar viudo. Helo aquí padre un niño de cuatro años que suele interrumpir irreverentemente las tareas de su progenitor entrándose al consultorio en los momentos más graves. Dos años solamente duró la viudez del doctor. Cupido entró un día a su consultorio en la forma habitual; pero quiso la suerte que Cupido piloteara en esta ocasión a una viuda. Se trataba de una viuda joven que tenía a mayor abundamiento, una hija de cuatro años. Por si esta coincidencia de situaciones no fuese bastante, el destino había decretado esta otra: el chico del doctor se llamaba Martín y la chica de la viuda se llamaba Martina. La enfermedad de esta última—motivo ocasional de la presencia de la madre en el consultorio del galeno famoso—originó el idilio, y fué, por cierto, una gran nota social la del matrimonio del prestigioso discípulo de Hipócrates, con la más elegante de las viudas jóvenes.

Tres años transcurrieron. El amor de los esposos era cada vez más fuerte, la fama del médico cada vez más viva, la belleza de la mujer cada vez más resplandeciente y la confraternidad de los pequeños vástagos cada vez más dificultosa.

Llegó verano. Aquel mes de canícula invitaba al descanso. El doctor se lo tenía, por lo demás, bien ganado. La señora lo reclamaba a grito herido, ansiosa de substraer al médico de sus tareas para lograr que recobrase su salud, un poco atacada de surmenage. Y se fueron a la estancia lejana que acababa de adquirir el marido. Los dos hijos resplandecieron bajo nuevo sol. El del marido y el de la esposa congeniaban a medias, pero se iban entendiendo. Una mañana el médico tuvo, inevitablemente, que acudir a un llamado del pueblo inmediato; se le requería en consulta. Y fué. Durante su ausencia, que había de prolongarse por 24 horas, sucedió en la estancia una cosa posible y brutal: los dos niños se enfermaron de difteria. Estaban en la misma habitación. El mal vino de golpe. Cuando se agotaron los remedios caseros, la madre mandó un chasque al pueblo. No sabía en verdad cuál de los dos estaba más grave. Se ahogaban... ¿Llegaría a tiempo el padre? El padre llegó a tiempo. Había venido matando caballos, como se dice en la jerga de los viajeros apurados. Al arribar, obscurecía. La lámpara daba al aposento una media luz conmovedora. Las dos pequeñas laringes se estaban cerrando simultáneamente. Afuera, la luna empezaba a lucir con su indiferencia de siempre. Los dos gemidos en coro eran más que gemidos: eran clamores de ultratumba de vibraban a la vez.

En unos pocos segundos el viajero estaba convertido en el médico. Había tomado una caja de operador y alzaba el bisturí. La esposa, que estaba ante la cama de la hija, gritó su grito ahogado:

—¡Aquí, pronto!

En la otra cama hubo un gemido sordo:

—¡Papá...!

El médico se dirigió al gemido sordo. Abrió de un golpe seco la tráquea de su hijo; vió saltar la sangre; puso la cánula y a través de ella recibió como un himno el mensaje de la vida salvada, en el viento humano que atravesaba la válvula. La esposa clamó en ese momento, al lado de la cama de su hija:

—¡Se muere!

El médico corrió a la otra cama; el quejido se había apagado. Se inclinó y volvió a alzarse. La enfermita había muerto.

...Y esta fué la explicación de aquel divorcio que los contemporáneos no comprendieron.

EL SALVAJE AUSTRALIANO Y EL HOMBRE PREHISTORICO

Si a América, que es conocida desde hace más de cuatro siglos, se la denomina el Nuevo Mundo, con más razón deberíamos llamar mundo novísimo al Continente australiano, aunque sólo desde el punto de vista histórico, porque si bien es cierto que hasta 1770 no exploró Cook aquellas tierras, lo descubierto allí permite asegurar que Australia es la más antigua parte del planeta, en la que aun subsisten ejemplares zoológicos ya extinguidos en el resto del globo, como, por ejemplo, el ovíparo saurio picudo.

Pero, además, el hombre conserva allí milenarias costumbres, como la de guarecerse en cavernas, y antiquísimas son también muchas de sus prácticas cinegéticas. Aquellos indígenas hacen vida nómada y oponen tenaz resistencia a las normas de la civilización.

Pocos son los negros australianos que se aventuran hasta las inmediaciones de los centros de colonización, y al permanecer en ese absoluto aislamiento no progresan, como es natural, ni en ideas ni mucho menos en costumbres. Hay, pues, entre los moradores del norte, del oeste y del interior de Australia un contingente de unos 100.000 seres que viven hoy exactamente igual que sus remotos antepasados de la edad de piedra, caso verdaderamente extraordinario en un país sometido al influjo europeo.

La antigüedad de la raza está principalmente demostrada por el tipo que en ella predomina, y que presenta rasgos característicos del hombre prehistórico. En el orden moral, existe el indicio de esa irreductible independencia, en la que es tanto más de lamentar que persistan cuanto que algunos niños pertenecientes a esas tribus nómadas e insociables han llegado a frecuentar escuelas, merced a pacientes gestiones realizadas por los misioneros, y han dado muestras de gran aptitud para las matemáticas y el dibujo.

La religión de las tribus australianas se reduce al temor a los espíritus demoníacos, para aplacar las iras de los cuales son frecuentes las ceremonias en que se procede a la inmolación de mujeres.

Hay también fanáticos que se prestan a que les sea extraída sangre en no escasa cantidad de los brazos y piernas, líquido que se recoge en una vasija de madera y que se utiliza para ciertos conjuros mágicos.

El australiano, familiarizado con la selva desde el tiempo en que alentaron sus primeros ascendientes, trepa a los árboles con la agilidad de un simio, y de natural belicoso, utiliza sus armas primitivas para dirimir agravios, lo que hace frecuentes las contiendas entre esos salvajes, que se contentan con herir al adversario. Raro es la vez en que uno de los contrarios queda muerto.

Su favorita ocupación es la caza, y armados de grandes lanzas salen al encuentro de las piezas, cuya carne constituye el principal alimento de esas tribus, que con tanto tesón mantienen su secular aislamiento.

Esos indígenas, como los de otras tierras de Oceanía, como los de América, como los de todos los países en que se establece y domina la raza blanca, decrecen de un modo rápido y tienden a desaparecer. Son los primitivos habitantes de Australia de raza negra oceánica, de color completamente negro unos, cobrizo obscuro otros, más o menos parecidos al tipo papúa o al polinesio. Son muy velludos, tanto que aparecen cubiertos de pelo sus hombros y espaldas; tienen el cabello abundante y ondulado, la cabeza pequeña, estrecha la frente, la nariz muy ancha, la boca enorme, la barbilla poco desarrollada, los ojos negros y hermosos, las cejas espesas y el cuerpo bien proporcionado. Sus lenguas no expresan ideas abstractas, pero, en cambio, tienen abundancia de términos para designar los diversos puntos del horizonte. Y, como hemos indicado, la raza blanca aumenta allí no sólo por el excedente de los nacimientos, sino por la inmigración.

Conforme a la teoría expuesta al comienzo de estas líneas, se encuentran en Australia terrenos de todas las edades geológicas, desde el granito y el basalto hasta los aluviones y las formaciones madrepóricas. Abunda el granito en los Alpes Australianos. Entre el Cabo Palmerston y Port Denison forman la costa rocas metamórficas, entre las que predominan cuarcitas y esquistos arcillosos, atravesados en varios lugares por basaltos y pórfidos. Los yacimientos auríferos de Victoria y Nueva Gales del Sur se encuentran en formaciones de cuarzo semejantes a las de los Urales y de California. Los acantilados de la Tierra de Nuyts, al Sur, pertenecen al período cretáceo. En las costas del Noroeste hay grandes depósitos de la época terciaria, y hacia el interior, granito y rocas basálticas. La arenisca aparece en todo el Continente, pero abunda sobre todo en la cuenca de los lagos Eyre y Torrens.



Don Quijote en el bosque de Moctezuma

Heine refiere que, cuando niño, le gustaba escabullirse a los jardines reales de Düsseldorf y leer el Quijote en voz alta, sin más oyentes que las aves y los árboles. Allí, dice, se despertaron sus primeras aspiraciones hacia la literatura elevada; oyó por primera vez la voz del arte, que lo llamaba a dar forma escrita a sus ideas y sentimientos.

Quizá de análogo modo se inspire algún humilde indio mexicano que llegue a ser el Heine o el Shakespeare de su patria; pues así como Heine leía el Quijote en el Paseo de los Suspiros de Düsseldorf, el mexicano puede sentarse a la sombra de los árboles gigantes del Parque de Chapultepec y leer la obra maestro de Cervantes. Dispone allí no sólo del lugar, sino también del libro mismo, que se halla en los estantes de baldosas de la Fuente del Quijote, listo siempre para quien quisiere leerlo.

Hállase la fuente en el Bosque de Chapultepec, el bello parque de la Ciudad de México. Está situada bajo aquellos majestuosos ahuehuetes que, en vida de Moctezuma, eran ya antiguos. Sus losas brillan bajo los rayos del sol que logran penetrar por el tupido follaje y los festones colgantes de musgo, y el murmullo incesante del agua turba el silencio que parece haber reinado allí desde el día en que el pie de los aztecas dejó de hollar el césped de aquella selva.

Cuatro asientos embaldosados rodean un esbelto pedestal y una taza artísticamente hecha, de donde sale el agua gota a gota. En dos lados opuestos están frente a frente las estatuas de don Quijote y Sancho Panza: Sancho a horcajadas en su asno, levantados los ojos hacia uno de los árboles gigantescos, como sobrecogido de espanto ante la exótica escena; y don Quijote, armado de lanza y escudo, mirando tristemente el hilo de agua que regorgotea y huye como un haz de rayos luminosos.

Las bases de las estatuas son los estantes de libros, donde reposan no sólo ejemplares de la famosa producción de Cervantes, sino también obras de otros ingenios, de suerte que las personas que huyen de las multitudes desesperantes pueden refrescar allí su espíritu con la poesía, la historia, la novela o la filosofía. Allí, en medio de las selvas seculares, se encuentran reunidos Mirabeau, Plutarco, La Biblia, Maquiavelo, Homero, Goethe, Dante, Eurípides, Stendhal, Rousseau y Platón, como grandes espíritus evocados por otro genio quizá más grande.

Allí puede el lector empaparse en la antigua sabiduría, leyéndola al blando murmurio del agua, cual solían los moros de antaño en sus patios, a la sombra y amparo de sus imponentes torreones; o tal vez al son cadencioso del indio que entona sovoz en frases rítmicas las líneas de algún libro. Allí encuentra quien lo busque el saber de todas las épocas, pues en los estantes reposa también una enciclopedia.

Al lado de esta fuente puede uno leer y repasar la conquista de México, del parque de Chapultepec cuando era la selva que confinaba una ciudad extraña, Tenochtitlán, con sus templos toltecas y sus monumentos aztecas los cuales se hallaban, según parece, dentro de un lago. Uno se sienta y lee acerca de Cortés, que murió dos meses después del nacimiento de Cervantes; de los hechos que acontecían allí mismo mientras Cervantes preparaba en Sevilla su obra monumental sin imaginarse que en días por venir, en selvas remotas de robles y cedros gigantescos pobladas de "salvajes bárbaros", él sería fuente de inspiración para el humilde indio.

Las fuentes de losas españolas abrillantadas verdes, amarillas y pardas fueron hechas en Triana, suburbio gitano de Sevilla, al verdadero estilo de Talavera. En los asientos se halla un compendio pintórico, distribuído en 180 losas de mayólica que contienen representaciones de episodios del Quijote, sin olvidar los retratos de Dulcinea y Rocinante. El piso es de baldosas monócromas rojas con pequeñas decoraciones verdes y azules. La taza de la fuente y el pedestal, de bellísima hechura y con esmaltes verdes y amarillos, llevan dragones primorosos ejecutados en bajo relieve.

Toda la fuente es copia de la del Parque de María Luisa, de Sevilla. La ejecución de esta copia y su envío a México hace dos años se deben a los esfuerzos del distinguido ciudadano señor Miguel Alessio Robles, que durante algún tiempo fué embajador de México en España. La mayor parte de la fuente se hizo en España, pero algunas de las baldosas se terminaron en Puebla, la ciudad mexicana cuyos productos esmaltados de estaño rivalizan con el arte que España aprendió de los moros hace como nueve siglos.

El señor Alessio Robles, grande hispanista, trajo también de Sevilla la Fuente de las Ranas, que está a la entrada del Bosque de Chapultepec. Es una taza circular de losas resplandecientes, con ocho ranas verdes y amarillas agazapadas sobre los bordes, por cuyas bocas brotan otros tantos chorros de agua, los cuales van a encontrarse con un chorro central que sale del pico de un cisne blanco posado sobre una tortuga parda.

En el piso embaldosado que rodea la taza de la Fuente del Quijote se leen las famosas primeras palabras: "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme..." y una comunicación de Sevilla a la Ciudad de México en que aquélla se enorgullece de la parte que tomó en la concepción de la noble obra y expresa la esperanza de que la fuente sea "un monumento levantado en dos continentes para la instrucción de toda la humanidad."

Hela ahí, en la intersección del Paseo de los Filósofos y el de los Artistas de ese magnífico bosque que ha presenciado las ínfulas transitorias de no menos de cuatro naciones: azteca, española, francesa y norteamericana.

Moctezuma, Cuauhtemoczín, Cortés, Iturbide, Maximiliano, Díaz, los cadetes que cayeron resistiendo la invasión estadounidense, Scott y Pillow regocijándose en el triunfo, todos son idos, mientras que los seculares ahuehuetes aún contemplan en desdeñoso silencio las pequeñeces de los hombres.

Un emperador domó la prístina salvajez del bosque y lo trocó en el bello parque de hoy. Mas cuando el visitante recorre sus avenidas y veredas y contempla agobiado de reverencia aquellos árboles majestuosos que arraigan en las profundidades de los siglos, no puede menos de exclamar con el poeta: "¡He aquí la selva primordial!" *(This is the forest primeval!)* (1).

(1) "Evangelina", por H. W. Longfellow.

Palabras a la novia ilusión

Al ofrendarte el beso de la ternura mía,
sonroja tu mejilla, cautiva ruborosa,
que será tuyo el oro de toda la ambrosía
que guarda aún mi alma por buena y milagrosa.

Honda ilusión que engarzas mi bella fantasía,
seré, flor ilusoria, tu eterna mariposa;
tú irás como un resumen de mágica armonía,
yo iré todo en un alma temblante y rumorosa.

Con fúlgido milagro nos bañará la aurora;
tendrá inquietud de estrellas la límpida corriente
cuando a saciar vayamos la sed de la dolora;

y el hado, siempre adverso, verá que en su maraña
no vaciló mi paso..., y al reclinar mi frente,
no más truncará un sueño la trágica guadaña.

José E. PEIRE.

ALMAS PARALITICAS

Hay almas paralíticas y almas simplemente. El plano de la excepción está muy alto y sólo en él se mueven con libertad los espíritus. Las pobres gentes sufren de parálisis y caminan con torpeza. Quienes no se vivifican y no se riegan, perecen de sequedad y aridez. Hoy que recomendar la higiene y el ejercicio del espíritu. Los pecadores esperan la hora de la muerte para salvarse; los virtuosos aguardan la hora última para cobrarse. Muy pocos confían en redimirse a la hora de la vida. Y sólo en éstos el alma no duerme. Perpetuos faros que delatan las rocas y previenen los naufragios. Quien se acompaña de sí mismo está seguro de volver. Los paralíticos no tienen fuerza para caminar. Asomarse a las cosas es fácil; volver de las cosas es difícil.

Es preciso ir prevenido cuando se sale por caminos ignorados; pero tampoco es lícito quedarse en casa. Debemos abandonar nuestra morada sin perder el punto de partida. Las gentes viven sin brújula; por eso van a chocar aquí o allá, según el viento y la corriente. Algunos tienen la curiosidad del misterio; otros no sienten esa curiosidad. Debiera decretarse el enterramiento de éstos. En realidad, el mundo está lleno de muertos. Es más fácil morir que vivir. Todas las gentes mueren; sólo algunos viven. Los hombres luchan para acabar pronto. Lo interesante es acabar pronto; este es el sentido plebeyo de la vida.

Y, sin embargo, las almas de verdad no salen del comienzo. Para éstas las cosas son posteriores e inferiores. Para las otras el mundo es enfermedad y encierro. Son pobres esclavas, prisioneras de esto y de aquello. Como no subieron jamás a una torre, no han visto la ciudad y el más allá de la ciudad. Todo es cuestión de perspectiva. El movimiento es asunto de distancia. Las aves son un punto en el azul. Un tren desde el cielo está parado. El gigante tiene, en cierto momento, las dimensiones de un enano, y más lejos aún se borra todo; pero el ojo seguirá preguntando. El mundo es una interrogación. Mas esta pregunta, que es la única realidad, no pueden formularla todas las almas. Sólo algunas interrogan y clavan la mirada fina y llena de melancolía allí donde el monte toca las nubes.

Cuando se puede decir ¡qué importa el árbol y la piedra!, se tienen ya vencidos el árbol y la piedra. Algunos creen en la existencia de esto y aquello, y no existe lo uno y lo otro. No existe más que lo uno.

Por eso el amor es fecundo, porque es el medio humano que resuelve las diferencias en unidad. Las divergencias son externas. Todas las cosas reflejan su imagen en el lago; pero uno es el lago. Ningún objeto es sin luz. Y en el principio de la creación está el espíritu. Esta no es la opinión de las almas paralíticas. O el dinamismo está fuera o dentro; si lo primero, tienen razón ellos; si lo segundo, la tenemos nosotros.

Pero el dinamismo está dentro. El solo planteamiento del dilema lo demuestra; ninguna piedra, ningún árbol lo ha planteado. Dejémosles dormir y sigan los faros alumbrando las rocas para prevenir los naufragios. Son el peso muerto. Pongamos nosotros las alas de la redención con el vivir intenso, y no acabemos jamás como ellos quieren; por el contrario: comencemos, comencemos siempre, como si viviéramos eternamente en el principio.

V. GARCIA MARTÍ.

La edificación más antigua de la tierra

Por espacio de tres años se han realizado excavaciones en Sakkara, en torno a la famosa pirámide escalonada allí descubierta, y que es la tumba del rey Zoser, perteneciente a la tercera dinastía, cuyos miembros reinaron en Egipto desde el año 2980 al 900 antes de Jesucristo.

Ya ha quedado al descubierto el templo funerario de ese rey. Se extienden las ruinas alrededor de la pirámide, y el mayor interés que ofrecen consiste en ser los restos de la edificación de piedra más antigua de Egipto y acaso del mundo entero.

Lo más importante de esos descubrimientos ha consistido en un hermoso peristilo formado por cuarenta y ocho columnas de piedra caliza dispuestas por pares, y que, según parece, rodeaban la entrada principal del recinto en cuyo centro se alzaba al pirámide.

También se han encontrado allí unas cuantas cabezas esculpidas en piedra, gran número de estatuas e idolillos de madera y una carta escrita en un papiro, que probablemente data de la sexta dinastía, es decir, de hace unos 4.500 años.

CUENTOS ABSURDOS

El gran problema de las islas "Kukay"

Por Luis de Tapia

Las islas "Kukay", si hemos de creer a ciertos exploradores (cosa siempre expuesta), se encuentran entre los 10 grados de longitud Oeste y los 40 grados... de calor continuo.

Colocadas en plena línea ecuatorial, arden estas rojas islas al sol del trópico, cociéndose como langostas en las calientes aguas del océano.

Los salvajes que las habitan, llamados "kukis" o "kukayos", son unos feroces negros antropófagos, tan dados al amor, que sus únicos piropos, dirigidos a las hermosas "kukayas", son aquellos de "negra mía", y "me la comería a usted" (¡claro que pronunciados en lengua "kuki", aún desconocida en el Centro de los Estudios Históricos y Filológicos!).

Estos terribles "kukis", a pesar de su ferocidad y de su afición al requiebro, son hombres sosos en extremo. Nada de particular tiene que carezcan de gracia estos negros, que por habitar en pleno ecuador se ven privados de tener *sombra*.

Respecto a sus costumbres, son poco más o menos las mismas que practican otros conocidos antropófagos de la "Geografía Caníbal". Los hábitos de los "kukis" (harto escasos, ya que van siempre medio desnudos) fueron estudiados por míster Steevison, último explorador devorado en tan hospitalarias islas, quien dejó escritas unas "Memorias" en el libro de cocina de aquellos salvajes, entre una receta de "pierna de yanqui, con salsa inglesa" y otra de "menudillos del país".

Según tales "Memorias", la fauna y la flora "kukayas" son exuberantes, si bien en bichos y plantas se nota con exceso la influencia del calor.

Por toda la isla se da el café, el tabaco y el coco. Pero el café está hirviendo, el tabaco arde (¡que ya es suerte!) y el agua de los cocos parece agua de un termosifón.

¡Claro es que el desarrollo de las especies botánicas ese sorprendente! Las "cañas" se vuelven lanzas; los "nopales" eclipsan el sol, y hay cada "pita" que parece que está cantando una "celebridad" lírica.

Con los animales sucede cosa parecida. La influencia de las altas temperaturas sobre algunos de ellos es palmaria.

La calentura del león en los bosques "kukis" es de cuarenta grados y nueve décimas. Los elefantes se asfixian, sin conseguir que el aire fresco penetre por sus trompas; las *boas* están en desuso, y se asan los pájaros. Las únicas que están contentas en aquel fuego son las "llamas".

Pero con ser tódo esto curioso, lo más divertido que míster Steevison cuenta en sus "Memorias" es lo referente a la vida municipal que hacen aquellos salvajes.

Su constitución política se parece algo a la nuestra. Desde luego, los *caciques* abundan por los poblados, y el cargo de intendente existe allí como en otros países.

Todos los años, aquellos buenos antropófagos eligen intendente al "kuki" más "kuki" de todos los "kukis". "Una vez nombrado—dice míster Steevison,—los ancianos de la tribu presentan al intendente el "libro de los grandes problemas" que afectan a la vida de las islas.

Estos problemas vienen a ser los mismos que agitan hoy a los municipios de las grandes capitales. El de la vivienda, el del agua, el de la luz, el de las subsistencias, etc., etc.

Para los "kukis", el problema de la vivienda es sencillo de resolver. Con cuatro cañas se construyen *casa aparte*, apenas se sienten estrechos en la choza paterna. Y en la isla existen más "cañas" que en una juerga andaluza. Otras veces, los "kukis" habitan las piraguas que poseen en las orillas de los ríos, y en ellas viven felices. (¡Feliz aquel que tiene su casa a flote, su casa a flote!) No existe, por tanto, en las islas "Kukay" el problema de "buscar casa", ya que, en último caso, aquellos inquilinos salvajes viven al aire libre, o en el río, tan ricamente como pudiesen vivir en la avenida Alvear. ¡Bien es verdad que a ellos les presta la naturaleza "calefacción" y "cuarto de baño" gratis! A pesar de tratarse de un país de "kukis", los caseros no se conocen, y el problema de la vivienda no es casi problema.

Tampoco el de la luz tiene gran importancia. Los negros sienten cierta simpatía por la obscuridad. No bien llega la noche se confunden con el paisaje, y de este modo, siendo invisibles, hacen cada *gatada* que asusta. Algunos, sin embargo, se suelen *alumbrar* con... ron de "La Negrita"; pero hay que confesar que son los menos. En ciertas aldeas "kukayas" existe la costumbre de encender una tea a las cinco de la tarde, cuando va a ponerse el sol. (Es lo que míster Steevison—como buen inglés—llamó en sus "Memorias" *five o clok tea* o "tea de las cinco".) También suelen valerse los "kukis" de cierto "aceite de coco" para el alumbrado de sus chozas. A esto se debe que allí los chiquillos no teman a la obscuridad, pues saben perfectamente que cuando se llevan la luz es cuando se ha ido el coco.

Nada más de este asunto nos cuenta el explorador sajón. Es de suponer que en los días actuales el estado luminoso de las islas haya progresado. ¡Quizá haya llegado allí el alumbrado eléctrico! ¡Quién sabe si a estas horas los "kukis" conocen ya *la bombilla!*...

Pero dejemos las hipótesis para volver a los problemas reales que preocupan a los habitantes de aquellas islas. Allí no existen aguas corrientes.

Los pobres "kukis" se lavan, en la estación de las lluvias, con el agua que el cielo les envía, y ya no se vuelven a lavar en ninguna otra estación, ni *apeadero*. Las mujeres friegan, en los grandes lagos, los cacharros de la comida, y cuando su aldea no está a la orilla de algún lago, entonces los lavan con saliva. No existen "conducciones" de agua, ni, lo que es más raro en país que abundan tantas cañas, "cañerías"...

El problema del vestido, es allí un problema *mínimo*. Con un presupuesto de diez *plumas* por taparrabo sobra *tela*... (Y falta tela.) A creer las "notas" que míster Steevison dejó escritas, las islas "Kukay", hasta el año 21, vivían en el mejor de los archipiélagos posibles...

¿Era realmente así?...

Hasta la época en que el explorador fué devorado, así era. Pero los tiempos han cambiado mucho. Y hoy, con la agudización del problema de las subsistencias, en todas partes cuecen habas. (En todas partes, menos en un país de antropófagos.)

El gran problema de las islas "Kukay", digámoslo pronto, aunque con terror, es el ¡problema de la carne!...

La antropofagia de los "kukis" necesita en abundancia carne de hombre. Y es el caso que los viajeros y exploradores disminuyen cada día, en vista de la suerte corrida por sus audaces antecesores. De otro lado, los "kukis" no se devoran entre sí porque *no se gustan*. Ya hemos dicho que son muy sosos; y aunque algunos *gourmets* de la isla han pretendido *aderezar* a los indígenas con sal y canela, la cierto es que no resultan apetitosos. La carne de salvaje "kuki" es negra, fibrosa y dura de cocer... Son precisos hombres de otros países, y el gran problema isleño está en la escasez de viajeros exóticos que por allí recalan. Al que llega, se lo comen en seguida, eso sí; pero... ¡llegan tan pocos!... Esto es lo verdaderamente grave. De aquí la gran importancia que para aquellos intendentes tiene la llamada "atracción de forasteros"... Y a ella han ido diferentes veces.

Varios "programas" confeccionaron los *caciquillos* rurales, sin gran éxito, por cierto. Y eso que no se limitaron a anunciar grandes iluminaciones, carreras de cebras, regatas de piraguas y partidos de campeonato en el campo del "Cocodrilo". Fueron más lejos; ofrecieron *primas* y hasta primas hermanas a los visitantes que tuvieran el gusto de arribar al país, concediéndoles gratis los boletos de *ida y vuelta*.

Nada consiguieron. Los forasteros no acudían ni atados.

Uno de los intendentes tuvo una idea. Anunció en cierta revista "kuki", parecida al "Blanco y Negro", y titulada como es natural, *El negro sólo*, la existencia de grandes yacimientos de oro en el interior del país. La revista publicaba los retratos de algunas Pepitas auríferas, más o menos oxigenadas. Y no paraba ahí la inventiva del cacique "kuki". También hacía saber que en las costas de aquellas islas abundaban de tal modo las perlas que se vendían los collares, *de tres vueltas*, a treinta centavos; es decir, a diez centavos *la vuelta* (más barato que en las calesitas).

Repartida por el mundo la buena nueva, empezaron a llegar gentes de todos los países; ingleses sobre todo. En cuanto se supo en Londres que las islas "Kukay" eran ricas en oro, un sin fin de banqueros formaron "sociedades" de esas de "Fulano and Company" y enviaron barcos llenos de obreros sanos y robustos. Hasta que se descubrió el *truco*, los "kukis" se dieron una de *rosbif* a la inglesa que se relamían de gusto. Cargamentos enteros de emigrantes eran transportados a las hogueras y servidos calentitos. Fué un verdadero banquete sin *brindis, magnesio ni comisión organizadora* al diez por ciento. Menos parroquianos acudieron a los de las perlas. Unos cuantos chinos, algunos de los cuales pudieron escapar, picaron en el anzuelo. Estos hijos del Celeste Imperio fueron comidos con arroz o servidos en salsa amarilla.

Terminado el *stock* de forasteros, el problema tornó a surgir con caracteres más terribles. Los últimos viajeros, conservados en salazón, fueron distribuídos por *raciones* que llegaron a costar veinte *cólmis*, moneda del país, fabricada con colmillo de elefante y equivalente a dos billetes del mil *francos* de los emitidos en Hungría.

En apuro tal se vieron los antropófagos con la escasez de carne, que empezaron a murmurar entre sí y a tirarse bocados los unos a los otros; y todos al intendente.

Por la negra mente de éste cruzó una idea luminosa. Mandó aparejar todas las canoas y piraguas que en las costas anclaban. Embarcó en ellas gran cantidad de gentes groseras, de esas que con tanta facilidad *meten el remo*. Después nombró capitán de la flota a un valiente. Y llamándole a su choza le dió en secreto unas órdenes reservadas...

A los diez días la escuadra mercante salió con rumbo desconocido, y a decir verdad por muy poco rumbo, ya que el presupuesto votado para el viaje no llegaba a cien "cólmis"... *(¡Lo cual era el colmo!)*

Años y años pasaron sin que los barcos regresaran al país...

¿Dónde habían ido?...

¡Nada menos que a Groenlandia!.. ¡Cerca del Polo Norte!

Un cargamento de esquimales d... embarcaron con alegría, aunque algo sofocados, en las islas "Kukay". Al principio no lo pasaron mal; pero bien pronto vieron que sus pequeños cuerpos estaban destinados al sacrificio.

Una vez degollados, eran expendidos en las aldeas, a bajo precio. Su carne, aunque no muy agradable, resolvía el problema.

El pueblo recorrió las calles y las plazas tocando alegres músicas.

Las [illegible] de los árboles sonaban en honor del intendente.

¡Realmente, su idea había sido genial!...

El gran problema de las islas "Kukay" estaba resuelto...

¿Cómo?...

Por medio de las carnes "congeladas".

¡Vivan los intendentes "kukis"!

EL CANTO

Es la hora dulce en que se cierran las puertas para defender los interiores de la canícula.

Bajo mi blanca sombrilla vago entre las quintas; callejas solitarias y polvorientas me miran para ser adormiladas.

—¿Qué haces tú en esa soledad?, parece preguntarme una acacia florida que se está muriendo de tristeza al ver sembrado el suelo de las flores suyas.

Pero no respondo; huelo más con el alma que con el cuerpo, lo que me rodea; huelo más que el perfume de las frutas maduras, la tarde misma. Trituro bajo mis pies las pequeñas flores caídas y las suelas de mis zapatos gozan y se ennoblecen con el perfumado zumo. Lenta, lentamente, avanza una carreta por la calle.

Sobre la carreta un hombre delgado de piel morocha y de cabello casi cano, caídas las piernas, sobre la delantera de la carreta, flojas las riendas, canta a media voz; canta muy lentamente, como si adormeciera a los pesados y tardos caballos que lo arrastran.

Pasa por mi lado, me mira y lo miro.

Sus ojos son azules, lejanos, lánguidos, exóticos, como su canción.

Me penetra su voz tan íntimamente que veo allá, detrás del mar, montañas azules, valles acostados a sus pies, pequeñas casas blancas.

Comprende acaso que comprendo su canto, porque mi sonrisa se trenza con la suya en la solitaria calleja sombreada de acacias.

Alfonsina **STORNI**.

Suicida en Mar del Plata

¿Es fuerte como creo, el ser humano,
el hombre que prosigue la jornada,
sin saber en qué arena, en qué celada
irá a morir de siervo o de tirano?

¿Y es débil, o más fuerte, soberano,
el que deja la vida despreciada
acostando la frente destrozada
en el sepulcro abierto por su mano?

Siempre la duda, ¡oh Dios! ¿Qué es el suicida?
¿Un alma desdeñosa sin cabida
en esta lucha? ¿Un héroe sin bandera?

¿Es digno de alabanza o de reproche?
Sólo contesta el viento de la noche
y el rumor de la mar en la ribera.

A. LAMBERTI.

Conversando con el poeta Antonino Lamberti

Algunos recuerdos de su vida

El jardinero

Me gusta ver el viejo que cultiva
las flores de este sitio de recreo,
el viejo extraño, de perfil hebreo
y con mirada de águila cautiva;

que siempre que la fija pensativa
en la tierra contraria a su deseo,
más que las rosas, cultivar le creo
el odio de su raza vengativa.

Me gusta contemplar esa fiereza
del hombre maldecido en la pobreza,
la herencia del delito mal borrada,

el rastro de la hiel que lleva mudo,
como bote de lanza en un escudo,
como herrumbre de sangre en una espada.

A. LAMBERTI.

—Tengo grandes deseos de que usted lo conozca a don Antonino—me había dicho, en más de una ocasión, su médico y amigo, el doctor Manuel Novas.—Es un viejo insuperable.

Yo también sentía una gran curiosidad por él y había empezado a cobrarle cariño desde un día en que Martiniano Leguizamón, con esa palabra suya, cálida y llena de matices, nos hiciera su elogio en los corredores de la vieja Escuela Normal. Ya había leído yo "Montaraz", las décimas más conocidas del poeta y que figuran como pórtico en el libro de don Martiniano, y me había exaltado leyendo en voz alta su hermoso canto a Entre Ríos, oloroso a azahares y a selva virgen. Por eso, ante las instancias del amigo, una tarde primaveral, lenta y traslúcida, llegamos hasta la modesta casa de la calle Paraguay, donde vive, solo y silenciosamente, el más viejo y uno de los más célebres poetas rioplatenses.

El mismo acude a nuestro llamado. Sus ochenta años no han podido agobiarle las espaldas. Avanza despacio, muy derecho, un poco indeciso, como esos viejos lobos de mar acostumbrados al balanceo de las olas. Viste un traje de entrecasa, de colores claros, y toda nuestra atención se concentra en su rostro, en su hermoso rostro lleno de arrugas y marchito, pero sereno y noble como un mármol romano. El cabello blanco le nieva la cabeza, mas hay en sus labios cuando los entreabre la sonrisa una revelación de lo que sería el Lamberti de hace cuarenta años, cuando paseara su gallardía mosqueteril en los salones elegantes donde era tan admirado como poeta y como hombre.

—Este es el "viejo Lamberti"—me dice el doctor Novas, por toda presentación. Y yo estrecho con calurosa simpatía la mano franca y temblorosa, y siento que todo el pasado palpita en este apretón cordial de dos generaciones tan opuestas.

Y evoco ante la mirada vivaz de Lamberti las figuras de Obligado, el genial cantor del Paraná, de Martinto y Gervasio Méndez, a quienes tan injustamente se olvida, de Guido y Spano, el elegíaco, de Coronado, de Andrade y de tantos otros poetas de su tiempo. Con todos ellos fraternizó el entonces joven poeta Antonino Lamberti, y de aquellas épocas conserva, según me ha dicho después, los más caros recuerdos de su bohemia literaria.

—Siéntese, mi querido amigo. Hace días que lo esperaba. Ya me habrán hablado de usted.

Y con mano insegura acerca un antiguo sillón a la mesa. Vive en un salón grande que tiene algo de la simpatía y cordialidad de su dueño. En un extremo está la cama, en cuya cabecera se alinean los viejos retratos y los recuerdos de familia. Algunos armarios, dos o tres mesitas, varias sillas y una profusión de cuadros, libros y pequeños objetos de arte que se ven esparcidos por toda la estancia. Cerca de la puerta, la mesa de trabajo del poeta, cubierta de revistas y papeles. Sobre ella, grande y austera, cuelga una lámpara con pantalla verde que ilumina un óvalo de la pieza.

Iniciada la conversación, Lamberti habla y cuenta cosas de sus años de juventud. Es sencillo y carece de vanidad. Cuando conversa, se recuesta un poco en el sillón e inclina levemente la cabeza hacia un costado. Se estaría horas y horas escuchándolo sin fatiga, tan llena de sugestión es su frase, concisa y pintoresca, unas veces bravía y fulgurante, otras triste, apagada, de una melancolía dolorosa.

—Yo nací en el Uruguay, pero me vine a "macanear" a Buenos Aires. A los catorce años senté plaza como guardiamarina en los días luctuosos de Cepeda. En campo argentino y bajo el pabellón azul y blanco tuve mi primer bautismo de fuego. Luego, formando parte del séquito de Mitre, fui a San José, donde conocí al general Urquiza, en cuya mesa tuve la honra de ser huésped. Entonces conocí Entre Ríos, provincia a la que quiero entrañablemente.

Yo oigo a Lamberti hablar de Entre Ríos y una emoción sutilísima me va emocionando hasta las lágrimas. Yo también, en los años deliciosos de la adolescencia, supe de la maravilla de su cielo y aspiré el olor inconfundible de sus pastizales y de sus bosquecillos de aromos... Y pasan por mi memoria las selvas montieleras, y los sauces melancólicos del río Nogoyá y Gualeguay... y Victoria... ¡Entre Ríos, tierra de promisión y de ensueño, cómo te he evocado y con qué dolor, ahora que este gran corazón de Antonino Lamberti me hacía ver cuán grande era su afecto y su admiración por ti!...

—Yo he sido de todo—me cuenta después Lamberti.—Empleado, hombre libre, rico y pobre muchas veces; he llegado a tener millones, y hoy..., hoy sólo vivo de recuerdos.



El poeta Antonino Lamberti.

Luego me habla de su familia. El rostro de Lamberti se demuda cuando habla de su madre y de sus hermanas, muertas hace ya mucho tiempo.

—Por ellas no quise casarme, y luego, cuando me quedé solo... Aquello fué un abismo Timba, mujeres y vino. Quería morirme, olvidarme de todo, pero ya ve usted, aun parece que no me ha llegado la hora. Eso sí, yo fuí hasta donde quise. Cuando hube de pasar de lo "censurable" a lo "malo", me dije: ¡máquina atrás!, y llegué, asómbrese usted, al punto de partida. Fué un triunfo de mi voluntad, que, por qué no decirlo, me llena de orgullo

Las mujeres, ha dicho el viejo Lamberti, y en verdad que habrán sido muchas las bien amadas del poeta lírico señor de ensueño que iba conquistando simpatía y corazones en aquel Buenos Aires romántico de hace medio siglo...

Dígame algo de Rubén Darío, Lamberti. Yo sé cuánto se querían ustedes y hasta conozco un soneto hecho a medias que empezaba, si mal no recuerdo, con un verso de Rubén, que decía:

Antonino Lamberti, el peristilo...

—Hablar de Rubén Darío es resucitar toda mi vida literaria. Rubén era por aquel entonces el sumo pontífice del decadentismo. Yo empecé peleándolo, en una singular justa poética que tuvo por palenque una mesa admirablemente servida. Recuerdo que les dije a los que seguían al maestro: "Mucho cuidado con hacer lo que hace Rubén Darío: él, cuando está por casarse, abre las ala y vuela." Después fuimos amigos inseparables. Era un gran corazón y un poeta genial. Ese soneto a que usted hace referencia lo hicimos, ebrios los dos, en un cafetín del centro. Y vea usted esta décima que me dedicó, titulada: "Lo que es Antonino Lamberti".

Y abriendo un viejo cartapacio, se pone los lentes en la punta de la nariz y, con su voz gangosa, me lee:

Como las más altas cimas
tiene nieve en la cabeza
y le adorna la belleza
de las prosas y las rimas.
Tiempo, es en vano que esgrimas
tu hoz sobre ese rosal
porque un aliento inmortal
le imprime su numen fiel,
Baco le brindó su miel.
y Venus le dió su sal.

—¿Y estos versos, Lamberti?

—Son algunas de mis poesías que [illegible] libro bajo el título de "Dispersas". Conservo cuatro prólogos escritos para esta obra, y son nada menos que de Ricardo Gutiérrez, Osvaldo Magnasco, Víctor Arreguini y Mariano de Vedia.

Luego, a nuestro pedido, Lamberti lee algunos de sus hermosos poemas. El tiene predilección por "Montaraz" y "Flor del aire", pero hay otros no menos inspirados y bellos, como, por ejemplo, el llamado "No vayas más", que termina con estos versos:

Triste es ver una flor en la mañana,
todavía con perlas de los cielos,
derramar la riqueza de su croma
sobre la tierra fría del que ha muerto:
amante de la sombra y del olvido
hasta que venga a deshojarla el viento.

Cuando me levanto para irme, lo hago con profunda tristeza. Razón tenía el doctor Novas en advertirme que era "un viejo insuperable".

(Olvidaba decir que Lamberti profesa un gran cariño a su médico, quien lo ha salvado varias veces de la muerte.)

Entre las cuatro paredes de su pieza flota todavía un airecillo de otros tiempos que tiene, para los que vivimos enamorados de las cosas pretéritas, un encanto indescriptible. Lamberti vive de eso, de sus recuerdos. "Si no fuera por esta memoria fidelísima que tengo, me hubiera suprimido, créamelo." Pero él adora a sus muertos, se complace en evocar, uno por uno, a todos sus amigos desaparecidos, desanda todos los caminos recorridos, y es feliz así, célebre poeta olvidado que ha aprendido en los libros y en la vida que la suprema sabiduría está en la resignación.

Y ya en la acera, aun lo veo, con la mano alto, como quien da una bendición, saludándonos desde su patio, lleno de humildes plantas familiares.

E. M. de [illegible]

Arica, ¿será posible base naval norteamericana?

¿Implicaría ello un peligro para Sud América? ¿Estará en Chile el poder inutilizar ese peligro?

Para los que con repugnancia se sometieron a tolerar que fuese Norte América quien viera modo de solucionar el viejo pleito peruano-chileno de Tacna y Arica a pesar de lo comprometidos que entre sí se sabían a Perú y Norte América, las veleidades e irresoluciones bruscas del árbitro que hoy, después de siete meses de preparativos en el terreno, bruscamente quiere desistir del plebiscito por él dispuesto y preparado convenientemente e intenta suplantarlo por un arreglo de buenos oficios diplomáticos, ha sido la confirmación de sus pronósticos de ayer, por los que temían que la intervención norteamericana diera a este país la oportunidad que tanto venía empeñosamente buscando de hacerse indirectamente de una base naval en esta parte del Pacífico que le permitiese redondear su cadena de hierro en torno de toda la América no sólo en previsión de su inevitable conflicto con el Japón, sino que también consecuente con su metódico y persistente propósito de penetración económica, comercial y política absorción y asimilación de toda la América.

El imperialismo del petróleo, que en Europa se traduce en conflictos entre Inglaterra y Turquía, Inglaterra y Rusia por Mossul, Mesopotamia y Persia, en América lo monopoliza Norte América contra Méjico, Honduras, Guatemala, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Argentina, naciones que albergan en su subsuelo la reserva mundial más rica de ese mineral, pues hay pozos como en Cerro Azul (Venezuela), que dan un millón de barriles por semana, eso con una explotación inicial.

Bolivia, hoy la primera productora de estaño y valiosamente rica en caucho y petróleo, tiene hipotecados al capital norteamericano que monopoliza esos empréstitos, sus ferrocarriles en explotación y los en construcción, como tiene embargadas también por ese mismo capital los derechos de exportación e importación, y los impuestos a toda explotación minera, aparte de que es la primera nación exportadora e importadora en Bolivia.

En caso de que Bolivia no respondiera debidamente a sus compromisos financieros con Norte América, ésta, por no tener ahora Bolivia puerto marítimo alguno, no podría cobrarse por ninguna fuerza compulsiva ya que para ello antes tendría que solicitar o atropellar los puertos peruanos y, sobre todo, chilenos, para por medio del territorio de esos países invadir el territorio boliviano, y ni Perú, y menos Chile sobre todo, ésta última que sería para Norte América lo que fué Bélgica para Alemania, consentirían ese desembarco y esa pasada por su territorio, que así serviría de base naval contra una nación hermana porque ello, además de implicar un atentado contra la propia soberanía acarrearía el odio contra la Nación que habría servido de Judas a sus hermanos.

Bolivia, con un puerto propio, facilitaría al comercio norteamericano y al capital yanqui, que es quien en ese país rige su política exterior, su penetración en el corazón de los países sud Pacífico y parte occidental del Atlántico y por lo tanto después su absoluta hegemonía y absorción política en esta parte del continente, única que se le muestra refractaria y rebelde.

Por otra parte, su fracaso hasta ahora como árbitro, ya que el plebiscito de realizarse honradamente descontentará a Perú que lo tiene perdido, se salvaría contentando a Perú satisfecha de que tampoco Chile se quedaría con Arica, y a Chile que aparecería vendiendo Arica a Bolivia reconociéndosele así su posesión, ganando unos millones de dólares y obteniendo de Bolivia ventajas comerciales mientras que Bolivia, gracias a estos buenos oficios de Norte América obtenía y compraba el tan ambicionado puerto o salida directa al Pacífico al par que Norte América obtenía ante el mundo un triunfo diplomático muy sonado que le aumentaría su predicamento y en América afirmaba su influencia y su fuerza de único hermano mayor protector del débil y único juez y buen arreglador de cuestiones difíciles americanas, aparte de que prestando a Bolivia nuevos millones para esta compra y construcción de ese gran puerto comprometía más a ese país con nuevas deudas que aumentarían su hipoteca y le facilitarían la adquisición y monopolización de esas riquezas bolivianas y la penetración en esta zona de Sud América de su capital y comercio, además de que ese puerto le permitiría una invasión fácil a Bolivia si llegaba el doloroso caso, y por gratitud Bolivia tendrá que hacerle la cesión secreta de en caso posible poderse servir de ese puerto como base naval, máxime cuando no pudiendo Bolivia por largos años disponer de escuadra Norte América le puede proteger con la suya ese puerto e impedir que se lo tomen otras escuadras, sea de donde fuese la nación en disputa con Bolivia.

Hace años, Norte América inició gestiones diplomáticas con Ecuador para la adquisición de las islas Galápagos con el fin de establecer en ellas una base naval, pero la intervención de Chile, solidario amigo del Ecuador, hizo fracasar esas gestiones, como las hizo fracasar la Argentina cuando el Perú recibió iguales gestiones norteamericanas para la adquisición del puerto de Chimbote, razón por la que ahora Norte América, por boca del senador Borack, mira con recelo y amenaza oponerse a que Méjico, en uso de su soberanía arriende para explotación agrícola a un sindicato japonés los terrenos cercanos a la bahía de la Magdalena, porque ello implica estorbarle los planes de continuar en el Pacífico su política de expansión por medio de su escuadra asentada con bases en Guantanamo, golfo de Fonseca y canal de Panamá, base de su ampliación de control e intromisión en las Antillas, Méjico, Centro América y extremo Sud de América, como hubiera sido Galápagos y Chimbote ayer y lo sería hoy mejor aun Arica en el corazón de Sud América en esta parte, que le viene siendo tan difícil de conquistar para su hegemonía.

Norte América aconsejó el plebiscito creyendo que Chile lo perdería y seguro de que si no lo ganaba el Perú, éste fácilmente le enajenaría ese puerto a Bolivia satisfaciendo los intereses y la vanidad de la nación arbitral, pero hoy en el terreno, al verse desengañada, quiere dar máquina atrás al plebiscito ya dispuesto, esperanzado de que sea más afortunado en las negociaciones diplomáticas, en las que ya de antemano se insinúa la mediación de Bolivia, al que, tercero en discordia, se le adjudicaría Tacna y Arica mediante varios millones a Chile y Perú, que daría una conciliación aparente entre estas y el incremento del poderío y hegemonía norteamericana traducida hoy en la expansión comercial y financista del capitalismo yanqui, piedra angular para la absorción política de su país, que así satisfaría su sueño de convertir en nuevas estrellas del pabellón del tío Sam a todas las repúblicas, pues por algo Norte América se llama a sí misma los Estados Unidos de América, visión que hace un siglo hizo concebir a el gran Bolívar su confederación boliviarana, estorbada entonces y ahora en Centro América por Norte América, porque ella asesinaría la independencia de la América Española (falsamente apodada latina por los que aún abrigan temores por la espiritualización española).

Chile ha definido bien y enérgicamente su situación, pues no está dispuesta a otra solución que no sea el plebiscito por eso ha resistido el pedido norteamericano de suspensión del plebiscito ínterin los buenos oficios diplomáticos sugeridos por el árbitro, los que ha aceptado condicionalmente y con reservas siempre que no destruyan la única solución que es el plebiscito y nada más que el plebiscito, porque ni el pueblo ni el ejército y la marina aceptarán la vergüenza de la venta de esos territorios conquistados con sangre [illegible] y mantenidos en su poder y engrandecidos a su costa y sacrificios durante cuarenta y dos años, porque cualquier gobierno que cayese en la celada que se divisa hoy, sería desastrosamente derrocado por voluntad unánime del pueblo que iría gustoso a una guerra con quien intentara detentarle esos territorios que ni el plebiscito si se hace legal le puede quitar, y tampoco hay en Chile gobierno alguno que no sienta ese mismo fervor patriótico del pueblo y que acepte semejante enajenación de lo que por todo se considera como parte integrante del suelo nacional y menos estando descubiertas las amenazas de un semejante como peligroso vecino imperialista y absorbente. Por eso se estima que si el árbitro intenta desistir del plebiscito, Chile dará por terminadas sus gestiones e invitará a Perú a negociaciones directas, las que una vez más rechazadas, si la Liga de las Naciones no acepta solucionar este problema, Chile, por un decreto del Congreso, se anexará definitivamente esas provincias haciéndolo conocer así a las naciones y dando por terminado este asunto lo dejará librado a la suerte del porvenir.

J. FERNANDEZ PESQUERO.

Chile, abril 1926.

CURIOSIDADES

En la Rusia asiática, donde abundan los terrenos pantanosos, el correo se transporta en búfalos, lo mismo que en Siberia.

En el Valle Amazonas se han descubierto arañas de gran tamaño que devoran pájaros pequeños después de hacerlos caer en trampas hábilmente preparadas por su terrible instinto.

Batidores de bosques en el estado de Wáshington han descubierto que las ramas del abeto con un clavo de cobre pueden servir como antenas de radio. Clavaron un clavo en la base de un tronco y lo conectaron con el aparato emisor. Recibieron así mensajes desde dos y tres millas de distancia.

La procesión de los equinoccios fué un hecho observado y calculado dos mil años antes de la era presente, y data del tiempo de Sargón I "el Anciano", rey de Agade (Babilonia).

Los cañones colocados a bordo del "Colorado", buque de guerra de Estados Unidos, pueden disparar proyectiles que pesan una tonelada, hasta una distancia de diez y nueve millas.

Anteojos con aro de platino y adornados con una cinta estrecha negra son la última moda femenina para substituir a los que llevan montura de carey.

Se considera beneficioso para los que sufren enfermedades del pecho trabajar en curtiembre o fábricas de gas, mientras que los fabricantes de barniz están a cubierto del reumatismo.

En Nueva York se emplean niños de tres años para ayudar a la fabricación casera de juguetes y flores artificiales.

Treinta y cuatro escuelas para ciegos, catorce para sordos y setenta y ocho para niños retardados fueron fundadas y son sostenidas por el Consejo Comunal de Londres.

Cuando Maspero descubrió la momia de Amenkotep I, la encontró cubierta de flores marchitas. En una de ellas había una avispa perfectamente bien conservada, gracias a las drogas empleadas por los embalsamadores.

La experiencia diaria viene demostrando que tanto los rayos como el contacto accidental con un hilo que transporta corriente eléctrica, causa infinitamente muchas más víctimas entre el ganado que entre los hombres.

La causa de ello es que los animales están en contacto más directo que las personas con la tierra. Un obrero electricista calzado con botas de goma puede tocar con eterna impunidad un cable que transporte una corriente eléctrica de alta tensión, y en cambio, saldría malamente lesionado con sólo tocar un cable de corriente a baja tensión si se hallase descalzo y subido en una plancha de hierro.

Afirma un doctor inglés que desde el punto de vista de la salud, es preferible estar gordo y no delgado después de los setenta años.

El antiguo palacio imperial de Constantinopla, que data del siglo XVI, se utiliza ahora como museo y depósito de los tesoros nacionales.

Los saxofones, tan en boga ahora con las modernas "jazz-band" datan del año 1843, en que Antonio Joseph, un músico belga, fabricó el primero.

Se ha notado que hay oradores "diestros" y oradores zurdos; es decir, personas que al pronunciar una conferencia, por ejemplo, se dirigen involuntaria e inconscientemente a la parte del auditorio situado a su derecha, y otros lo hacen dirigiéndose a los oyentes de la izquierda. El primer caso es el más frecuente. Los zurdos "de palabra" son tan escasos como los zurdos manuales.

Los cocodrilos crecen rápidamente durante los primeros años de su vida; luego su tamaño aumenta a razón de una pulgada por año.

El peso en libras de un pedazo de hielo es igual a su volumen en pulgadas cúbicas dividido por 30. Mídanse los tres: largo, ancho y grueso; multiplíquense las tres dimensiones y divídase el total por 30.

Una famosa pantera, conocida y temida durante diez años en los alrededores de Secunderabad (India), ha sido muerta al fin, hace poco. En su cuerpo se hallaron numerosas cicatrices de heridas de bala.

Una sorprendente característica del centro comercial de Londres, la City, es la de que durante el día, entre las diez y las diez y siete, viven en ella más de 400.000 personas; pero al anochecer la City se despuebla, y su población queda reducida a 13.700 personas, es decir, treinta veces menor que la diurna.

Se están realizando experimentos a fin de descubrir, si es posible, la forma de suprimir la fatiga en el hombre por medio de una substancia que proteja los músculos.

En el Japón ha sido adoptado recientemente el sistema métrico decimal de pesas y medidas.

En 1380, Juan I de Castilla envió una expedición a Inglaterra para castigarla por suponer que Albión tenía la idea de invadir España. Los castellanos quemaron todos los buques ingleses que había en el Támesis, casi a la vista de Londres.



Colocación de la piedra fundamental de la avenida Costanera



Con la asistencia del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, del ministro de Obras Públicas, doctor Roberto Ortiz, del intendente municipal, señor Carlos M. Noel y de otras autoridades, realizóse la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental de la Avenida Costanera, en el tramo que arrancará de la costa del río, a la altura de la calle Pampa.—La comitiva, en el palco oficial, durante el acto de la colocación de la piedra.



El concejal señor Antonio Zaccagnini hablando en nombre del Concejo Deliberante.



El primer magistrado y las personas que componían la comitiva oficial, recorriendo el puente provisorio que se interna 300 metros en las aguas del río de la Plata, para utilizarlo en la descarga de los materiales que se emplearán en la obra.

Delegación argentina a la Conferencia Internacional del Trabajo, en Ginebra



Doctor Ricardo Seeber, delegado.



Doctor Manuel Pinto (hijo), delegado.



Doctor Alejandro M. Unsain, asesor técnico.

SUBSECRETARIA DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA



El doctor Julio César Urien, nombrado subsecretario del Ministerio de Agricultura, en reemplazo del ingeniero agrónomo señor Carlos Vallejo, que renunciara el cargo, recibiendo las felicitaciones de un grupo de amigos, que pasó a saludarle en su despacho del ministerio.

Academia de Medicina



Doctor Martín M. Torino, recientemente designado para ocupar la presidencia de la Academia de Medicina.

INAUGURACION OFICIAL DEL HOSPITAL RAWSON



Con la asistencia del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear y de su señora esposa, de los ministros de Obras Públicas y del Interior, del intendente municipal de la capital, del director de la Asistencia Pública, de los secretarios de Obras Públicas y Hacienda de la Municipalidad, del presidente del Concejo Deliberante, del director del establecimiento, doctor Medina, y de otras personas, realizóse la inauguración oficial del hospital Rawson, notablemente reformado y ampliado.—El intendente municipal, señor Noel, pronunciando su discurso en el acto inaugural.



El primer magistrado y la comitiva oficial recorriendo las dependencias del establecimiento.



Al salir de la capilla del hospital



Una vista general del magnífico establecimiento hospitalario, recientemente librado al servicio público.



Un detalle de las pérgolas que circundan el hospital

HOMENAJE A LA MEMORIA DEL SEÑOR SAMUEL HALE PEARSON



En ocasión de cumplirse el primer aniversario de la muerte del que fuera presidente del Jockey Club, señor Samuel Hale Pearson, la comisión directiva de dicha institución acordó tributar un homenaje a la memoria del extinto, fijando una placa rememorativa en el sepulcro que guarda sus restos en el cementerio de la Recoleta. — El presidente del Jockey Club, señor Adolfo Luro, leyendo su discurso ante un numeroso grupo de socios de la institución, que concurrieron a la sentida ceremonia.

DEMOSTRACION A DON ALBERTO M. CANDIOTI



Con motivo de su reciente nombramiento de Encargado de Negocios de la República Argentina, en Grecia, y de la publicación de su libro titulado "Historia de la institución consular en la antigüedad y en la Edad Media", el señor Alberto M. Candioti fué objeto de una afectuosa demostración, consistente en un banquete organizado en su honor y servido en los salones del restaurante Ferrari. — Vista de la cabecera de la mesa.

VISITA A LA COLONIA NACIONAL DE ALIENADOS



El doctor Carlos A. Bambaren, distinguido médico peruano que se encuentra en nuestro país como delegado de la Sociedad de Beneficencia de Lima, con la misión de efectuar estudios acerca del régimen de nuestros establecimientos sanitarios, realizó una visita a la Colonia Nacional de Alienados de Open Door. El doctor Bambaren fué amablemente atendido por el director del mencionado establecimiento, doctor Scarano, y por los doctores Ameghino, Fernández, Mauricio, Reitsin y Pistorini, en cuya compañía recorrió los distintos pabellones y dependencias de la institución. — El visitante y sus acompañantes, saliendo de una de las dependencias.

Fot. Riesgo.

NECROLOGIA



General de división Carlos J. Martínez, distinguido jefe de nuestro ejército, recientemente fallecido.

Nuevo director de inmigración



Doctor Amadeo E. Grandi, a quien el Poder Ejecutivo acaba de designar para desempeñar la dirección general de inmigración

Renuncia del secretario de la Federación Socialista de la Capital



Señor José E. Pfleger, secretario general de la Federación Socialista de la Capital que ha renunciado a causa de las divisiones partidistas.

CRUZ ROJA ARGENTINA
Las nuevas enfermeras diplomadas.



La presidenta de la Sección 16 de la Cruz Roja Argentina, señorita Amalia Clusellas, las vicepresidentas primera y segunda de dicha institución, señoras Arminda Basail Martínez de Veyga y María Luisa Basail Martínez de Roldán, respectivamente, y el director de la Escuela de Enfermeras, doctor Nicolás Lozano, en el acto de la entrega de los diplomas a las enfermeras que terminaron sus cursos en el pasado año 1925.

DE MENDOZA
Demostración al señor Leonardo F. Napolitano.



Presidentas de instituciones filantrópicas mendocinas, acompañadas del ex gobernador de la provincia señor R. Báez, del coronel Saforcada, del doctor Carlos Ponce, del ingeniero A. de Chavannes y del señor Víctor M. Rodríguez, rodeando al señor Leonardo F. Napolitano, en momentos de la entrega de un artístico pergamino, como agradecimiento por su actuación al frente de la Dirección General del Trabajo y de la presidencia de la Caja O. de Pensiones a la Vejez e Invalidez

SOCIALES



CAPITAL FEDERAL. — Señorita Ofelia Ducatelli.



ROSARIO. — Enlace de la señorita Adela Profumieri con el señor Hércules Petrall. — Los novios y los padrinos, después de la ceremonia religiosa.



La señorita Emilia C. Fierro y el señor Carlos Rucci, recientemente desposados, acompañados de sus padrinos de casamiento.



Enlace de la señorita Anunciada Barbera con el señor Blas Forbice. — Los contrayentes, los padrinos y algunos invitados al acto



La señorita Francisca Cabezas y el señor Pedro Blanco, después de sus desposorios, rodeados por los padrinos e invitados a la ceremonia.



Enlace de la señorita Josefina M. Mauri con el señor Humberto Ricarrere. — Los contrayentes después de la consagración religiosa

Excursión de un grupo de médicos argentinos a Puente del Inca

Un núcleo de [illegible] por los doctores Caride Mas[illegible], [illegible] liña, Correas, Hernández, Go[illegible], Meaurio, Thomson, Erhart, C[illegible], [illegible], Mas-tellano, Roffo, Vadone, Fru[illegible], [illegible] Masa, Ruiz Moreno, Bafico, Pach[illegible], Notti-wanger, Basso, Bustos Morón, [illegible], [illegible] lea, Lastra, Cisneros, Puente, Edo, [illegible], Besio Novaro, Mastronardi, Fratti, Bev[illegible], Cordero, Villaruel de la Reta, Notti, Larray[illegible], Puga y Yebra, realizaron una excursión cie[illegible] [illegible] a Puente del Inca, visitando diversos lugares de dicha región andina. — Los expedicionarios en la estación de Uspallata





[illegible] partir de la estación Retiro F. C. [illegible]



Un alto en la marcha



Los excursionistas en el Cerro de la Gloria, al pie del monumento erigid[illegible] ejército de los Ande[illegible]



Bordeando el lago de los Horcones.



Un grupo de médicos a orillas del mismo lago



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



[illegible]more, protagonista de ''La bestia del mar'', donde le secunda Dolores Costelli, cinedrama Ajuria especial, próxima extraordinaria de la General.



Mary Phylbin y Elliot Dexter [illegible] de ''Stella Maris'', cinedrama que la Universal estrenará pasado mañana.



Dorothy Revier y Forrest Stanley en una escena de ''Cuando los maridos flirtean'', cinedrama que Max Glücksmann estrenó el domingo último.



[illegible] ''Dos mujeres y un nombre'', cinedrama que la General, en su programa Ajuria estrenará el viernes próximo.



Patsy Ruth Miller y Alan Forest en ''La rosa del mundo'', cinedrama que en su programa Splendid estrenará la New York Film el sábado de la presente semana.

NOTAS CURIOSAS DE TODO EL MUNDO



El "Annie C. Ross", de Boston, encallado cerca de Pensacola, por haber equivocado las luces de otro buque que marchaba delante. La tripulació atribuyó el hecho a la nefasta influencia de un gato negro que llevab a bordo.



Henry Coggeshall, "estrella" del salto en alto, de la Universidad de California, salvando una barra colocada a l altura de la cabeza de Greta Garbo, "estrella" sueca de cinematógrafo



Esto que parece una terrorífica visión, no es más que un perro puro de caza, olfateando un rastro en la posesión de su dueño, Richard Clark, en Staffordshire.





Hack" Wilson, en otro tiempo figura destacad en los campos de deporte norteamericanos, sostiniendo una cría de tiburón que consiguió pesc durante una jira marítima por el océano.





Original sistema de impedir suicidios. En Long Beach (California), no es posible suicidarse arrojándose al agua. Los botes salvavidas acuden rápidamente y en uno de ellos va Bob C... un cowboy que enlaza al desesperado y lo saca a flotes aunque no quiera.



El canguro, es boxeador por naturaleza. No le importa el tamaño o peso de su adversario. En el grabado se ve a uno de estos animales "entrenándose" en una "menagerie" privada de Cobham, Lurrey, Inglaterra



Una curiosa amistad. "Jumbo", elefante de un circo que actúa en Horley, Suvey, Inglaterra, besándose con un camello perteneciente a la misma "menagerie".



Curioso aspecto de las cataratas de Winchester (Massachusetts.) El agua, casi helada, forma, siguiendo la configuración del terreno, como las grad de un stadio

LA PAGINA HUMORISTICA



El juez.—¿Cuál es su profesión?
—Sepulturero, para servir a usted.



—Esta es la cuarta vez que lo traen a la comisaría por robar gallinas. ¿Cómo explica usted esto?
—Realmente, no lo sé... Será, o porque la noche no estaba muy obscura o porque yo no soy bastante



—En resumen, doctor, ¿mi estado nervioso me permite soportar un drama?
—¿...?
—Sí. Pienso asesinar al director de una academia de música que hay instalada en la casa en que vivo.



—Ayer sorprendí al lechero besando a mi sirvienta, ¿y sabes lo que me respondió la muchacha cuando la hice una observación?
—...?
—Que la culpa era del almacenero, que le había dado el ejemplo.



El párroco.—¿No puede esperar un momento antes de sacar la fotografía de la iglesia?... El reloj atrasa mucho y lo están arreglando.



Ella.—Te portas como se ... colgado en la puerta.
Él.—Ahora comprendo por qué me decías la otra noche: "¡Te comería!"



—A mí, la verdad, el "cine" me aburre y me da sueño.
—¡Es natural! ¡Siempre vas con tu mujer!



—Me he tomado el trabajo de educarte, Juana, pero veo que a pesar de mis esfuerzos y de mis sacrificios, eres una niña mala y caprichosa.
—Realmente, mamá, tu fracaso ha sido completo.



—¿Ha pegado usted a su mujer?
—Sí, señor juez; con el pañuelo.
—Pero no le dices al señor juez que te suenas con los dedos.



—Esta noche llevará a la señora al teatro...
—Con mucho gusto señor... Pero todavía no me han entregado el traje de smoking.



Yo siempre he dicho que si sabía que mi mujer me engañaba, la mataría... Pero, por suerte para ella, siempre lo he sabido tarde.



—¿Y los otros herederos no quisieron quedarse con la estancia?
—Sí señor. Pero como yo les pago el arrendamiento a los abogados, el pleito no termina nunca.

MARPLA-
TENSES





Señora Dolores F. de Maniglia, señorita Nélida Maniglia y niño Agustín Maniglia.



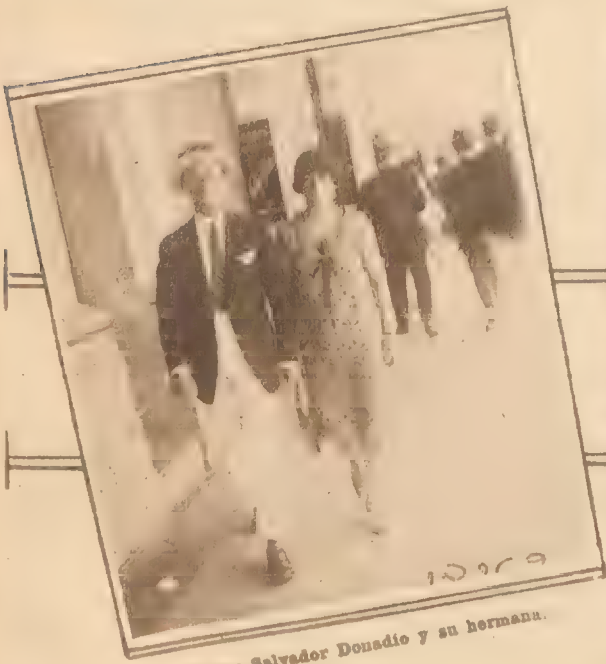
Señor [illegible] Lorenzo y su esposa



Niños de Lorenzo.



Señor Armando Petrapinto y su esposa, y señorita de Donadío



Señor Salvador Donadío y su hermana.



Angelita León.



El doctor Mastronardi, el jefe de la división judicial, comisario inspector señor Amleto Donadío y don Cayetano Gangui.

DEPLORABLE ESTADO DE LA COLONIA NUEVA VALENCIA, EN CORRIENTES





Debido a un inexplicable abandono oficial, la colonia Nueva Valencia, que fundara el escritor español señor Vicente Blasco Ibáñez, en tiempos del gobierno del doctor J. R. Vidal, se halla hoy en un lamentable estado de ruina, según acusan las fotografías de la presente nota gráfica. — El actual mandatario de la provincia de Corrientes, doctor Benjamín S. González, ha manifestado el decidido y plausible propósito de remediar semejante abandono, reconstruyendo lo derruido e impulsando el pro[illegible] men cionada colonia. — A la izquierda: el pabellón principal destinado a oficinas de la administración, ostentando el mal estado del techo. — A la derecha: un[illegible] los galpones completamente derrumbado.



Algunas de las máquinas utilizadas en la colonia, abandonadas a la intemperie.



Una de las balsas que sirven para el paso del Riachuelo. Viaja[illegible] el gobernador de la provincia doctor González, el ministro de gobierno, doctor Solari y otra[illegible] sonas que acompañaron al mandatario correntino en su reciente visita a la colon[illegible]



Grupo de cincuenta penados que fueron trasladados desde Corrientes a Nueva Valencia, para actuar en los trabajos de restauración de la colonia.



Piquete de policía bajo cuya vigilancia trabajan los presos llevados de la capital correntina.



Otro de los galpones de la colonia completamente destechado.



El edificio destinado a escuela.

Fots. Elena Ingimbert.

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE


Reunión de delegados ante el consejo divisional de la Liga Rosarina de Football para la elección de presidente de dicho cuerpo. Resultó elegido, por gran mayoría, el señor Estévez. El acto fué presidido por el señor Pedro Arias, presidente de la liga.


Vista parcial del banquete con que un grupo de amigos obsequió al campeón argentino de máuser, señor Juan Papis, con motivo de su próximo enlace


Torneo de lawn tennis en el Club de Gimnasia y Esgrima. — Los señores R. Boyd, G. Robson, E. Obarrio y H. Cataruzza que formaron la representación porteña.


Señores E. Zanni y J. Rowe, rosarinos, y R. Boyd y G. Robson, porteños, que jugaron el partido de dobles, venciendo estos últimos por 6-4 y 6-2.


Los esposos Salvador Olmedo y Rosa Scarano, rodeados de sus hijos, en ocasión de cumplir sus bodas de plata matrimoniales.


La señorita María Luisa Celli y el señor Antonio Torrondel, después de la bendición de su enlace, acompañados de sus padrinos, señora de Testi y señor Calvo


Enlace de la señorita María Butarelli Undabarrena con el señor Carlos González López. — Los contrayentes después del acto religioso.


La señorita Nidia Ferreyra López y el señor Ramón Llobet, recientemente desposados

Fots. Flores Toledo



DE CARHUE



Carmen Blanca Berné e Irma A. Ciancaglini.



Las familias de Rojo, Martinez, Bagliane y Barrenechea, atacando, denodadamente las viandas.



Jorge y Hernán Córdoba.



Señoritas de Garate.



Un interesante grupo en amena charla.



Señores Manuel Barnés y P. Romero.



Señores Julio M. Macías y A. López Alba.



Señor Arturo Ayala.



Señor Valentín González y su nieto.



Juan Fernando, Julián Martín y Ana María Licazo.



Señor Enrique Lucá.

Fots. Carretero

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



SAN FERNANDO. — Señorita Gilda A. Biondi, directora del Instituto Superior de Música "Biondi".



De izquierda a derecha: señoritas María Rosa Froglia, Lola Baisa, Elena J. Biondi y Angela Santoro, que acaban de obtener el diploma de profesora superior de teoría y solfeo, en el Conservatorio Grassi, de la Capital Federal, con las más altas clasificaciones. Dichas alumnas fueron preparadas y presentadas por la profesora señorita Gilda A. Biondi.



BORDENAVE. — Team del Club Atlético Bordenave, que iniciará la temporada midiéndose con el Sportivo de A. Sáenz, F. C. S.



Equipo del Club Sportivo de A. Sáenz, cuyo encuentro con Atlético de Bordenave constituirá el partido inicial de la temporada deportiva.



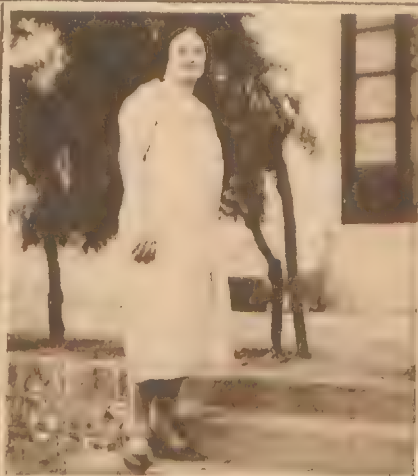
ALEJANDRA (SANTA FE). — Una vista de las islas inundadas, obtenida después de la crecida del río San Javier.



Camalote [illegible]



GUAMINI. — Los jóvenes Alli y Colombo, disponiéndose a remojarse.



MAR CHIQUITA. — Señora Juana T. de Rosso.



Señor Vicente Petruzzi y su esposa.



Señora de Groisman.

Fots. González, Oriola, Estanco, Bressan [illegible]

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí



EL HIJO DEL LOBO

Por JACK LONDON

(Traducción de Federico Leal)

El hombre no aprecia casi nunca a la mujer en su justo valor hasta que no se ve privado de su convivencia.

De ordinario vive y se ve envuelto en la atmósfera femenina sin percatarse de la sutilidad que hay en ella; mas el día en que le falta, la sensación de vacío que rodea su existencia crece más cada día. En estos momentos, el hombre aspira vagamente a algo tan poco definido que difícilmente podría explicarlo, y si le acontece el topar con amigos tan inexperimentados como él, se encogen de hombros al mirarle, y acaban por recomendarle un tónico. Pero con el tiempo aumenta el malestar, y los detalles pequeños del vivir cotidiano pierden todo interés a sus ojos, y, por último, en un buen día, cuando el vacío se le iba haciendo más insoportable, su espíritu repentinamente se inunda de luz.

Cuando esto sucede en el país regado por el Yukón (1), el hombre que padece tal pasión de ánimo se agencia una barca, si es en verano, o engancha sus perros a un trineo, si es invierno, y se marcha hacia el Sur. Si tiene fe en el porvenir de aquel país, vuelve meses más tarde trayendo consigo una mujer que compartirá, al poseer su confianza, los rudos trabajos de la aventura. Esto viene a mostrarnos el egoísmo innato en el hombre, y nos recuerda los infortunios de Scruff Mackenzie en aquellos tiempos en que el país aún no había sido invadido por la ola de recién venidos y en que el *klondyki* no se conocía más que por la pesca del salmón.

Por su aspecto externo, Scruff Mackenzie parecía nacido en la frontera, y efectivamente había vivido allí. En su rostro veíanse las huellas de veinticinco años de lucha incesante contra una Naturaleza áspera y salvaje. Los dos años últimos, los más duros y difíciles de todos, los había pasado buscando a tientas el oro que se encuentra a la sombra del círculo polar ártico. Cuando aquellas soledades comenzaron a hacérsele pesadas, no tuvo sorpresa alguna, porque, a fuer de hombre práctico, había conocido a muchos otros con igual desventura. No exteriorizó signo alguno de malestar y siguió trabajando aún con más ahinco. En el verano luchó contra los mosquitos y trabajó en los terrenos auríferos del Stuart River, para procurarse una doble provisión de víveres. Reunió después unos cuantos troncos de árbol en forma de balsa, en la cual bajó por el Yukón hasta Forty Mile, y allí construyó una de las cabañas más bonitas del campamento. Tan confortable la encontraron, que algunos se ofrecieron a vivir con él en compañía. Pero él pronto les quitó toda esperanza, con breves y secas frases, notables por su laconismo y energía, y se procuró, comprándolas, provisiones abundantes para dos personas.

Como podemos ver, Scruff Mackenzie era un hombre práctico.

Cuando necesitaba algo iba directamente a procurárselo sin pararse en barras. Aunque habituado a los trabajos más penosos, no sentía grandes deseos, primeramente, de hacer un viaje de novecientos kilómetros por hielo, después otro por mar—cerca de dos mil millas—y luego un tercero de casi mil quinientos kilómetros a pie, y todo a la busca y captura de una mujer. No. La vida le parecía demasiado breve para todo esto. Enganchó sus perros, echó sobre su trineo una carga bastante original y partía a través de la inmensa llanada, en la cual los manantiales del Tanana dibujan sus vertientes occidentales.

Era un infatigable viajero, y sus perros-lobos podían, con sólo una frugal comida, andar mucho tiempo y rendir mayor suma de trabajo que ningún otro atalaje en toda la cuenca del Yukón.

Tres semanas más tarde llegaba a un campamento de cazadores de la tribu de los Sticks, establecido en el curso superior del Tanana. Los Sticks quedaron sorprendidos de su audacia, pues no son gentes que gozan de buena reputación, y de ellos se dice, con verdad, que han matado a más de un blanco con sólo el objeto de robarle sus trastos, aun cuando éstos fuesen un hacha o una carabina en mal estado. Sin embargo, Scruff Mackenzie se plantó en medio de la tribu solo y con un aire en que se confundían maravillosamente la humildad, la sangre fría, la familiaridad y la insolencia.

Se fué derecho al jefe, Thling-Tinneh, y ante él se inclinó profundamente ofreciéndole una libra de te negro y otra de tabaco, lo que le conquistó inmediatamente la benevolencia del jefe. Después se mezcló con hombres y muchachas, anunciándoles que por la noche les daría un *potlach* (1). En un rectángulo de cerca de cien pies de largo y veinticinco de ancho se aplastó la nieve hasta formar una superficie muy dura, y se encendió en el centro una gran hoguera, mientras que se tapizaban los costados con ramas de pino. Los individuos de aquella tribu, en número aproximadamente de unos sesenta, salieron de sus cabañas y se pusieron a cantar aires populares en honor del huésped.

Dos años de estancia en aquellas regiones habían enseñado a Scruff Mackenzie los pocos centenares de palabras que componen el vocabulario de aquellos poblados. Había tomado muy bien sus sonidos guturales, asimilándose el giro de sus frases, sus dialectos japoneses, así como los detalles honoríficos tan duros al oído. De esta manera pronunció un discurso a su gusto, teniendo cuidado de satisfacer su necesidad de poesía amorosa con raptos de elocuencia bastantes rudos y con contorsiones metafóricas. Cuando Thling-Tinneh y el *Shamán* (médico y santón) le respondieron en el mismo tono, hizo regalillos a los hombres y se puso a cantar con ellos, tomando luego parte en el juego de los cincuenta y dos palos o bastones, en el que era sumamente diestro.

Le fumaron su tabaco y estaban encantados; mas en cuanto a los jóvenes, éstos adoptaron una actitud de desconfianza; sentían correr entre ellos como un espíritu o aires de bravata que se traslucía bien a las claras de las insinuaciones terminantes de las [illegible] desdentadas y de las alusiones de las [illegible] cos blancos, "Hijos de Lobo", como los llamaban; pero sabían de ellos historias muy extrañas.

Pese a su aparente indiferencia, Scruff Mackenzie notó a escape esta disposición. Bien envuelto en sus pieles, en la noche siguiente reflexionó seriamente en sus cosas y formó su plan de campaña, mientras fumaba numerosas pipas. Entre las muchachas había una sola que le gustaba, y ésta era nada menos que la hija del jefe de la tribu, la linda Zarniska. Sus rasgos, su figura y su aire respondían mejor al tipo de belleza de los blancos, de tal manera que se destacaba una enormidad entre las demás jóvenes de la tribu. Pensaba llevársela, hacerla su esposa y cambiarle su nombre por el de Gertrudis.

Lo que quería no era cosa muy fácil de hacer; era preciso andar con cuidado. Scruff Mackenzie maniobró diestramente y con una indiferencia que desconcertó a los Sticks. Tuvo buen cuidado de hacer entender a los hombres que era un cazador fantástico y una excelente escopeta, y las alabanzas a su puntería corrieron por el campo cuando vieron que mataba a un *moose* (animal corpulento, perteneciente a la familia del reno) a quinientos metros.

Una tarde se fué a visitar a Thling-Tinneh en su tienda forrada de pieles de *moose* y de carabao, habló fuerte y distribuyó generosamente su tabaco. No olvidó de rendir tal honor también al Shamán, porque comprendió la influencia de esta especie de médico sobre el pueblo aquel, y le convenía tenerlo como aliado.

Como no veía el medio Mackenzie de estar a solas con Zarniska, se contentaba con dirigirla miradas incendiarias que dejaban entrever claramente sus intenciones. Ella, que lo había adivinado, como coqueta que era, cuando los hombres se iban se rodeaba de muchachas para ofrecer a Mackenzie la ocasión soñada. Pero éste no sentía prisa; sabía que ella no dejaría de pensar en él, y con unos días que la muchacha tuviera aquella preocupación constante, sus proyectos irían viento en popa.

Por fin, una noche, cuando juzgó que había llegado la hora, abandonó rápidamente la tienda ahumada del jefe, entrando en la más próxima. Como siempre, Zarniska estaba sentada en medio de las mujeres ocupadas en hacer labores y trabajos en perlas. Cuando entró, todas se echaron a reír bromeando y mezclando su nombre con el de Zarniska. Atrevidamente las echó una a una afuera sobre la nieve, desde donde partieron rápidas a esparcir la noticia por todo el campamento.

Al quedarse solo, cálidamente defendió su causa en el lenguaje de la muchacha, porque realmente no le hubiera entendido en otra lengua. Al cabo de dos horas se levantó y se marchó.

—Entonces estamos conformes; Zarniska irá a la cabaña del hombre blanco. Ahora voy a hablar a tu padre, que quizá no sea de esta opinión. Le haré muchos regalos; pero que no pida demasiado. ¡Y si dice que no..., es igual! Zarniska irá, a pesar de todo, a la cabaña del hombre blanco.

Tenía ya levantada la cortina de pieles para salir, cuando un sollozo ahogado le atrajo al lado de la joven. Ella se arrodilló ante él en la piel de oso que tapizaba la tienda, y ruborosa y como verdadera hija de Eva se desabrochó tímidamente el pesado cinturón con el que ordinariamente se ceñía

Sorprendido y escamado la miró, escuchando atentamente el menor ruido del exterior. El movimiento que hizo ella en seguida disipó sus temores y le hizo sonreír de alegría. Zarniska se levantó para tomar de su bolsa de labor un capote de piel de *moose* cu[illegible] de un bordado de perlas de fantástico dibujo; tomó luego el cuchillo de caza de Mackenzie, mirando respetuosamen[illegible]

(1) Río caudaloso que corre por el sur de Alaska.

(1) Una especie de fiesta particular de aquellas tribus.

te la hoja y probándola ligeramente en la yema de su dedo, y la volvió a la vaina. Colocó el arma en el capote de pieles, en el sitio de costumbre, por cima de las caderas, y se lo colocó a Mackenzie. Parecía una escena de la Edad Media; una dama armando a su caballero.

Manckenzie alzó a la joven y rozó con su bigote los rojos labios de Zarniska. Para ella esto fué la caricia desconocida del Lobo. La edad de piedra y la de hierro se confundían en esta escena.

Hubo como un leve rumor en el aire cuando, poco después, Scruff Mackenzie, llevando en brazos un gran bulto, alzó la cortina de la tienda de Thling-Tinneh. Por todas partes corrían los chicos llevando leña seca al sitio en que el *potlach* debía realizarse. Un murmullo de voces femeninas se oía cada vez más distinto, y los hombres agrupados se consultaban con aire sombrío, mientras que de la tienda del Shamán salía el rumor extraño de una especie de encantamiento o salmodia.

El jefe estaba a solas con su mujer, con los ojos extraviados. De una ojeada comprendió Mackenzie que la noticia había llegado allí. Por eso entró prontamente en materia, teniendo cuidado de que se percatasen del capote bordado, regalo de boda.

—¡Oh! Thling-Tinneh, poderoso jefe de los Sticks y de la tierra del Tanana—exclamó.—Tú eres el que mandas en el salmón, en el oso, en el moose y el carabao! El hombre blanco se presenta ante ti con un gran proyecto. Desde hace muchas lunas vive solitario, su cabaña está vacía. Su corazón, plegado al silencio, suspira por una mujer que tome asiento a su lado, bajo su tienda, y le prepare al volver de la caza el alimento reconfortante. Ha oído el extraño rumor de los pasitos del niño y el sonido de sus vocecitas ha llegado hasta él. Una vez tuvo una aparición que vino a turbar sus noches solitarias: vió al Cuervo, que es tu padre, el gran Cuervo, padre de todos los Sticks, y el Cuervo habló de esta manera al hombre blanco: "Calza tus polainas, ata tus patines y prepara tu trineo; aprovisiónate de alimento para muchos días y cárgate de hermosos presentes para el jefe Thling-Tinneh. Vuelve luego la vista hacia donde el sol acostumbra a desaparecer en medio de la primavera y viaja hasta el campamento de caza del gran jefe. Le ofrecerás tus magníficos presentes, y Thling-Tinneh, que es hijo mío, será para ti un padre. Bajo su tienda hay una joven, a la cual he dado la vida para ti; esta muchacha será tu mujer".

Así habló el gran Cuervo. Por esto deposito a tus pies numerosos regalos y deseo llevarme a tu hija.

Con aire no desprovisto de majestad, el anciano se ciñó sus pieles, procurando no contestar, mientras que un hombrecillo medio enano se escurrió en la tienda, desapareciendo casi instantáneamente, no sin haber advertido rápidamente que el consejo reunido reclamaba la presencia del jefe.

—¡Hombre blanco, a quien llamamos el *Matador de Mooses*, y eras también conocido entre nosotros con el nombre de *Lobo* y de *Hijo del Lobo!* Sabemos que perteneces a una raza poderosa, y nos enorgullecemos de tenerte como huésped en nuestro *potlach*, pero el rey-salmón no tiene alianzas con el salmón subalterno, ni el Cuervo con el Lobo.

—¡Cómo puede ser eso!—exclamó Mackenzie.—He encontrado muchas veces a las hijas del Cuervo en los campos del Lobo.

—Dices verdad, hijo mío; pero esas son reuniones funestas, como la del agua con la arena, y el copo de nieve con el Sol. ¿Te encontraste a Mason y a su compañera? ¿No? Aquí vino hace diez años; era el primero de todos los Lobos. Con él vino un hombre forzudo, vigoroso, tieso como la rama del sauce, fuerte como el oso gris, con el rostro barbilampiño y con un corazón como la plena luna de estío. Su...

—¡Ya!—interrumpió Mackenzie, al reconocer al personaje conocido en todo el Norte.—¡Es Malemute Kid!

—¡El mismo! Un hombre fortísimo. ¿No conoces a su mujer? Era la verdadera hermana de Zarniska.

—No, jefe, no la conozco; pero he oído hablar de ella. Mason, allá abajo, abajo, en el Norte, fué aplastado por un enorme tronco de abeto viejísimo; pero era muy grande su amor y poseía mucho oro. Gracias a este oro, su mujer con el hijo viajó bastantes días hacia el país en donde se ve en invierno el sol a mediodía, y allí vive.

En esto llegó un segundo mensajero que le habla al jefe de la imperativa llamada del consejo. Al mirar Mackenzie hacia fuera, en la nieve, se percató del grupo de hombres acurrucados ante la hoguera del consejo, y además oyó a lo lejos el rítmico rumor de unas canciones masculinas, y comprendió que el Shamán excitaba las iras del pueblo contra él. El tiempo apremiaba... Volvióse hacia el jefe:

—¡Vamos, pronto! ¡Quiero tu hija! Fíjate; aquí el tabaco, el te, un gran número de tarros llenos de azúcar, confortantes abrigos, pañuelos de hermosos colores; por último, una carabina, una verdadera carabina con mucha pólvora y municiones.

—No—contestó el viejo, luchando para no aceptar todas las riquezas extendidas ante su vista.—Ahora está reunido mi pueblo y no quieren este matrimonio.

—¿No eres tú su jefe?

—Desde luego; pero los jóvenes están furiosos porque los Lobos se llevan las muchachas de la tribu y no tienen con quien casarse.

—¡Escucha, Thling-Tinneh! Antes que el día suceda a la noche, el Lobo tomará, con sus perros, el camino de las Montañas del Este, hacia la comarca del Yukón, y Zarniska abrirá paso con sus perros...

—Pero antes que pase la medianoche, mis muchachos quizá arrojarán a los perros la carne del Lobo, sembrando sus huesos en la nieve, en donde permanecerán ocultos hasta el día en que la primavera los descubra.

—¡Una vez más atiende, Thling-Tinneh! El Lobo muerde aun con la boca cerrada. Para caer él arrastrará a diez de tus hombres, los más fuertes, que te harán mucha falta, porque ahora comienza la caza, y el tiempo de la pesca vendrá dentro de breves lunas. ¿Qué sacarás de provecho con mi muerte? Conozco las costumbres de tu pueblo; te tocará sólo una pequeña parte de mis riquezas, mientras que las tendrás íntegras si me das a tu hija... Además... no tardarán mis hermanos, que son muy numerosos y tienen un hambre que jamás se ve satisfecha...

Fuera se oía el ruido de los patines sobre la nieve. Mackenzie cargó su escopeta y preparó los dos revólveres que llevaba al cinto.

¿Consientes, jefe, sí o no?

—Pero... ¿y mi pueblo, que dirá que no?

—Consiente y estas riquezas son tuyas, que yo me las arreglaré con tu pueblo.

—Puesto que el Lobo lo quiere, tomaré estos regalos..., pero conste que yo le he advertido...

Mackenzie pasó a poder del jefe todos los regalos, procurando descargar la escopeta, y cerró el trato con el presente de un pañuelo de seda de vivos colores. En este momento entró el Shamán, acompañado de media docena de muchachos. Rápidamente, Mackenzie, con audacia, se abrió paso entre ellos a empujones y salió de la tienda.

—Prepárate a salir—dijo secamente a Zarniska, como saludo, entrando en su tienda.

Enganchó a toda prisa los perros, y minutos después se presentaba con su tiro o atalaje en medio del consejo. La joven estaba a su lado. Se colocó en lo alto del rectángulo, junto al jefe, y puso a Zarniska a su izquierda, un poco detrás de él, como era su puesto, y además, como estaba próxima la hora de la lucha, era conveniente que tuviera las espaldas guardadas.

Por ambos lados, los hombres, agrupados alrededor del fuego, cantaban en voz alta himnos populares que añoraban la historia pasada de aquel pueblo. Extraño canto con cadencias sincopadas y un estribillo monótono y constante, y que fuera de aquel lugar no podía ser bello ni agradable. Al otro lado del rectángulo, cinco o seis mujeres bailaban bajo la vigilancia del Shamán, que gritaba y regañaba severamente a las que cedían en estos habituales transportes del rito.

Scruff Mackenzie, al dar una ojeada hacia las dos grandes avenidas de abetos, para ver los que faltaban de aquellas gentes, no entrevió más que una idea vaga del espectáculo grandiosamente salvaje. Su mirada topó un momento sobre un recién nacido, a quien su madre amamantaba allí, con el pecho desnudo, a cuarenta grados bajo cero, y pensando en las mujeres delicadas de su raza, sonrió ferozmente. De una de aquellas mujeres procedía él y de ella había recibido por toda herencia, como las de su raza, el poder de reinar sobre la tierra y sobre el mar, sobre los pueblos y sobre los animales de todas las zonas. Solo contra ciento, lejos de los suyos y en medio del invierno de las regiones árticas, sintió correr por sus venas el fuego de sus antepasados, el deseo del amor salvaje y peligroso, y, con el estremecimiento de la lucha inminente, el ardor de vencer o morir.

Al cesar los cánticos y las danzas sagradas, el Shamán se puso a perorar con elocuencia arrolladora.

Con la ayuda de su complicada mitología, supo reaccionar hábilmente el espíritu crédulo de su pueblo. La cosa se puso seria.

Oponiendo los principios o espíritus creadores, personificados en la Corneja y el Cuervo, a Mackenzie, estigmatizó a éste, llamado Lobo o principio, o espíritu de lucha o destrucción. No se trataba solamente del combate de las fuerzas espirituales, sino de la lucha de hombre a hombre hasta destruirse. Ellos eran los hijos de Jelchs, el Cuervo, que había traído el fuego; Mackenzie era hijo del Lobo, o en términos más claro, el Demonio. Un solo instante de tregua en aquella lucha perpetua, y casar a sus hijas con los jefes del adversario, era una traición y una blasfemia espantosa... No encontraba palabra bastante despreciable ni imagen suficientemente grosera y dura para calificar a Mackenzie, a quien llamaba intruso, hipócrita, emisario de Satán. Un rugido salvaje, prontamente contenido, se escapó del fondo del pecho de sus auditores, clamor que cesó solamente cuando un joven llamado el Zorro, se adelantó para hablar.

—Hermanos, las palabras del Shamán las dicta la Sabiduría. Al llevarse los Lobos nuestras muchachas, nuestros hombres no tendrán hijos. Estamos reducidos a un puñado. Los Lobos han tomado nuestras cálidas vestiduras de pieles y nos dan en cambio espíritus malignos que reposan en las botellas y en los vestidos hechos de hierba, y no de la piel del castor y del lince. Aquellas telas no calientan y nuestros hombres mueren de extrañas enfermedades. Yo, el Zorro, no tengo mujer... ¿Por qué? Por dos veces las jóvenes que me gustaban se marcharon al campo de los Lobos. Hoy mismo he reunido pieles de castor, de *moose* y de carabao para ganar el ánimo de Thling-Tinneh y casarme con su hija Zarniska. Y, sin embargo, ahí la tenéis con sus patines y dispuesta a guiar los perros del Lobo... No hablo solamente por mí. Lo mismo le ha sucedido al Oso; él también hubiera querido ser padre de los hijos de Zarniska, y con esta intención había reunido muchas pieles de las fieras. Hablo, pues, en nombre de todos los jóvenes que no tienen mujer. Los Lobos no se sacian nunca y siempre llevan la mejor parte en el botín, dejando a los Cuervos las migajas.

—Fijaos en Gugkla—exclamó, señalando con el dedo a una mujer enferma;—sus piernas, torcidas como las bordas de una canoa, la impiden cargar la leña y llevar la comida a los cazadores. ¿A que no la escogen los Lobos?

—¡Verdad, verdad!—vociferaron los hombres de la tribu.

—Ahí está Moyri, a la cual el espíritu del mal le ha torcido la vista. Los niños lloran de miedo cuando los mira y se dice que el oso la abre el camino sobre el hielo. ¿La han escogido también los Lobos?

En el momento en que acababa esta frase, un inmenso resplandor púrpura, verde, amarillo y violado atravesó el cielo de uno a otro extremo del horizonte; era una aurora boreal.

Con la cabeza hacia atrás y los brazos en alto, el orador exclamó:

—Mirad, los espíritus de nuestros padres que se levantan, y esta noche se cumplirán grandes acontecimientos.

Retrocedió algunos pasos, y otro joven avanzó tímidamente, empujado por

Evocación

Mientras evoco, amada, tu perfume,
y tu boca enigmática, dibujo,
una rosa agoniza, preso el cabo
en las hojas de un libro que vislumbro.

Su corola se cierra, y palidece
como una boca exangüe que recoge,
entre las comisuras de sus labios,
el amargo reproche!...

La rosa muere, y su perfume llega.
como el último adiós del moribundo,
mientras evoco, amada, tu perfume,
y tu boca enigmática, dibujo.

Alberto J. FREIRE.

sus camaradas, a quienes llevaba de estatura la cabeza. Su ancho pecho parecía desafiar el frío, las palabras parecían helarse en sus labios y parecía un poco perplejo. Su rostro tenía la huella horrible de un golpe espantoso que le había llevado una mejilla. Con los puños se golpeó el robusto pecho, que resonaba como un tambor, y su voz sonaba como gruñidos que salen de una caverna profunda.

—Soy el Oso. Punta de Plata, hijo de la Punta de Plata. Y mi voz se parece a la de la muchacha cazadora de linces, de mooses y carabaos. En medio de los horribles silbidos del viento atravesé las montañas del Sur, y he matado a tres hombres de los ríos blancos, y cuando éstos se convierten en torrentes y encontré al oso blanco, me detuve...

Tomó aliento, y pasándose la mano sobre las terribles cicatrices, prosiguió:

—No me parezco al Lobo. Mi lengua está helada como el agua; no sé pronunciar largos discursos, y sólo diré algunas palabras. El Zorro anuncia grandes acontecimientos para esta noche. Sus palabras salen de sus labios como el agua del manantial, pero no es pródigo en acciones. Esta noche lucharé con el Lobo, le mataré, y Zarniska vivirá en mi hogar. El Oso no tiene más que decir.

A pesar de la general hostilidad evidente de todos, Mackenzie se contuvo. Sabiendo que su escopeta de poco podía servirle, se echó mano a los revólveres para asegurarse de que estaban preparados, y se quitó los mitones, dejando, sin embargo, cubiertos sus brazos con los guantes hasta el codo. Sabía muy bien que atacar a la vez a todos sus enemigos era perderse; mas, fiel a su palabra, se preparó a vender cara su vida.

El Oso infundía respeto a sus camaradas, pues sus puños habían siempre tenido a raya a los más impetuosos. Cuando el tumulto pareció apaciguarse algo, Mackenzie echó una ojeada a Zarniska. Inclinada hacia adelante sobre sus patines, con los labios entreabiertos y las aletas de la nariz vibrantes como una tigresa que olfatea la presa, presentaba un aspecto soberbio. Sus ojazos negros, fijos en los hombres de la tribu, tenían una expresión temerosa y desconfiada, y la tensión de su espíritu era tal que hasta contenía su respiración. Con una mano crispada se apretaba convulsivamente el pecho y la otra empuñaba el látigo; parecía una estatua de mármol. Al momento, irguiendo la cabeza y dando un suspiro, dirigió a Mackenzie una mirada que revelaba todo su amor.

—Hermanos —dijo Mackenzie, — el hombre blanco, a quien gustáis en llamar el Lobo, ha venido a vosotros con palabras amistosas, de hermano, y sus labios no se mancharon con la mentira. Pero vosotros habéis demostrado lo que encerráis en el corazón, y ya ha pasado el momento de las palabras de paz. Primeramente, he de deciros que el Shamán es un perfecto falso; tiene mala lengua, las mentiras que os ha dicho no proceden del Espíritu del fuego; sus oídos no oyen la voz del Cuervo, y se ha burlado de vosotros contandoos las fábulas que ha inventado. No tiene poder alguno, y recordad el pasado. Cuando os visteis obligados a matar vuestros perros y a coméroslos, cuando vuestros estómagos sufrían horriblemente, cuando no teníais más alimento que las pieles de vuestras abarcas, cuando los viejos y las mujeres dormían el último sueño, cuando vuestros pequeñuelos se morían de hambre en el seno desecado de sus madres; cuando todo era sombras en vuestro derredor, que parecíais en tan gran número como el salmón en el pasaje, y el hambre os diezmaba, ¿qué penas y trabajos os ha quitado el Shamán? ¿Dió carne a vuestros estómagos hambrientos? Os lo repito, el Shamán no tiene poder alguno, y por eso le escupo al rostro.

Aunque un poco sorprendida por aquella especie de sacrilegio, la multitud no dió ni un solo grito de protesta. El miedo se retrató en el rostro de algunas mujeres; en los hombres se vió como la expectación de un milagro. Todos los ojos estaban fijos en las dos figuras centrales; el médico y santón padecía toda la amargura de aquellos momentos crueles; su poder iba a escapársele. Abrió la boca para amenazar, mas se volvió pronto atrás ante la actitud feroz, con los puños en alto y los ojos centelleantes de Mackenzie. Este, riendo maliciosamente, añadió:

—¡No me matan? ¿No me hiere el rayo? ¿Las estrellas no se desprenden del firmamento para destruirme? Entonces esto se ha terminado. Ahora os voy a hablar de mi pueblo, que es el más poderoso de todos y reina en todos los países. En primer lugar, nosotros cazamos solos, como veis que lo hago yo; después cazamos en partidas, y, por fin, nos esparcimos en masa sobre el país, como el carabao en ciertas épocas del año. Los que nos llevamos



a nuestras cabañas viven, los que dejamos se mueren. Zarniska es una muchacha vigorosa, hecha para ser la madre de Lobos, y hagáis lo que hagáis, lo será, porque mis hermanos son muchos y siguen la huella de mis perros. Escuchad ahora la ley del Lobo: "Quien quiera que sea que mate a un Lobo, será castigado con la muerte de diez de los suyos". Muchos países han purgado estos delitos, y así sucederá siempre.

"Ahora me quiero dirigir al Zorro y al Oso. Ellos, según dicen, han puesto los ojos sobre esta muchacha. No puede ser, la he comprado; Thling-Tinneh se apoya en este momento en la escopeta que le he dado; mis regalos están en su tienda. Sin embargo, voy a corresponder con estos hombres. Al Zorro, cuya boca está seca por el discurso que ha pronunciado, le daré cinco grandes paquetes de tabaco con que humedezca su lengua y le permita pronunciar elocuentes discursos al Consejo. En cuanto al Oso, del que estoy orgulloso, le ofrezco dos abrigos, veinte cahíces de harina, el doble de tabaco que al Zorro y si quiere seguirme más allá de las montañas del Este tendrá una escopeta como la de Thling-Tinneh. Si no... ¡nos veremos las caras! El Lobo está ya cansado de hablar, y por última vez os repito la ley de su país: "El que haga perecer a un Lobo, será castigado con la muerte de diez de los suyos".

Después de hablar así, Mackenzie volvió a echarse atrás, en actitud de desafío, pero no sin experimentar una gran inquietud. La noche era obscurísima. Zarniska se acercó a él y en voz baja le contó las aventuras de guerra del Oso con su cuchillo.

Prontamente se decidió la pelea.

En un momento, muchos pies, calzados de abarcas, agrandaron el emplazamiento de la nieve que rodeaba al fuego. Se murmuraba de la derrota aparente del Shamán; unos decían que guardaba su poder para otra ocasión; otros comentaban lo sucedido, dando la razón al Lobo.

El Oso avanzó en la liza, empuñando un gran cuchillo de caza de fabricación rusa. Mackenzie se desciñó el cinturón con los revólveres y se lo puso a Zarniska, diciéndola:

—Si ves que me atacan por detrás, me avisas, diciéndome con toda tu fuerza: "¡Marido mío!" Repítelo así: "¡Marido mío!"

Se echó a reír, la acarició la mejilla y se metió en el círculo.

No solamente el Oso tenía más estatura que Mackenzie, sino que su cuchillo era dos pulgadas mayor que el de aquél. Mackenzie se había visto frente a frente muchas veces con hombres de agallas, pero comprendió que esta pelea era una cosa seria. Sin embargo, el resplandor del acero, que brillaba a la luz del fuego, le excitó y despertó en él el instinto dominador de la raza.

El combate comenzó.

De vez en cuando, Mackenzie se veía rechazado cerca del fuego o al final del círculo de combate, pero pronto, en virtud de la táctica pugilista, volvía al centro. Ni una sola voz se oyó en su favor, mientras que los aplausos y sugestiones se prodigaban al Oso. Cada vez que los cuchillos se encontraban, Mackenzie apretaba aun más los dientes y dirigía o paraba los golpes con una calma consciente de su poder. Al principio tuvo lástima de su adversario; pero a este sentimiento substituyó muy pronto el instinto de conservación y luego conoció el placer de matar. Los diez mil años de civilización desaparecieron, no quedando nada más que el habitante de las cavernas luchando por la mujer elegida.

Dos veces hirió al Oso sin llegar a ser tocado por él; pero a la tercera vez sintió la hoja de su adversario, y para salvarse tocó con la mano libre el brazo armado del Oso. Hicieron un cuerpo a cuerpo. Mackenzie se dió cuenta a escape de la inmensa fuerza de su adversario. Sus miembros, al chocarse, se retorcían y anudaban, amenazando saltar con el esfuerzo; cada vez veía más cerca el acero. Intentó desasirse, pero no lo consiguió. Y el círculo de espectadores, vestidos de pieles de fieras, se estrechaba para presenciar mejor el golpe final y la derrota. Entonces, con toda la astucia de un luchador experimentado, Mackenzie se echó un poco de lado y asestó un gran cabezazo a su adversario. El Oso retrocedió involuntariamente, y al perder el centro de gravedad, Mackenzie se echó sobre él con todo su peso y le tiró contra la nieve endurecida y espesa. El Oso vaciló y cayó pesadamente de espaldas cuan largo era.

—¡Marido mío, marido mío!—gritó Zarniska.

Al oír el choque de la descarga de un arco, Mackenzie se echó a tierra, y en el mismo momento pasó una flecha silbando por cima de él, que fué a clavarse en el pecho del Oso, cuando éste intentaba arrojarse sobre su enemigo. Mackenzie se levantó en seguida. El Oso yacía inmóvil, pero al otro lado de la hoguera el Shamán se preparaba a lanzar una segunda flecha, Mackenzie tomó su cuchillo por la hoja y lo lanzó al aire. Hubo como un relámpago cuando el arma cayó sobre la hoguera y fué a hundirse hasta el mango en el cuello del Shamán. Vaciló un instante y cayó pesadamente, dando la cara en las ardientes cenizas.

¡Chas, chas!

Y el Zorro que acababa de apoderarse de la escopeta de Thing-Tinneh, intentaba en vano disparar un tiro. Bajó el arma, oyendo que Mackenzie reía a carcajadas.

—El Zorro no sabe manejar aun ese juguete; le pasa lo que a las mujeres. Ven, tráemelo, y te enseñaré lo que hay que hacer.

El Zorro dudaba.

—Ven—insistió Mackenzie.

El Zorro acabó por adelantarse despacio y con la cabeza baja, como a un perro a quien acaban de zurrar.

—Mira cómo se carga y sale el tiro —dijo, metiendo una bala y echándose la escopeta a la cara.

—El Zorro ha dicho que esta noche acaecerían grandes acontecimientos y no se ha engañado. Ha habido hazañas, pero las del Zorro no son las más notables. ¿Tiene aún la intención de llevarse a Zarniska a su cabaña? ¿Es que quiere seguir el camino emprendido por el Shamán y por el Oso?... ¿No?... Entonces vamos bien.

Mackenzie, con aire de supremo desdén, arrancó el cuchillo del cuello del médico santón.

—¿Hay algún joven más que quiera seguir el mismo camino? En este caso el Lobo los matará, dos a dos, o tres a tres, hasta que no quede uno solo. ¿Nadie se presenta? Muy bien.

Ahora, Thing-Tinneh, te doy esta escopeta por segunda vez. Si después, viajas algún día por el país regado por el Yukón, ten entendido que allí habrá siempre para ti, en el hogar del Lobo, un lugar, una comida abundante. Está ya amaneciendo. Me voy y quizá vuelva pronto. Por última vez os lo repito: ¡acordaos de la ley del Lobo!

Cuando se unió a Zarniska, pareció a los ojos de todos como un ser sobrenatural. La muchacha se puso a la cabeza del tiro y los perros partieron a escape.

Después de unos momentos habían desaparecido en las sombras del bosque.

Mackenzie aguardó un instante, y luego, calzándose los patines, siguió el mismo camino.

—¿Se le ha olvidado al Lobo los cinco paquetes de tabaco que me ofreció?

Mackenzie se volvió furioso hacia el Zorro; pero el cómico incidente le hizo gracia.

—Toma, te daré este chiquitín que tengo aquí.

—Como el Lobo quiera—respondió el Zorro, con una voz meliflua y extendiendo la mano.

Y desapareció.

NOCHE DE LLUVIA

Por LEONARDO A. BAZZANO

La noche es fría, lluviosa; llovizna vacilante, indecisa. Ni se resuelve en un chaparrón, ni aumenta el volumen de las gotas. Delia, melancólica, frente a su antigua amiga Marta, contempla la calle desde la salita del tercer piso. La luz de los focos, más opacos que otras noches, alumbran la calzada húmeda, donde los seres y las cosas se reflejan vagamente. En las aceras cruzan, a ratos, algunos paraguas, inclinándose ya a derecha, ya a izquierda, como seres extraños en un raro juego.

En el Colón no es noche de abono. Fuerza será, pues, quedarse en la intimidad de la salita tibia. Abajo, en el amplio comedor de recepciones, la mamá de Delia y la de Marta dispondrán sus visitas a los pobres para los días siguientes.

Delia piensa seriamente a despecho de sus diez y ocho años. Ya ha sentido, más de una vez, el aguijonazo de la amargura. Así es la vida, así son las personas que le rodean en los salones. Sí, como la lluvia de esa noche, vacilantes, indecisas. Y, como esa noche, frías, entumecedoras. Junto a ellas siente que le invade el hastío. Es el hastío de los otros que penetra en su alma virgen.

Hacía un instante en que Marta ejecutara en el piano un nocturno de Chopín. Y ese mago de la tristeza, de la voluptuosidad melancólica, había predispuesto el espíritu de Delia a la meditación, que acrecía la noche lluviosa. La gotitas, menudas, que azotaban los cristales de la ventana, parecían relatar historias tristes.

Marta rompió el silencio.

—Parecemos—dijo—dos abuelas aburridas. ¿Qué tienes, Delia?

—Pienso en la vida. Medito. Se me ocurren ideas raras, extrañas. En mi corta actuación social he conocido muchos jóvenes. Todos superficiales, fríos, monótonos como esta lluvia. Siempre melosos, se insinúan apenas y parecen arrepentirse de inmediato. Dicen frases halagadoras, que no sienten, como partiquines que no conocen bien su papel. Cuando hablan de amor lo hacen valiéndose de frases ajenas, recogidas en las novelas. Es ridículo. Y yo, que he soñado en el gran mundo, desde muy niña; que me figuraba la sociedad como un Edén de regocijo, he sufrido una enorme decepción. Hay momentos en que sufro la nostalgia del internado.

—¡Oh! Las clases, las maestras, los recreos, las intriguillas frívolas, las travesuras... Yo también suelo sentir el vacío del internado ya lejano.

—Dime, Marta, ¿no pensastes allá, alguna vez, en el amor? ¿No soñastes con un hogar tuyo, más dulce que el de tus padres? ¿No anhelastes, en tu redor, cabecitas rubias y rizadas, ingenuos ojos celestes, sonrisas de ángeles? Sonríes dulcemente. Tu alma es como la mía. Las otras amigas no son así. Ellas gustan de esa vida insípida, agitada, turbulenta. El recibo tiránico, que no se puede eludir; la visita de compromiso, retribución de otra visita, donde se habla de superficialidades, salpimentadas con algunas intriguillas. La ironía velada, el aguijonazo que hace estremecer la epidermis imperceptiblemente y que luego, en la soledad de la noche insomne, arde hasta quemar. ¡Y esto es la sociedad! Luego el baile, los deportes, la playa veraniega..., todo eso que emponzoña nuestra alma femenina.

—Querida, esta noche te has revelado en pleno. Jamás te presentí tan amargada. En la escuela eras la más alegre de todas. Tus carcajadas hicieron época. El profesor de literatura dijo un día que tu risa era música alada. Habló de los ruiseñores.

—¡Ah! Sí. Saldívar. Vestía como un "dandy". Se pulía las uñas. ¡Qué monigote!

—Pero era muy buen mozo...

—Eso sí. Yo he detestado siempre a los hombres bonitos. Fatalmente son estúpidos. Todo su talento se diluye en el moño de la corbata. Ahí naufraga el cerebro. El hombre que piensa, que siente, que no esconde su sinceridad; el hombre que tiene mente y corazón, o no concurre a nuestros salones o pasa desapercibido. Yo no lo he hallado jamás. ¡Todos, todos como Saldívar! El hombre social es un hombre gris, a veces incoloro. Siempre indeciso, fluctuante, temeroso de mal parecer; parco el gesto, estudiado el ademán. Cuando curva su talle en una reverencia mira las solapas de su frac, temeroso de que se plieguen. Los miro y les veo más femeninos que nosotras.

—Entonces tú amas la fuerza, el músculo. Tu ideal sería un boxeador.

—¡Ah!, no. No es la fuerza física la que me encanta. Es la fuerza moral. Es el espíritu del hombre, el alma varonil. Esa alma heroica que, cuando la oportunidad llega, marca etapas en la historia. Es el descollante en el campo de batalla, en el mundo de la ciencia, el que escribe filosofía con hechos. ¿No piensas así?

—Pienso que ahondas demasiado y que, por ello, te sentirás siempre mal en sociedad. El salón te rechazará. No eres elemento para el "shimmy", ni serás persona grata para la vida social. Todo lo que existe tiene razón de existir. Piensa en ello y no quieras reformar la vida de hoy, nuestra vida, que es consecuencia de la vida de ayer y que será la que prepare la vida de mañana. La ley de la evolución no se quebrará jamás. Acepta, como es, la vida actual. Vive en tu época, dentro de tu época, conforme a tu época. Entonces, seguramente, encontrarás en ella atractivos que hoy no adviertes.

Delia, con la mirada fija en los cristales de la ventana, contemplaba las gotas que caían sobre ellos y se escurrían, unas en trazos cortos y rápidos, otras con lentitud, marcando larga huella. Y creyó —extraña visión—que la lluvia escribía, sobre los vidrios empañados, un tratado de filosofía pesimista.

Nuestros escritores

En su modesta casita de [illegible] aislado del mundo de los [illegible] imperante, hemos visitado al viejo escritor don Leonardo A. Bazzano.

Rodeado de libros, diarios, revistas y papeles encontramos al autor de tanto cuento diseminado.

Bazzano, cuyo espíritu juvenil no muere en él, nos recibe con su amabilidad característica, y cuando le hablamos de sus obras, de su afán por el teatro, su rostro aún lozano a pesar de sus años, se ilumina con luces de esperanza.

Le preguntamos sobre sus obras y nos dice:

—Frases, ideas, imágenes mías, han pasado como una orientación para escritores jóvenes. Mis primeros folletos fueron breves, para amigos. Dos intelectuales sintieron la influencia de mis primeras descripciones sobre la época. Una descripción sobre mi obra "Los puñales" sirvió de argumento a otro que hizo una nota análoga, después.

Luego nos responde:

—Con mi libro "Sensualismo", novela publicada



Leonardo A. Bazzano.

hace un cuarto de siglo, exterioricé mi fuerza de escritor descriptivo. Ultimamente edité un libro de bellos cuentos, que la crítica consciente aplaudió.

Después de un paréntesis, nos dice Bazzano:

—Este invierno escribiré para el teatro. Depende de que encuentre director artístico con criterio de esteta.

Indudablemente, el viejo literato, a quien le premiaron en el Conservatorio Labardén, hace unos lustros, una pieza muy bella, que intituló "El drama moderno", obra de tesis, sabe bien que en el presente nuestro teatro ha decaído. El público no entiende de obras serias Quiere reír, reír, reír...

Bazzano tiene una comedia dramática en tres actos. Piensa hablar al respecto con el actor Gómez—que es todo un señor y actor—y tiene la firme convicción que la pondrá en escena.

Bazzano pasa sus horas de solaz hilvanando cuartillas y entregado a los libros, sus amigos. Empleado municipal, en un ambiente hostil, donde los hombres sólo hablan de trivialidades, él, con sus años, resulta un inactual, por eso en la soledad de su heredad sencilla, se reconcentra con sus obras compañeras.

Quedan pocos escritores como Bazzano, que esgriman una ironía tan sutil, dentro de un estilo armonioso y sencillo.

Atado a su orgullo, a su valor intrínseco, el viejo escritor no vive unificado a cenáculos ni reducciones; acaso en el silencio de su cima, sabe que descubre mejor su visión, y que la soledad purifica más el espíritu y lo eleva.

Dejamos al viejo autor de tantas obras y salimos con las primeras estrellas que nos acompañaron a internarnos en la vorágine de la ciudad, donde aun se continuaba discutiendo sobre el es-[illegible].

F. de MONTEMAR.

La ciencia y las maravillas de la naturaleza

El Niágara, como sabemos, es un río de la América del Norte que lleva las aguas del lago Erie al Ontario y pertenece por su orilla derecha a los Estados Unidos y por su izquierda al Canadá. La distancia del Erie al Ontario es de unos 54 kilómetros; se dirige primero hacia el N. O. y tiene una anchura de 1.100 metros, después se ensancha, y más abajo de *Grand Island* se unen los dos brazos y el río presenta un magnífico aspecto por su enorme anchura. Cerca de aquí el río adquiere velocidad enorme, en tanto que la anchura decrece; la pendiente, que no pasaba de 16 metros, aumenta considerablemente, y en el mismo punto se presenta el banco, desde el cual se precipita toda el agua del río, formando una catarata importantísima. Después, el río vuelve a correr con relativa calma, pero al llegar a un precipicio de unos 50 metros de altura, se divide en dos partes desiguales; la más estrecha, la de los Estados Unidos, tiene 343 metros, mientras la canadiense tiene unos 640 metros. A esta última se le da el nombre de herradura. El barranco en cuyo fondo cae el caudal del Niágara, no llega a 300 metros, y la única salida del agua es una profunda garganta, abierta entre paredes verticales en dirección Norte.

Las cataratas del Niágara son una de las maravillas más sublimes que el hombre puede contemplar, y desde que en 1678 las descubrió el Padre Henuepín, han sido visitadas por millares de turistas, y hoy existen magníficas avenidas con miradores para presenciar su grandeza. Los trenes se detienen al pasar por la orilla, y un transbordador, obra del ingeniero español Torres Quevedo, permite contemplar una de las vistas más espléndidas del mundo.

La fuerza del Niágara se ha aprovechado para fines industriales, y sus millones de caballos, utilizados eficazmente, hasta tal punto, que la provincia de Ontario debe su prosperidad principalmente al poder eléctrico obtenido del Niágara. La "Hydro-Electric Power Commision", de Ontario, ha completado recientemente una vasta instalación de este poder, junto al río, cinco millas bajo las cataratas, donde la nueva fábrica "Queenston-Unippawa" tiene las nueve turbinas mayores del mundo. Esta nueva instalación produce casi dos veces tanto flúido como el que se obtenía de las dos fábricas primitivas situadas en la Herradura. La comisión facilita flúido a 450 municipalidades, urbanas y rurales, algunas de ellas a 250 millas de distancia, y de él se sirve una población de unos 2.500.000 habitantes. Esta luz cuesta a los inquilinos alrededor de un dólar mensual. El agente general de la provincia, Mr. W. C. Noxon, decía recientemente en Londres: "El poder hidroeléctrico de Ontario es la verdadera sangre de la industria. Ontario no tiene minas de carbón, y es aún la principal provincia manufacturera del Canadá".

"En la iluminación por electricidad, escribe mister F. G. Baily, muchos e increíbles progresos se han verificado. Uno de los últimos es el éxito obtenido en la iluminación de las mayores cataratas del mundo, las del Niágara, por aparatos colocados en torres y erigidos en el arranque de la caída. Estos aparatos instalados son de corriente directa con arco tipo, y llevan unos espejos de dos tamaños. El espejo se forma por las superficies de las esferas excéntricas de diferente radio, tan proporcionadas que la reflexión y refracción del cristal proyectará los rayos de luz en rayos paralelos. Las iluminación de las cataratas del Niágara fué obra de la "International General Electric Company de Schenectady, N. S.", bajo la dirección de Mr. W. D'Arcy Ryam".

Un pianista a los cuatro años

MOZART, NIÑO PRODIGIO Y MÚSICO EMINENTE

Pocos son los niños prodigios que logran cuajarse y llegar a ser hombres de genio que respondan, con los destellos de su talento, a las esperanzas que en la niñez hicieran concebir.

Con Mozart no ocurrió así.

Un día entraba en su casa Leopoldo Mozart, acompañado de un amigo, cuando encontraron al hijo del primero, que después fué el gran músico Wolfgang Mozart, que estaba escribiendo sobre unas hojas de papel. Extrañado el padre, le preguntó:

—¿Qué haces, hijo mío?

—Un concierto para clavicordio. Pronto tendré terminada la primera parte.

El padre, teniendo en cuenta que el niño sólo contaba cuatro años de edad, tomó sonriendo aquellos papeles, pensando que el niño sólo habría garrapateado sobre ellos; pero pronto aquella risa se trocó en lágrimas de alegría al considerar las raras disposiciones de su hijo. Aquélla fué la primera obra musical de Wolfgang Mozart, el cual nació el 27 de enero de 1756, en la ciudad de Salrburgo, cuyos habitantes eran notables por su gusto musical.

A la edad de seis años, Mozart tocaba el clavicordio de un modo inimitable, y entonces su padre se dispuso a dar a conocer las extraordinarias condiciones musicales del niño, el cual apareció en los salones del emperador de Austria, en Shaenbum, en unión de su hermana Nannette, que cantaba deliciosamente. Al entrar en el salón encerado el pequeño músico resbaló, y entonces una gentil princesita de ocho años lo ayudó a levantarse. Mozart, asombrado, la besó en ambas mejillas y le dijo:

—Eres muy buena; yo te prometo que me casaré contigo.

Aquella archiduquesa llegó a ser la reina de Francia María Antonieta, que había de subir un día las gradas del cadalso, después de una tormentosa prisión, que dejó en la desgraciada reina, con la albura de su cabellera, las huellas de los dolores sufridos al verse ultrajada y privada de sus seres más queridos.

Al año siguiente, Mozart estuvo en París, y allí compuso sus dos primeras obras destinadas al público, una de las cuales dedicó a la princesa Victoria, hija de Luis XV. A los trece años de edad, Mozart fué nombrado maestro de capilla del arzobispo de Salrburgo, y el año de 1770 hizo su famoso viaje a Italia, estrenando en Milán su primera ópera, *Mitridates*. Erta ópera obtuvo un éxito clamoroso, y cuando se medita en la extensión, en lo complicada que es la música de ópera, en la cantidad de técnica y armonía que se necesita para alcanzar un lugar preeminente en ese género, es asombroso que Mozart, a esa edad, pudiese descollar de modo tan glorioso en ella.

Estando en Roma, Mozart fué invitado a oír, en la Capilla Sixtina, el *Miserere* de Allegri que se cantaba solamente el Miércoles y el Viernes Santo. El canto tenía lugar con la pompa más suntuosa que era dable en el magnífico marco de la corte pontificia. Los pontífices habían prohibido, bajo las más severas penas de excomunión, el comunicar el texto musical. Mozart, vuelto a su alojamiento, tomó una hoja de papel pautado y se puso a escribir el canto tan celosamente guardado, y que él llevaba en su memoria hasta en sus menores detalles.

Llegado el Viernes Santo, volvió a la Capilla Sixtina, con su papel oculto en el fondo de su sombrero; siguió el texto que él había escrito y por segunda vez escuchó el canto famoso, y cuando regresó a su casa corrigió los pequeños errores de la copia primera. No tardó en saberse en Roma que el músico poseía la melodía sagrada, y de todas partes querían oírle cantar, pues Mozart cantaba también admirablemente. La juventud de Mozart hizo que le fuese perdonada aquella copia, que a todo trance se quiso evitar que se conociese anteriormente.

La primera juventud de Mozart contiene lo más interesante de su breve existencia. Esta se desenvolvió con la alegría que da el genio al sentirse superior al ambiente y con la tristeza que produce la estrechez económica, que es como una mano que atarazase. El arzobispo de Salrburgo, que había tomado al joven músico a su servicio, no supo comprenderlo. De corazón duro, falto de comprensión e incapaz de una delicadeza para con su músico, hacía comer a éste en la cocina con los criados. Mozart escribió por aquella época: "A los dos señores ayudas de cámara se les coloca en el extremo superior de la mesa (en lugar de honor). Yo tengo menos honor, y se me coloca antes que a los cocineros. Se hacen groseros y estúpidos cumplimientos, pero nadie conversa conmigo, porque yo no digo una palabra, y cuando se me fuerza a decir algo, hablo siempre con gran gravedad". Mozart sufrió enormemente en esta época de su vida, y un día a la terminación de una disputa con el arzobispo aquél fué arrojado en forma violenta del palacio arzobispal.

Mozart era pequeño, delgado, muy pálido y excesivamente nervioso. Ni sus rasgos ni sus ojos indicaban el ser extraordinario que era el músico. Su cara estaba desprovista de expresión, a menos de que Mozart sintiese una alegría o una contrariedad muy viva. "Sus miembros, dice un contemporáneo, estaban en un movimiento perpetuo, como los de un idiota". Sólo poseía dos pasiones: una, la de la música, potente, dominadora, que le absorbía por completo, y otra, la del billar. Ganó mucho dinero, pero lo gastó desordenadamente, y ni las prescripciones de sus padres, ni las de su mujer después, pudieron evitar que Mozart dejase de ser y obrase durante toda su vida como un niño.

La obra de Mozart es extraordinaria, sobre todo, si se tiene en cuenta que murió a los treinta y seis años. Toda ella es graciosa, encantadora, alada, deliciosa... De una ciencia y una habilidad sorprendentes. La facilidad de Mozart era asombrosa, como lo prueba el que la obertura de *Don Juan* fué escrita en una sola noche, en la noche que precedió a la primera representación y cuando ya había tenido lugar la repetición general.

El fin de Mozart fué intensamente dramático. Un desconocido llegó un día a la casa del músico a encargarle una música de *Requiem* para un extraño que quería pasar inadvertido y quería conmemorar con ella un recuerdo idolatrado. El desconocido pagó su encargo, y por otras dos veces volvió a visitar al artista, y cada vez que le visitaba le dejaba una suma cuantiosa. La segunda vez que el desconocido le visitó, Mozart tuvo un presentimiento, y desde aquel día llamaba al *Requiem* su canto funeral. Su salud empezó a decaer, y el 5 de diciembre de 1791 moría. Caía la nieve abundantemente, y los pocos amigos que le acompañaron no pudieron dejar testimonio de la tierra que guarda los restos del músico portentoso.



La tempestad interior

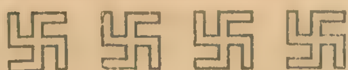
¿Por qué yo no he de fingir
con quien mi pena no siente?
Si bien yo miento al reír
el que por mi pena llora
ahora
también miente.

Llanto, ceniza, diamante
que cae del corazón,
gota salada y brillante
palpitante
de emoción.

Dejad que acate el destino,
dejad que brote mi lloro.
Cual Cleopatra bebo el vino
con mi llanto cristalino
en una copa de oro.

Y así la lágrima ansiosa
que cae sin que pueda verla,
se me antoja la famosa
perla
de la emperatriz gloriosa.

Angelita Cristina DELLAMUL.



Previsiones de la Naturaleza

La coloración de los animales.— Arma ofensiva y defensiva. — Misterioso cambio de plumaje. — El tinte negro, invisible durante la vida del molusco.

Uno de los temas de mayor interés en Historia Natural es sin duda el que se refiere a la coloración de los irracionales. El preguntarse a qué se deben las distintas coloraciones de aves y cuadrúpedos es tan legítimo como el deseo de investigar la causa del movimiento de los astros o el motivo de los cambios de tiempo.

Ya en algún número anterior de esta revista dijimos algo sobre los diferentes colores de la piel de los gatos, y, hablando ahora en términos generales, empezaremos por afirmar que la coloración, por sí sola, no constituye esencial elemento de vitalidad en ningún ser viviente, como lo demuestra la circunstancia de que existen coloraciones desprovistas de todo interés biológico, así como de práctica utilidad, como sucede con ciertas conchas cónicas que presentan alternadas franjas claras y obscuras y otras que tienen placas blancas sobre fondo negro, coloraciones que no son visibles en el animal vivo, cuya concha está envuelta entonces por una membrana bastante gruesa, denominada "periostracum".

Pero, en general, para formar juicio acerca de la coloración de bestias y pájaros se ha de tener presente el medio en que viven. No es por mera coincidencia por lo que el tigre tiene la piel listada y, en cambio, aparece moteada la del yaguar. Las alternadas listas rojizas y negras de aquél armonizan perfectamente con el follaje de la selva, y así resulta invisible el voluminoso cuerpo del tigre cuando, cauteloso, avanza en dirección a la confiada presa. De igual modo, el yaguar se confunde con el claroscuro de luz y sombra del ramaje de los gigantescos árboles en que esa fiera sorprende a las tribus de monos. Tampoco se debe a una mera casualidad el hecho de que los ciervos moradores de las selvas tropicales tengan la piel moteada durante todo el año y, en cambio, la misma especie en los climas templados sólo en el estío presentan motas en la piel.

Pero si al animal cazador le es indispensable esa especie de adecuado disfraz para atrapar a las víctimas que constituyen su alimento, también éstas necesitan de análogo recurso para evitar más fácilmente la persecución de su enemigo.

Se argüirá que, conforme a la teoría que precede, el carnívoro perecería, o por extinción de los animales con cuyos despojos se nutre, o por la imposibilidad de apresarlos; pero es muy de tener en cuenta que no siempre ni en todos los parajes resulta eficaz esa "simulación en la lucha por la vida", como la denominó el malogrado Ingenieros, con frase que sirvió de título a una de sus más interesantes obras.

Esa simulación no es de resultado verdaderamente positivo sino en tanto que el animal permanece inmóvil.

Si, por ejemplo, se refleja en la retina del ciervo el más leve movimiento del tigre, aquel animal se pone de un solo salto fuera del alcance de su enemigo, y éste ha de renunciar ha darle caza. También es muy fácil el caso de que el mismo tigre pierda una presa por no haberla visto.

Por otra parte, hay un factor común a perseguidores y víctimas, que es el olfato, muy desarrollado en unos y otros animales. El triunfo o el fracaso de unos y de otros, tanto puede deberse a la coloración como al olfato. Y aunque al fin, el ciervo llegue a ser víctima del tigre, llega a vivir lo suficiente para la reproducción, y así queda evitada la extinción de la especie.

Lo que Darwin llamó la "selección sexual" se asocia con frecuencia a los más vívidos y hermosos colores. Esto es cierto particularmente respecto de las aves, en lo concerniente a las cuales no es necesario el disfraz, ya que no necesitan librarse de ningún enemigo, lo que se advierte con más claridad si se atiende al caso del pavo real y al del faisán de China, que lucen los más vistosos equipos, crecido el plumaje hasta alcanzar una longitud extravagante, como en el primero, y con excesiva envergadura el segundo, cuando una y otra son aves que no pueden efectuar un sostenido vuelo. Si hubieran estado sometidas a la selección por parte de animales de presa, aquellas aves no habrían llegado a su actual esplendor.

Hay quien dice que las fieras y los pájaros del desierto deben su casi uniforme coloración obscura no a la "selección natural", sino al medio monocromo en que se desarrollan. Sin embargo, existe una mariposa africana la parte superior de cuyas alas ostenta los más brillantes colores, circunstancia que hace muy visible a ese insecto durante su vuelo, pero cuando lo abate y cierra las alas, parece que el lepidóptero se desvanece como por encanto. Y es porque la superficie inferior de las alas imita perfectamente el aspecto de una hoja seca, sin que falte ni aun la fibra central que atraviesa la hoja en toda su longitud. ¿Se podrá, pues, atribuir esa brillante coloración a la influencia del medio ambiente? Y el medio, ¿había de influir sólo en una de las caras de las alas de esa mariposa?

Dijérase inagotable el tema de la coloración en los animales y del significado de la misma. Una seria investigación sobre el asunto exigiría por lo menos un somero estudio acerca del origen de los pigmentos que producen esas coloraciones, y esto entra en los dominios de la fisiología, que en este punto ofrece otro aspecto interesantísimo, cual es el del rápido cambio de colores, particularidad que presentan no sólo el camaleón y algunos peces, sino una de las especies del halcón, cuyo primer plumaje es listado longitudinalmente en la parte inferior del cuerpo, y esto persiste en el curso de varias mudas, hasta que en una de ellas, y cuando ya el pájaro es adulto, las listas se tornan transversales como por arte de magia.

No menos inexplicable es el caso de la corneja, que, negra como el cuervo, si se baña, toma su plumaje un color crema que acaso sea como una reversión al tipo ancestral del ave.

Algo parecido le ocurre alguna vez al leopardo, en cuya piel se desarrolla ocasionalmente un intenso color negro. Pero si se observa la pieza al sol, se distinguen perfectamente sobre el fondo negro las manchas peculiares en los animales de su especie.

La voz del silencio[1]

Jardinero de su huerto te ha nombrado el Señor. Llénate de gozo, peregrino, y apenas Primavera arribe, llevada en andas de flores, deja caer, como una lluvia de oro, la simiente del Amor de los amores. La cosecha será abundante, labrador. El vientecillo de las mieses será tan suave como la blanda caricia de un niño; los pájaros, sacudiendo sus plumas, ensayarán sus trinos de alegría; la fuente dirá su canción en la florida breña; los cármenes se vestirán de hermosura florentísima; la fragancia y el vaho de los hortales bañados de rocío embriagarán al cansado viajero; y cuántas noche, a la luz de la luna, en la calma piadosa del huerto dormido, se sentirá el manso volar de unas alas de esperanza!...

Labriego: la madre tierra reclama tu labor; anda con un canto de dicha en los labios, y cuando, juntamente con cada flor, abra tu corazón su cáliz al cielo, semejante a un incensario, perfuma la senda con el sano aroma de libertad, de la misma manera que perfuman el jardín las rosas y los lirios...

II

El Señor, peregrino, ha dejado a tu merced las armas para la lucha: amor de caridad. Ya es llegado el momento del combate. Oye, como entre el estruendo y el tropel de la terrible batalla, suena el estampido de las bombas del egoísmo y el ronco retumbar de los cañones del odio. Oye el áspero rodar de los carros de guerra. Mira el espantoso choque de las carnes vencidas por la lujuria y el placer insano. Oye los retemblores que produce la pólvora de la maldad y el orgullo; y observa, peregrino, cómo tus hermanos lloran el trágico silencio de la derrota y de la muerte... Salta de tu lecho: ¡es hora! Enciende la lámpara que te ha dado tu Padre. Ilumina el camino con la lumbre que arde en tu corazón, y, en la aridez y desolación del desierto, haz que los labios abrasados de tus compañeros liben algunas gotas del rocío celestial. Sé en la noche de la Vida inundación lunar, claridad de plenilunio. Vuela con tus alas de amor sobre las asoladas tierras y canta un himno de bondad, de paz y de esperanza. Vencerás, peregrino, y entre el revuelto oleaje de la pasión, correrán tus palabras como el agua destilada y serenísima de los recónditos neveros...

Enrique S. MIGLIORELLI.

(1) Del "Valle místico", en preparación.

Veinte lenguas escritas en el Zodíaco

Mr. Eduardo C. Getsinger, astrónomo norteamericano e investigador de antigüedades, ha presentado no ha mucho al club de Argonautas un informe documentado, en el cual declaró que el origen de veinte lenguas escritas se encuentran en los signos del Zodíaco.

La nueva ciencia descubierta por dicho astrónomo se llama "zodialfabeto".

"Mis descubrimientos, declaró Mr. Getsinger, prueban que la astronomía fué una ciencia religiosa familiar con las clases más inteligentes del mundo antiguo, si es posible, en una época anterior a doce mil años; que a la Biblia, por medio del zodialfabeto, puede obligársele a revelar muchos secretos religiosos e históricos, que por mucho tiempo han permanecido encerrados en los libros: que Israel tiene una historia que data de una fecha muchísimo anterior a seis mil quinientos años, en la que los sumos sacerdotes, como reveladores de los misterios de los cielos, estaban más avanzados en varias ramas de la astronomía que los observadores de estrellas más ilustres de nuestros días, y que ha habido errores fundamentales en la traducción hecha por los egiptólogos de algunas de las primeras inscripciones encontradas en Egipto.

"Los signos zodiacales, declaró el orador, se convirtieron en símbolos de confraternidad, y de allí pasaron a usarse como caracteres escritos, cada uno representando una idea, y más tarde, aunque con una ligera alteración en su forma, se convirtieron en letras de los sistemas gráficos modernos."

Varios sabios alemanes se preocupan actualmente de estudiar las nuevas teorías del sabio profesor norteamericano, y en breve presentarán una moción a la Academia de Ciencias de Berlín con nuevos descubrimientos.

La diosa Hela

Hela, según la mitología escandinava, era hija de Loke (genio del mal) y de una giganta. Al verla Odín (el primero de los Ases y creador de todas las cosas), se precipitó en el Nifleim (el infierno), residencia por ella elegida en el seno de Elma (la miseria), inmenso palacio cuya puerta, Fallende Forad (el principio), tiene un vestíbulo Bliklande (la maldición); le sirven Ganglate (la tardanza) y Ganglen (la lentitud); duerme en el lecho Feur (la enfermedad); su mesa es Hongur (el hambre), y su cuchillo, Sultur (la escasez). Hela es la diosa de la Muerte y la soberana del infierno o Nifleim.

Debussy, el precursor de la música del porvenir

Por Julio Lottermoser

El nombre de este maestro está bien alto; pero que sea comprendido o gustado por los músicos es otra cuestión.

Vamos a recordarle en algunos aspectos quizá inadvertidos.

Fué un precursor de la música del porvenir, la música del colorido, y de atmósfera espiritual. Fué el músico de los diversos estados de la conciencia, más bien que un intérprete del pensamiento o de la acción dramática.

Fundó la escuela impresionista de música, a la par que Mustler y Manel fundaron la de la pintura.

Es indiscutible su enorme influencia sobre los compositores jóvenes, y la misma escuela italiana le debe gratitud.

Quizá alguno de sus discípulos avance más que él en la ruta que abrió; pero siempre será él, el indicador del sendero.

No es su música la de los pasajes líricos inspirados, y de los ratos de dolor, tales, como nos los expresan Brahms o Beethoven. Estas cosas acaso las ignoró, o por lo menos las despreció. En vez de ello, nos da los efectos sutiles y maravillosos de la luz y de la sombra, del ensueño, del sentir subconsciente que nos fascina mientras le oímos; pero que no dejan tras sí ningún pensamiento fijo.

La vida de Debussy se conoce poco, fuera de los rasgos más salientes y públicos. Era sumamente reservado para sus asuntos personales, se le consideraba inabordable para los extraños. Con sus íntimos era familiar por su carácter afable, buen humor y rica imaginación. Rara vez frecuentaba la sociedad; pero cuando lo hacía encantaba por su palabra fácil y conversación amena.

Tenía amigos y no camaradas, por eso es tan tardío el homenaje que le espera aún en la capital del mundo.

No escribió su música para el público, ni para determinado intérprete como tantos compositores que han adquirido celebridad a bien poca costa. Escribió para realizar un anhelo de la naturaleza, para obedecer, como diría Sócrates, a su demonio interior. Escribía lenta y finamente, con una especie de voluptuosidad dolorosa; nunca estaba impaciente porque se conocieran sus obras.

Se dedicó diez años a la composición *Pelléas.*

Debussy fué admirado, pero no amado. Muchos críticos, artistas y escritores no le perdonan la humillación de no haberle comprendido.

Conquistó muchos laureles académicos, el menor de los cuales no fué el "Premio de Roma", ganado a los 22 años de edad. Le mereció por la cantata *El hijo pródigo. Alanzor,* aun inédito, y una *suite* sinfónica con coros titulada *Printemps,* fueron las primeras revelaciones de su genio original.

La demoiselle elue, y, por último, la *suite Bergamesque,* el *Vals Romantique,* la *Marcha escocesa,* las *Ariettes oubliées,* el primer conjunto de las *Fêtes galantes,* la *Petit Suite,* las *Prose Lyrique* se cuentan entre otras muchas obras que compuso.

Un programa de Debussy

La preparación de un programa de música de Debussy es una tarea en extremo difícil, por cuanto todo depende del gusto individual del ejecutante y del auditorio. Debe recordarse que para muchos la música de Debussy es aún algo que no significa nada. Los auditorios comunes, acostumbrados a concordancias y armonías convencionales, podrán quizá satisfacer su curiosidad oyendo algunos números de Debussy; pero, por el contrario, otros se hallarán perdidos en un programa dedicado por entero a ese autor. Con esto no se quiere decir que no se aprecia la gran novedad y a menudo exquisita belleza de los métodos de Debussy, sino simplemente señalar el hecho de que la mayor parte de nuestro público, por lo menos, no ha llegado al punto en que algunas de las obras "extremas" de Debussy pueden ser saboreadas. Por consiguiente, lo que va en seguida está limitado a algunas de las más solicitadas composiciones de Debussy. Es muy difícil clasificar estas composiciones, pues su carácter, en la mayor parte de los casos, exige una técnica terminada.

Mucho se ha hablado de la conocida *suite Coin d'enfants,* que incluye los números: *Doctor Gradus ad Parnassum* (una sátira juvenil sobre Clementi), *Berceuse des elephants* (una especie de chiste musical que muy pocos pueden apreciar), *Serenade a una poupée, La neige qui danse, Le petit berger, Golliwog's Cakewalk.* Ninguna de estas piezas tiene parecido alguno con piezas como las *Escenas infantiles,* de Schumann y la mayor parte de los niños americanos que creerían hallar lo que se les ha enseñado como una concordancia, mirarían con recelo al maestro que les da piezas de ese tipo. Las piezas debieran variar desde el tercer o cuarto grado en diez grados. En marcado contraste con el *Coin d'enfants,* hallamos composiciones como el *valtz La plus que lente,* que es rica en encanto y apenas más "extrema" que muchas de las piezas de Godard. Fué publicada en 1910, ocho años después de la producción de *Pelléas y Mélisande,* y demuestra que Debussy puede, cuando lo desea, escribir sin exageraciones armónicas (grado 5).

Poissons d'or es una de las piezas de Debussy (grado 8) del tipo llamado "atmosférico" que más se ejecuta. En muchos libros de los doce *Preludios* hay muchas piezas interesantes; pero a menudo altamente excéntricas, como su *Homage* a Pickwick, que tiene un *God save the King* zumbador en el bajo. Estas piezas son para los grados cuarto a sexto. Probablemente la composición para piano más notable es la intensamente "atmosférica" *Jardins sous la pluie,* deliciosa composición impresionista que muestra el raro talento de Debussy con más ventaja (grados 7-8). El genio de Debussy se halla de nuevo demostrado en la transcripción para dos manos de La Fontaine, tomada de una de las piezas para cuatro manos de Schumann (grado 6). Una de las menos difíciles de las piezas de Debussy y que seguramente interesará al ejecutante mediano, es, *En bateau,* probablemente en el cuarto grado. Por fin llegamos a piezas como los dos *Arabesques,* los cuales han sido muy tocados y deberían quizás ser mejor conocidos aún. Podrían ser incluidos en el repertorio del quinto a sexto grado. *Reflets dans l'eau* (grado 8), tiene muchos admiradores, de los que se deleitan con efectos raros en la música futurista de hoy; también los tiene la interesante *suite* de piezas conocidas, como *Suite Bergamasque,* la cual incluye *Clair de Lune.* Las mejores romanzas de Debussy, son: *Le cloches, Harmonies du Soir, Récit et air d'Azael,* y el Aria de Lia en *L'enfant prodigue, Le Balcon, Mandoline* y *Romance.*

FUEGO

Encendí la montaña toda blanca de nieve
yo, tan breve...
Eternizo minutos y abrevio años enteros;
fecundo campos duros; doy a beber luceros
en la fuente del beso más extraño y más fuerte,
y seré tuya, Muerte...!

Toda florezco en llamas, en cariño, en anhelos,
(y es cada beso un paso que doy hacia tu encuentro...)
La obsesión de tu abrazo
— que inevitablemente sentiré — me tortura.
¡Yo helada...! ¡Quieta.. ! ¡Muda...!
Una inyección de frío te hará ganar mi cuerpo..

¡Oh, la frialdad suprema del supremo momento...!
¿Me quedará la carne como un campo desierto
a mí que encendí toda la montaña de nieve...
y di a beber luceros...
y tendí sabias redes
al alma más huraña que había sobre la tierra...?

¡Yo quieta...! ¡Muda...! ¡Helada...!
¡Juguete de tus dedos como espiga segada!
¡Toda tuya de carne!
Pero el alma, avarienta, no podrás apresarme:
te quemará las manos afiladas y negras...
y escapará a la tierra por colgar nuevos nidos
y rondar la morada de los que nunca sueñan...!

Alicia PORRO FREIRE.

Montevideo, 1926.

PAPEL Y TINTA

La tragedia de mi vida, por Oscar Wilde. — Editorial Tor. Buenos Aires.

Conocida de todos es la catástrofe en que acabó, si no la vida material, el resplandor de la vida de Oscar Wilde. Los escritos de éste, llevados por la fama a todos los países y acogidos con entusiasmo en estas tierras de América, han dado nacimiento a una abundantísima literatura crítica, pero también la vida del hombre ha sido estudiada con pasión por unos y por otros.

Todo documento que contribuya a esclarecer aquel drama, que no fué sólo el de Oscar Wilde, sino también el de la doblez inglesa de sus días, tiene seguro, por de pronto, un éxito de curiosidad. Y si el documento emana de Wilde mismo, el interés se duplica.

Pues bien: el libro cuyo título encabeza estas líneas es uno de esos documentos, del que el traductor dice: "Hasta ahora sólo teníamos para saciar nuestra curiosidad la obra llamada "De Profundis", fragmento de aquella famosa carta-testamento del escritor, cuya publicación íntegra no autorizan en Inglaterra hasta 1960; esa carta que tan celosamente guarda el Museo Británico es la que aquí damos íntegra."

Esta "Tragedia de mi vida" es, pues, una obra que interesa no sólo como documento humano, sino también crítica literaria repleta de pensamientos originales y de párrafos escandalosos cuya lectura nos convence del buen criterio que se ha tenido en Inglaterra al impedir su publicación, por lo menos mientras vivan todavía los protagonistas de aquel terrible drama.

Redactado en forma de acusación violenta contra su amigo íntimo lord Alfredo Douglas, nos convence también de lo que puede la degeneración humana al llegar a los extremos fatales de una pasión cuyos protagonistas no son precisamente estos dos solos escritores que en otro nivel hubieran podido llegar a conquistar fama y popularidad honrada.

Floración crepuscular, por Belisario Roldán.—Editorial Tor. Buenos Aires.

El silencio que se ha corrido sobre la tumba de este gran poeta argentino es una consagración de admiración y de respeto. Resuena todavía en los oídos propicios el grito unánime que exhaló el alma nacional tras la noticia luctuosa y vibran aún las palabras, articuladas entre sollozos, con que sus amigos lo despidieron para siempre.

De data reciente, su obra no necesita la tutelar exhumación de los biógrafos, ni el benevolente comentario de los críticos para que siga difundiéndose con la intensidad y el aplauso originarios.

Precisamente en "Floración crepuscular" se reúne en breve analogía su voz, que era un trino y un arrullo; su prosa, que era una cascada de perlas rodando sobre un lecho de cristal, que se volcaba en las sonoridades augustas de su garganta de privilegio, traduciendo su inspiración incomparable en frase ora rotunda y austera, como una diana, ora emotiva y tonante como un himno, ya acariciante y delicada como una palabra maternal.

En esta producción se entrevee la influencia de un espíritu soñador y romántico, en cuyos últimos tiempos, no sin mucho dolor, se advertía ya la presentida tragedia que terminó por costarnos tanto y tanto...

Contiene este volumen algunas partes completamente inéditas, labor de don Carlos Gómez Iparraguirre, que es quien prologa y ha reunido esta preciosa antología.

Parnaso Ecuatoriano.

La casa Editorial Maucci, de Barcelona, ha completado con la publicación de este nuevo Parnaso la colección que figura en su catálogo de los Parnasos de todas las repúblicas de América.

Esta antología de las mejores poesías del Ecuador, está esmeradamente seleccionada por el conocido literato José Brissa, autor de otros valiosos florilegios, quien ha sabido llevar a cabo su cometido con la mayor discreción y conocimiento de la poética ecuatoriana.

Lleva como Apéndice el Parnaso, unas páginas hasta ahora inéditas, del gran poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo.

Este libro, que será muy leído por los amantes de las inspiradas rimas, forma un tomo de 350 páginas, muy bien presentado, impreso en claros caracteres y ostenta una cubierta alegórica de Pujol Hermam.

Vida Indiana, por Martín Matos Arvelo.

Este curioso libro, que acaba de publicar la casa editorial Maucci, de Barcelona, constituye un acabado estudio referente a los usos, costumbres, religión, industria, gobiernos, ceremonias y supersticiones de los indios que pueblan el territorio Amazonas, de Venezuela.

Ha sido escrita esta obra, según atestigua el autor en medio de las selvas y en miserables aldehuelas, lejos de la civilización, y siempre entre las vicisitudes de una vida aventurera, en la que generalmente, no se anochece dos veces en el mismo sitio. Quince años de trato con los indígenas del territorio Amazonas y de viajes continuos a las distintas tribus pobladoras de esa inmensa región, capacitan al autor para hablar acerca del indio con entero conocimiento y con especialidad de las tribus barés, banibas, curripacos, o carúzanos, yabiteros, uarequenas, mapoyos, panares y yaruros.

Termina esta interesante exposición etnográfica, pulcramente escrita, con una característica leyenda indiana e ilustran la obra varias láminas perfectamente dibujadas que completan la concienzuda y amena labor literaria del eximio Matos Arvelo.

Emociones de inquietud, por Aisick Liubaro.—Editorial Tor. Buenos Aires.

En el título de este hermoso libro está íntegramente expresada su propia y característica esencia. La inquietud, el divino tesoro que ya enalteciera otro célebre poeta, palpita en las páginas de este volumen, cuyo autor se revela apasionado y en cierto modo desesperado espectador de la realidad siempre en contradicción con su delicadeza e inspiración. Es que en el libro de Aisick Liubaro se ha derramado sobrada emotividad como para que no se impresione el espíritu más ateo y no se transmita al lector la constante inquietud que en él predomina.

El autor de "Emociones de inquietud" transmite sus emociones fielmente, sin falsos aditamentos, tal cual él las sorprende, y de ellas se sorprende, y hasta—hay que decirlo en honor de esta sencillez y fidelidad—preocupándose antes del fondo que de la forma, desechando las vanas y falsas atracciones de la forma para dedicarse por entero a la idea generatriz.

El faro de la Isla de las Gaviotas, novela de aventuras por Luigi Motta. — Traducción de Gonzalo Calvo.

Si interesantes e instructivas son todas las novelas de aventuras del famoso autor italiano Luigi Motta, estas cualidades alcanzan muy alto nivel en la que con el título de *El faro de la Isla de las Gaviotas* acaba de editar, con el lujo y cuidado que tiene por costumbre, la casa Maucci, de Barcelona.

Una interesante fábula en la que son móviles principales el amor y la codicia, sirve al autor de urdimbre para tejer sobre ella brillantes descripciones y relatos, en las que presenta a la juventud, para la que especialmente está escrita esta clase de libros, cuadros de la Naturaleza y conocimientos históricos, relativos en esta ocasión a los misterios de las profundidades del mar y especialmente a la descripción física e histórica de una comarca tan interesante como lo es la península de la Florida, por españoles descubierta y por ellos puesta en manos de la civilización.

Los ingentes ríos, los peligrosos pantanos, exuberantes bosques del misterioso interior de la espléndida Península donde, si bien se encierran inmensas riquezas, el peligro y la muerte acechan constantemente el que en sus inexploradas selvas penetra sin la salvaguardia del saber y la prudencia, son descriptos con enérgica y emocionante frase por el fecundo escritor, y los salvajes, las fieras y otros enemigos del hombre, pertenecientes ora al reino animal, ora al vegetal, aparecen en las brillantes páginas del libro con tan vivos colores y veracidad tal, que la emoción del lector es constante desde que el volumen se abre hasta que se termina su última página, dejando en el ánimo una impresión profunda que contribuye a que se graben en la memoria los conocimientos que con su lectura se adquieren. Responde completamente al conocido lema: "Instruir deleitando."

Hemos recibido:

Revista Bimestre Cubana.—Volumen XX. Número 6. Habana (Cuba).

Hospital Rivadavia. Movimiento estadístico correspondiente al año 1925. Publicación de la Sociedad de Beneficencia de la Capital.

Transmisión del mando gubernativo de Corrientes. 25 de diciembre de 1925.

Policía de la capital. Boletín de estadística. Anuario de 1925.

Ciencias y Letras. Números 136 y 138. Guayaquil (Ecuador).

Revista del Ateneo. Año III. Número 19. Jerez de la Frontera, España.

Boletín de la Unión Panamericana. Marzo 1926, Wáshington.

Aprovechamiento del calor central de la tierra

Según anuncian de Reykjavik (Cristianía), se han verificado experimentos con los géiseres o manantiales de agua hirviendo que tanto abundan allí, con objeto de destinar el líquido a proveer a la ciudad de Reykjavik.

Ya se han trazado los planos para las construcciones de grandes tuberías, a fin de que pueda utilizarse en todas las casas, tanto para baños como para calefacción y demás menesteres domésticos, sin necesidad de combustible.

Desde hace tiempo ya se viene usando el agua caliente de los géiseres en los lavaderos de la localidad, y se han realizado pruebas para usarla como riego en los jardines y huertas, pues el agua helada de la región perjudica más que favorece los progresos de los vegetales.

Desde luego se ha observado que los riegos con agua caliente apresuran el crecimiento de las plantas. Las patatas regadas con esta agua se han desarrollado con más rapidez que con el agua fría de la temperatura ambiente.

También las frutas y las flores se han dado con gran profusión bajo el impulso de los nuevos riegos.

Por todas estas razones es posible que Islandia llegue con el tiempo a ser uno de los centros más importantes de producción de vegetales en el mundo, rivalizando con las Islas del Canal en el cultivo de las flores y las frutas.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico.	„ „	„ 6.—	1.50

EL AVE MAS INTELIGENTE

La devoción por las palomas en la antigüedad y en nuestros días

Ya en la prehistoria el hombre tuvo como recreo la cría de palomas, porque donde quiera que investiga el historiador o excava el arqueólogo, se descubren vestigios del interés que esa especie ornitológica inspirara a nuestros remotos antepasados. Y ese interés parece aumentar en esta adelantada época del vapor, la electricidad y la química.

Dijérase que tanto en la mujer como en el hombre, las palomas ejercen una constante fascinación, y hasta hay personas para quienes la cría de esas aves constituye la realización de un ideal de belleza en una de sus más atrayentes formas.

Efectivamente, no todos poseemos aptitudes para copiar en un trozo de lienzo y mediante la paleta y el pincel momentáneas impresiones de personalidad reflejadas ya en figuras ya en paisaje. Pero a cuantos sentimos afición por las palomas, no es dado crear algo esencialmente satisfactorio, porque en su plumaje se puede obtener una infinita variedad de mezclas de colores.

De 200 pasan las mezclas conocidas en la actualidad, y es de advertir que existen innumerables subdivisiones en muchos de estos tipos, sin que, desde luego, sea posible fijar, por lo elevada, la cifra de los que existieron en la antigüedad.

Las palomas que se dedican a fines de utilidad se crían en grandes bandadas, y en cuanto a las comunes, se encuentran en las casas de labor, en los campanarios de las iglesias y en muchos parques y plazas del mundo.

La gran plaza de Venecia, frontera a la catedral de San Marcos, dominada por el Campesnil y flanqueada por el palacio de los Dux, es quizá el lugar más famoso del mundo por la concurrencia de las palomas. En el álbum de apuntes de casi todos los turistas que han visitado la ciudad de los canales hay trazada la escena del viajero que da de comer a aquellas aves cerca del atrio de San Marcos.

Otros parajes que han adquirido celebridad por congregarse en ellos las palomas, son la plaza de Marlison, de Nueva York; los peldaños de la catedral de San Pablo, en Londres, y la plaza de Lafayette, en Wáshington. Es difícil para un aficionado a las palomas analizar y describir las razones de su extraordinaria inclinación hacia esas aves.

Cierto día, Wordsworth paseaba por el bosque, cuando oyó a un palomo arrullando a su hembra. El gran poeta de la Naturaleza se detuvo a escuchar y compuso una de sus más sentidas poesías. Pero no fué Wordsworth el primero en cantar a las palomas. Ya lo hicieron antes los psalmistas, y Anacreonte, Juvenal, Shakespeare, Moore y otros muchos.

La literatura, la leyenda y la historia abundan en pasajes dedicados a las palomas, y en los anales bélicos, pocos episodios hay más interesantes que los servicios prestados por las palomas mensajeras durante la guerra mundial.

En lo concerniente a la leyenda, nada hay que guste más a un buen aficionado a las palomas que el relato de que una de esas aves fué a llevar a Noé la noticia de que había cesado el diluvio universal. Según los árabes, aquella paloma, luego de haber llevado al Arca la rama de olivo para demostrar que empezaban a descender las aguas, emprendió el vuelo y retornó con las patas manchadas de rojizo barro para significar que ya había podido posarse en el suelo. Eso indujo a [illegible] a impetrar que las patas d[illegible] aves fueran siempre encarn[illegible] go que, indudablemente, [illegible] do, porque rojos son ho[illegible] de todas las palomas.

Por la "Anábasis" de Jenofonte sabemos que el amor a las palomas se extendió por todos l[illegible] que atravesó el ejército [illegible] [illegible] ralista romano Plinio, nos cuenta que la antigua Roma era tan amante de esas aves como la moderna Bélgica. Plinio cita a Lucius Acins, famoso por la calidad de sus palomas y por los elevados precios que alcanzaban, ya que no era raro que vendiese un ejemplar por una suma equivalente a 400 pesos.

Esta cantidad la estimaba Plinio muy crecida. Pues bien; no hace mucho que un aficionado norteamericano ofreció 1.300 dólares por una paloma en una subasta celebrada en Inglaterra.

Las palomas coronadas Victoria son las más vistosas de todas, entre las innúmeras variedades de esa especie ornitológica.

El aficionado de mayor categoría hoy es el rey de Inglaterra, quien tiene en sus palomares de Sandringham los más finos ejemplares de todas las especies. La abuela del soberano inglés, la Reina Victoria, fué también muy aficionada a las palomas.

Pero hace ya miles de años que otro mon[illegible], Ramsés III de Egipto, hizo donativos de palomas a los templos de Tebas, Heliópolis y Menfis. Y desde entonces en Oriente, sobre todo en los países mahometanos, se consideran sagradas las palomas. No hace mucho tiempo se registró en Bombay una colisión porque varios europeos mataron algunas de las reverenciadas palomas en una de las plazas de aquella po[illegible].

En [illegible] la cría de palomas constituye el deporte nacional que apasiona a tantos belgas, como norteamericanos hay cuya atención absorben el fútbol o las carreras de caballos.

Apenas existe un pueblo belga sin su club palomero, y en la época adecuada, los belgas envían a Francia y a otros países fronterizos millares de palomas por semana para recrearse en el instintivo vuelo de retorno de esos animalitos.

Hasta tal punto llega la afición, que hoy son transportadas en aeroplano muchas de esas palomas, para que el viaje resulte más corto, ya que la prolongada inmovilidad en el tren resta facultades a las palomas, que emplean así más tiempo en el regreso a sus palomares.

Los naturalistas no han podido aun establecer el origen de las palomas domésticas. De lo que no cabe duda es de que el amor a las palomas es universal y más antiguo todavía que el de las flores.

En todas partes se encuentran las palomas comunes, aunque sólo sean objeto de incidental atención por parte del hombre, y cuando habitan en ciudades pequeñas, no difiere su vida de la que hacen las aves silvestres. Pero tratemos de las palomas domesticadas.

Los palomares son de diversas formas y de diferentes tamaños. Muchos aficionados belgas establecen los palomares en bohardillas, y las condiciones esenciales en todo palomar son luz, aire, limpieza y espacio suficiente. Además han de estar bien protegidos contra las ratas y los reptiles.

En el palomar las aves que lo pueblan llevan una vida semejante a la del género humano. Se unen por parejas, y si no las separa la mano del hombre, macho y hembra se guardan fidelidad recíproca hasta la muerte. En oposición a lo que practican todas las demás aves, y contra una antigua superstición, según la cual las palomas no se aparean en el mes de febrero, hemos de registrar el hecho de que se aparean durante todo el año.

Por eso todo buen aficionado cuida de impedir el constante apareamiento, ya que, debilitados los padres, la progenie resulta defectuosa. Para evitar semejante daño, el aficionado suele dejar que las palomas se apareen desde febrero a marzo, y las separa en julio o agosto, época en que lleva los machos a un palomar y a otro las hembras, para que pasen desunidos el otoño y el invierno. Si le satisface el resultado obtenido anteriormente, el aficionado vuelve a aparear los mismos machos con las mismas hembras, y, de lo contrario, cambia las parejas; pero en este caso ha de mantener las separadas entre sí, porque si no toma esa precaución, vuelven a unirse los palomos que lo estuvieron con anterioridad.

Una vez formada la pareja, el macho elige el sitio en que han de anidar, al que inmediatamente conduce a la hembra, y ambos trabajan en la formación del nido. La hembra pone el primer huevo de ocho a doce días después del apareamiento. Hasta esa primera postura el macho prodiga constantes atenciones a su compañera y espanta a todo macho que se la aproxime. Las palomas ponen sólo dos huevos (a veces uno nada más), y el pollo o los pollos que nacen, a los diez y ocho días, llegan a su completo desarrollo en el espacio de cuatro semanas. Mientras tanto, la madre pone otro par de huevos y simultánea la cría de la nueva prole con la de la anterior. La hembra empolla los huevos desde el anochecer hasta mediada la mañana del día siguiente,

UN DUELO SINGULAR

Cayó como una bomba en el café del Comercio la noticia de que Anatolio Bezut iba a batirse con el capitán Riflegoule. Desde hacía cinco años que el capitán, pasado a la reserva, se había retirado a su ciudad natal; el relato de sus hazañas pasadas y futuras alimentaba todas las conversaciones. Durante la guerra, a pesar de su edad, se había conducido como un héroe, estando en vísperas de abandonar el servicio activo. Y ahora mismo, su bigote de conquistador hacía volver la cara a las modistillas cuando, a la caída de la tarde, iba al café a tomar su aperitivo.

Anatolio Bezut era dueño de una mercería. Desde hacía varios años, los Bezut, de padres a hijos, sostenían la tienda de la calle de Santa Genoveva, a dos pasos del mercado. Antigua casa, bien reputada y bien provista. Pero en cuestión de armas, Anatolio, quincuagenario, menudito y ventrudo, no hubiera sido capaz de esgrimir sino con el metro de su establecimiento.

Durante una partida de dominó había surgido la disputa entre los dos personajes. En el acaloramiento de una discusión política las manos se habían alzado en ademán de ir a caer airadamente. Los amigos habían intervenido; pero las bofetadas, aunque en el aire, habían existido en la intención, y era inevitable un desafío por honor del ejército y de la mercería.

Los padrinos discutieron minuciosamente la cuestión de armas, y, al fin, fué elegida la espada, porque en la ciudad hubiera sido muy difícil encontrar dos pistolas de combate. La elección de terreno fué más fácil. Un amigo de ambos adversarios, que declaró lealmente su propósito era permanecer neutral, poseía a media legua de la población un hotelito con un lindo paseo de árboles, muy a propósito para servir de escenario al majestuoso lance.

Y una hermosa mañana Anatolio Bezut y el capitán Riflegoule se encontraron en el referido paseo acompañados de sus padrinos respectivos y del doctor Monne, que iba cargado con un botiquín impresionante.

El capitán se atusaba febrilmente el bigote; Anatolio estaba pálido y digno. Uno de los padrinos llevaba las espadas envueltas en una bayeta verde. Realizadas las operaciones preliminares, el juez de campo dió la señal y empezó el duelo.

Todo el mundo temía por Bezut. Fatalmente debía sucumbir al brazo formidable del capitán. El mercero esgrimía la espada como un cirio. De pronto, como si fuese a apagarlo, lo descargó con violencia y dió un golpe en el brazo de su adversario. El capitán y los espectadores no pudieron disimular su extrañeza.

No era nada; un arañazo. Continuó el combate, y a poco el capitán fué alcanzado en el hombro de un modo más serio.

El capitán, furioso, se empeñó en que continuase el duelo. Y cada vez Anatolio Bezut, que ahora estaba erguido y arrogante y a quien el éxito envalentonaba, le tocaba en un sitio distinto. El capitán, que echaba espumarajos por la boca, no quería confesarse vencido. Y Bezut seguía pegando; hacía con su espada movimientos absolutamente inéditos, que ninguna relación tenían con el arte de la esgrima, y el adversario estaba cada vez más desconcertado. Al fin, el juez de campo, temiendo que el lance tuviese un desenlace fatal, dió la voz de "¡Alto!". Los dos adversarios se detuvieron.

—¡No se muevan!—ordenó el juez de campo.

Permanecieron inmóviles. El juez de campo midió con su bastón el espacio que mediaba entre Bezut y Riflegoule.

Terminada la operación exclamó:

—¡Ya lo sospechaba yo!

Todo se explicaba. Los dos adversarios no estaban a la misma distancia el uno del otro. Había setenta y cinco centímetros de diferncia a favor del mercero.

Gabriel de LAUTREC.

y las restantes horas la substituye el macho.

Los pichones son alimentados de una especial manera. Primero comen los padres, digieren el alimento, y después lo regurgitan para dárselo a los pequeños. Al principio ese pasto es de consistencia lechosa, pero, a medida que crecen los pichones, sus padres les van endureciendo ese alimento, y antes de que por primera vez abandonen aquéllos el nido, ya les han dado de comer grano sin ingerirlo previamente los palomos adultos.

Se han de alimentar a los palomos con grano seco y con salvado, y se les ha de proporcionar también agua fresca en abundancia.

En tiempo cálido han de bañarse necesariamente, y hasta en el rigor del invierno no dejan de bañarse los palomos, si para ello encuentran facilidad; pero en los días fríos se ha de regular el baño de esas aves, a las que perjudicaría una prolongada permanencia en el agua.

La vida de un palomo puede prolongarse hasta los diez y seis años.

En inteligencia no iguala a los palomos ninguna otra especie ornitológica. Entre ellos hay políticos como entre los hombres. A ratos, un palomar parece un Congreso. Una de esas aves ocupa el lugar de preferencia y observa con cierto desdén la ida y venida de sus congéneres, mientras otro macho pasea majestuoso, cual si cuidase de mantener el orden, y no falta otro palomo, atolondrado y camorrista, que trate de hacer perder su aire de dignidad al "presidente" y perturbar en sus funciones al "vigilante", mientras el "público" sigue con interés todas aquellas tentativas. Cada variedad tiene sus peculiares características, y cada palomo su personalidad.

En la guerra han sido utilizados los palomos desde el sitio de Troya; pero hasta la mundial no se prestó la atención merecida a esos plumíferos soldados aéreos. La especie moderna de palomas mensajeras se desarrolló en Bélgica, probablemente en Amberes, durante el pasado siglo, y es por completo distinta de la que se empleaba en la antigüedad con el mismo objeto. Esa moderna especie es el resultado de una prolongada y concienzuda selección, y los ejemplares pueden ser de plumaje azul, de mezcla, con predominio de ese color; negro o de mezcla con el negro predominante; negro y rojo; rojo con mezcla; aplomado, gris claro, gris obscuro, gris con motas obscuras o claras... El color es lo de menos, ya que lo importante son las aptitudes para la misión de que se trata.

Se puede emplear a las palomas mensajeras para efectuar recorridos de cinco a quinientos kilómetros; pero, así como en las carreras de caballos se utilizan distintos tipos para diferentes distancias algo análogo se practica con las palomas mensajeras. Su velocidad depende de la dirección del viento y de las condiciones atmosféricas; la duración del vuelo puede llegar a treinta horas, y generalmente aventajan en rapidez a un tren expreso.

Hasta hace poco más de veinte años se creía que la paloma mensajera sólo sabía dirigirse hacia un palomar fijo; pero durante la guerra ruso-japonesa el servicio de palomas mensajeras del ejército nipón utilizó palomares móviles, que también se emplearon con favorable resultado en la guerra europea. El descubrimiento de la eficacia de los palomares móviles se debe a un oficial japonés, quien hubo de observar que todas las unidades que desde Oriente marchaban a campaña poseían palomas mensajeras, y que si se las retenía en la costa y se las soltaba unas cuantas horas después de la partida del regimiento, volaban hasta posar en el barco a bordo del cual iba la unidad a que pertenecían aquellas aves.

Su primer servicio importante en la guerra europea lo prestaron en el curso de la ofensiva del Marne, donde ya se emplearon palomares móviles, a los que ni una sola de esas palomas dejó de retornar, cada cual de ellas con su mensaje relativo al desarrollo de las operaciones, mensajes cuyo número llegó a 78. Y si se tiene en cuenta que en las referidas circunstancias era aquél el único medio de comunicación, se comprenderá perfectamente la importancia de tal servicio. La velocidad media de esas palomas fué de un kilómetro por minuto, no obstante la niebla, la lluvia, las nubes de gases asfixiantes y los constantes estampidos de cañones y ametralladoras, que hacían vacilar constantemente en su vuelo a los animalitos, entre los cuales fueron las bajas de un 10 por 100. Entre las palomas que utilizaron entonces los norteamericanos, una llegó con un balín de ametralladora alojado en el pecho y destrozada una pata, de cuyos ligamentos pendía intacto el tubo que encerraba el mensaje. Otra prosiguió su vuelo, perdido un ojo a consecuencia de otro balazo, y gracias al mensaje de que era portadora pudo la artillería norteamericana reducir a silencio a unas piezas enemigas de grueso calibre que estaban causando enormes estragos en las avanzadas de aquellas tropas.

Durante la guerra, tanto en Francia como en Inglaterra, se otorgaron condecoraciones a algunas palomas mensajeras. No compartieron ese honor las de los Estados Unidos, porque el Congreso no había autorizado la concesión de recompensas más que al heroísmo humano.

Y si volando en tierra se comportaron admirablemente, no menos brillante fué la actuación de esas aves en su vuelo sobre el mar. Todo aviador las llevaba a bordo de la aeronave o del hidroplano para soltarlas en el momento oportuno. Y desde la escuadra británica, no pocas palomas llevaron importantes mensajes a Sandrigham.

Cada cual de estas palomas tiene su genealogía, como los caballos de carrera, y, al igual que éstos, son objeto de especial alimentación y del adiestramiento adecuado.

Una vez criadas las palomas, se alojan en un palomar separado, en el que pronto aprenden que la presencia de su dueño significa alimento, agua o alguna atención. El palomar tiene una compuerta con enrejado de alambre, y que se abre hacia adentro mediante una leve presión, y así las palomas pueden penetrar fácilmente, pero les es imposible la salida.

Cuando el propietario cree llegada la ocasión oportuna, saca del palomar al ave que ha de ser adiestrada y coloca la comida en el interior del palomar, con lo que obliga a la paloma a introducirse allí para alimentarse, y de ese modo, y con progresivo aumento de distancia y de dificultades, se hace adquirir paulatinamente al ave la costumbre de dirigirse siempre al palomar.

Registremos, en fin, el curioso hecho de que los aviadores han aprendido de las palomas sus brincos en el espacio y el vistoso ejercicio denominado con la frase inglesa "looping the loop".

LA VIDA AL REVES

Por Juan Martínez Villergas

PRÓLOGO

Yo creo que ahora se vive mal, puesto que todos trabajamos para llegar a tener una posición brillante, y nos morimos cuando llegamos a la realización de nuestras ilusiones. He aquí las pruebas con que puedo apoyar este pensamiento: Un hombre cualquiera se afana extraordinariamente para llegar a ser propietario y logra su objeto; ya tiene, no sólo casa para vivir, sin el temor de que otros le pongan de patitas en la calle, sino varias casas, con cuyos alquileres puede satisfacer algunos caprichos; y cuando ha conseguido todo esto es cuando no puede disfrutarlo, porque, o se hace viejo y no le gusta nada, o se muere de un simple resfriado. Un comerciante se levanta a las tres de la mañana para ocuparse de sus negocios, y se rompe la cabeza haciendo cálculos para hacerse millonario, y al llegar al logro de sus deseos se halla también en la senectud, o desaparece, dejando a otros, para que se diviertan, lo que ha ganado él con tantas dificultades. Pues ¿y en la carrera administrativa? Cabalmente se alcanzan los más ambicionados destinos cuando no queda tiempo para disfrutarlos. ¿Cómo se remediaría esto? Ya lo he dicho: con el viceversa de lo que ahora sucede; y voy a explicarlo, suponiendo que pudiéramos nacer viejos y morirnos al venir a ser unos parvulitos. Vea usted lo que seríamos trocando las cosas.

A LOS SETENTA AÑOS

A esta edad debíamos entrar en el mundo, y digo a esta edad, porque es la que, por regla general, marca hoy el término de la existencia humana; pero no por eso quiero decir que habíamos todos de llegar a niños, pues podríamos, como ahora, morirnos a los treinta, a los cincuenta o a los veinticinco años. De esta manera sería uno, al entrar en la senda de la vida, diputado, alto funcionario, capitalista, etc., gozando las ventajas de su posición sin haberse tomado la pena de trabajar para merecerlas, aunque ya procuraría hacer algo para conservar la fortuna o el puesto. Entonces ocurrirían casos muy singulares, como, verbigracia, veríamos una pobre anciana viviendo de la caridad pública, que diría:

—Socorredme, buenas almas, que esto no ha de durar siempre. Yo soy vieja; pero ya llegaré a la juventud, y cuando hayan desaparecido las arrugas de mi rostro, me verán ustedes hacer piruetas, ganando tal vez mucho dinero como primera bailarina. Otras han hecho lo mismo, y algunas se ven hoy muy aplaudidas, que han estado en la situación en que yo me encuentro.

Ya ve usted qué halagüeñas esperanzas no habría para muchas personas, suponiendo el plan de vida que yo propongo. Pero adelante.

A LOS CINCUENTA AÑOS

En esta edad se trabajaría con ahinco, y la razón es obvia. El propietario trabajaría porque estaría ya fastidiado de óperas y saraos, cuando no de la monotonía de la existencia pasada en sus preciosas casas de campo. El alto funcionario habría tenido ya dos o tres descensos, lo que no le impediría trabajar con el concierto que le daría su experiencia en el ramo en que sirviese. El bolsista no sentiría experimentar las violentas emociones de la alza o baja de los fondos, o quizá no conocería esas emociones, puesto que había venido al mundo rico para divertirse, y no para jugar su fortuna, en fin, muchos de los que tenían coche, empezarían a no poder sostenerlo, y andarían a pie, lo que basta para hacer algún ejercicio.

A LOS TREINTA AÑOS

Continuación de la decadencia. Los que estuvieron muy arriba, estarían muy abajo. El que fué propietario, empezaría a buscar casa ajena y chica para tener dónde refugiarse; el amigo capitalista tendría que madrugar para cumplir con sus deberes, etc.; pero el descenso sería un ascenso para personas como la vieja que antes imploraba la caridad, y que ahora estaría entusiasmando con sus piruetas a los espectadores de los primeros teatros, contando, además, con no pocos adoradores.

EN LA JUVENTUD

¡Qué felicidad la de irse acercando al término de la vida! ¡Qué poco temor inspiraría la muerte, a medida que el hombre fuese haciéndose niño! En efecto: el que se vió en altas posiciones, sería meritorio; el que tuvo una inmensa fortuna, ganaría veinte pesos al mes, etc.; pero ¿quién piensa en eso cuando está en los floridos abriles de la vida? En cuanto a la vieja, que llegó a ser primera bailarina, ya la veríamos figurar sólo en la comparsa; de modo que los adoradores que antes la regalaban coronas de oro, empezarían a no darle más que yemas o caramelos; pero ella encontraría los dulces más *sabrosos* que las joyas y estaría contenta.

A LOS TRES AÑOS

Entonces sería cuando los viejos empezarían, en realidad, a volverse niños, y no acordándose de lo pasado, porque a la edad de tres años no hay recuerdos, ni ambiciones, ni verdaderas pesadumbres, nadie estaría descontento. Podría suceder que uno se muriese de viruelas o de garrotillo; pero de algo había de morir, y poco debía importarle que fuera de una enfermedad o de otra, estando ya tan cercano a la tumba.

AL AÑO O AÑO Y MEDIO

A esta edad estaríamos en poder de la nodriza; lloraríamos mucho sin que otros supieran por qué, y no necesitaríamos hablar para embelesar a la gente con nuestras gracias.

He aquí, lector, el plan de vida que propongo; pero debo advertirle a usted que, aunque me parece magnífico, no por eso respondo de que sea practicable.










CONOCIMIENTOS UTILES

PARA LOS FORÚNCULOS

Se ha empleado y se emplea con mucha frecuencia la levadura fresca de cerveza, adquirida directamente de las cervecerías.

El inconveniente que ofrece este preparado es su difícil conservación, pues hay que tenerlo en un sitio fresco, heladera, etc.

Fué empleada por el médico inglés Mine (1852), y en nuestros días fué puesta de moda por el doctor Delouzy para el tratamiento del ántrax, de la forunculosis, del acné, eczemas, ec.

Se toman una o dos cucharaditas de café antes de cada comida, desleída en un poco de agua o de cerveza.

PROCURAD NO QUEMAROS. Y SI OS QUEMAIS...

Emplead compresas empapadas en una solución de ácido pícrico al uno por mil, o el conocido linimento óleo calcáreo, que es una parte de aceite de oliva, lino, etc., y otra de agua de cal; se agita bien esta emulsión.

Hoy se tratan las quemaduras graves como si fueran heridas infectadas. Para practicar una desinfección cuidadosa, es necesario cloroformizar al paciente.

Practicar un lavado, cepillado y jabonar cuidadosamente la región.

Emplear los preparados a base de parafinas sólidas, ambrinas, metilambrinas, etc., que dan un gran resultado en las quemaduras de primer grado.

Se usa también con gran resultado un preparado compuesto de aceite de adormideras y que se llama Piroleol, reputado como el mejor preparado de este género.

EL AZÚCAR

Este se encuentra principalmente en las frutas, en algunas legumbres tiernas y en el pan; pero nosotros consumimos además el azúcar cristalizado, que se extrae de la caña de azúcar o de la remolacha.

El azúcar es un condimento; pero también puede considerarse como un alimento muy rico en carbono, y por lo tanto, contribuye a la producción de calor en nuestro cuerpo. Debido a su propiedad de ser tan fácilmente asimilado, es muy indicado para reparar las fuerzas perdidas por un trabajo muscular fatigoso. Cuando se consume en exceso, produce ácidos que dificultan la digestión y perjudican la dentadura.

La principal falsificación del azúcar consiste en substituirlo por la sacarina, substancia que endulza de 250 a 300 veces más. La sacarina se extrae de la hulla, y aunque no perjudica consumida en pequeña cantidad, no tiene ningún valor nutritivo.

EL BUEN USO DEL CACODILATO

El cacodilato de sosa, tan de moda, es una sal arsenical preconizada por Gautier, Renault, Danlos y Roustan para el tratamiento de varias enfermedades.

Puede señalársele un gran lugar en la serie de los medicamentos tróficos o reconstituyentes. Debe su aceptación por el cuerpo médico a causa de su no toxicidad, lo que le da una superioridad sobre las otras sales arsenicales.

El cacodilato de sosa, o mejor dicho, el arsénico, administrado por vía hipodérmica, es superior al clásico licor de Fouler, licor de Pearson, porque no fatiga el estómago y su acción terapéutica es más constante.

Lo mismo puede decirse del arrhenal, que es un metaarseniato de sosa, casi con los mismos usos que el cacodilato.

El cacodilato de sosa regulariza las perturbaciones orgánicas, aumenta la riqueza de la sangre en glóbulos rojos y mejora la nutrición en general. En los bacilosos o tuberculosos, sobre todo al principio, el cacodilato de sosa aumenta el apetito y hace engordar. Puede, pues, considerarse como una de los mejores adyuvantes al tratamiento higiénico por la cura del aire y por la superalimentación.

En la diabetes, el cacodilato de sosa hace disminuir el azúcar segregada y detiene el movimiento de desasimilación. Antes se usaba a dosis pequeñas de cinco centigrados, pero ahora se administra en dosis muy altas: tres gramos

Administrado por la vía estomacal, los cacodilatos tienen el inconveniente de comunicar al alimento del enfermo un olor a ajo, debido a la presencia de los compuestos de reducción, que nacen, verosímilmente, en medio estomacal.

TINTA NEGRA PARA ESCRIBIR SOBRE EL CINC

Cardenillo	1	parte
Sal amoníaco	2	„
Negro de humo	½	„
Agua	10	„

Se mezclan estas substancias pulverizadas en una cápsula, se añade el agua necesaria para hacer una pasta homogénea, y después se agrega el resto del agua, agitándolo todo. Al usar la tinta se agita previamente.

Esta tinta puede emplearse, no solamente en los jardines botánicos, sino también para los rótulos de las cuevas y lugares húmedos.

MODO DE QUITARLE EL SABOR RANCIO A LA MANTECA

Echese en cantidad suficiente de agua, de 20 a 30 gotas de cloruro de cal por cada dos libras de agua, dos onzas de manteca; agítese; déjese en reposo una o dos horas, y bátase de nuevo con agua fresca.

No teniendo el cloruro de cal nada que pueda ser nocivo a la salud, podrá aumentarse, sin peligro alguno, la dosis; pero la experiencia ha enseñado que basta la preparación dicha.

La manteca, por rancia que sea, recobrará por este medio la dulzura que podía tener cuando fresca.

Este medio también es eficaz para quitar el gusto u olor desagradable que se percibe en ella aun cuando sea reciente.

EL KUMIS

El kumis, bebida tan popular en las estepas del Cáucaso y en varias regiones de Africa, a la cual se atribuyen virtudes terapéuticas contra varias enfermedades del hígado, estómago, etc., se prepara mezclando: azúcar de leche, 90 gramos; azúcar de uvas, 90; azúcar de caña, 300; bicarbonato de sosa, 30; suero hirviente de leche, un litro. Después se añade: alcohol, 10 gramos; levadura de cerveza, 100. Se embotella en frascos no muy grandes, tapados herméticamente y se guardan en lugar fresco.

CUIDAD DE LAS ESCORIACIONES DE LOS NIÑOS

Las frecuentes escoriaciones, características del cutis de los niños, se curan espolvoreándolas con el polvo siguiente, que se hace antes muy homogéneo pasándolo varias veces por un tamiz:

Acido salicílico	2	gramos
Talco	100	„
Licopodio	100	„
Almidón	50	„
Oxido de cinc	20	„

ACLARACIÓN DE MANUSCRITOS

Las escrituras, con el tiempo, pierden su entonación y se hacen a veces borrosas e ininteligibles por las malas condiciones de la tinta con que fueron estampadas. Para restituirles su color se expone el papel a la acción del vapor de agua, y luego se humedece con un pincel mojado en tintura de nuez de agallas; también puede usarse con el propio fin una disolución de caparrosa verde, o sea sulfato de hierro.

CÓMO SE DEBEN LIMPIAR LOS OBJETOS DE BRONCE DORADO

Para limpiar los objetos de bronce dorado es preciso, primeramente, quitar las manchas que se encuentren de cera o de grasa, lo que se consigue empleando una pequeña cantidad de sosa o de potasa cáustica disuelta en el agua, con la que se lavan las manchas. Se dejan secar las partes limpiadas así, después se pasa sobre el dorado un pincel mojado en un líquido compuesto de 32 gramos de ácido azoico y 4 gramos de sulfato de aluminio, mezclados con 125 gramos de agua.

En cuanto el dorado ha recobrado su brillantez se ponen los objetos a secar al sol o delante de un fuego de calor moderado.

S I N P O S T R E

Durante el verano, los esposos Leroy vivían en los alrededores de París, en Mairons-Laffitte, donde tenían una "villa" encantadora.

Leroy adoraba el campo. Por la mañana temprano salía de su casa, pasaba el día en París, y por la noche volvía cansado. Se acostaba, y al día siguiente se levantaba muy temprano para correr al tren.

No veía los árboles y la hierba sino el domingo.

La señora de Leroy, que no amaba el campo, donde pasaba su vida veraniega, se lamentaba constantemente de vivir en un sitio donde no había grandes almacenes, ni cafés lujosos ni teatros.

Otro miembro de la familia Leroy estaba encantado por vivir en el campo: el joven Marcos Leroy.

Como sólo tenía nueve años, sus deseos eran platónicos. Se aprovechaba de la situación y podía jugar todo el día en el parque.

Aquella mañana la señora de Leroy iba a llamar a su hijo para almorzar, cuando se detuvo sorprendida. Su marido llegaba con un paquetito en la mano.

—¿Qué ocurre?

—Que se ha casado el hijo del amo, y nos han dado permiso y una pequeña gratificación.

—¡Ah!

—Y en vista de eso vengo a pasar el día contigo.

—¡Qué alegría! Puesto que has venido podíamos ir esta tarde a París.

—Pero...

—¿Y qué traes en ese paquete?

El señor Leroy lo abrió y sacó dos soberbios melocotones.

—Son magníficos. Nos los comeremos de postre.

—¿Y Marcos?

—¿Qué?

—Marcos. Nuestro hijo. ¿Y su melocotón?

—Pues es verdad. Como estaban tan caros, no he comprado más que dos. No me he acordado de traer otro para él.

—¿Cómo nos vamos a arreglar? Con lo que le gustan los melocotones, cualquiera le deja sin ellos.

—Pues es muy sencillo —dijo el señor Leroy.— Le dejamos hoy sin postre.

—Es verdad.

—Mientras almorzamos nos dará mil motivos para castigarlo, y nos comemos nuestros melocotones tranquilamente.

—Tienes razón. Dámelos para ponerlos en el aparador.

Empezó el almuerzo de los esposos Leroy. Nunca el joven Marcos fué tan bueno. Se puso la servilleta como un ángel, comió sin echarse ni una mancha y no dejó nada en el plato.

Los padres se miraban consternados.

Leroy trató de hacer rabiar al pequeño; pero Marquitos no creyó prudente molestarse.

—¿Has trabajado bien? —dijo el padre, asiéndose a aquel último recurso.

Marcos tenía excelentes notas.

Terminaba el almuerzo. Ni el padre ni la madre habían podido hacer la menor observación a la criatura. Aquello era indecente.

—Imposible —dijo el padre.— No hay medio de castigarlo.

—Claro que no —respondió la madre.

—Hay que darle postre.

—Le daré el mío—dijo la madre.

—No, el mío—dijo el padre.

—¡Si hubieras traído tres melocotones!

—No se me ha ocurrido.

—¡Imbécil!

—¡Derrochona!

Y delante del niño, a quien aquello divertía mucho, empezaron a reñir.

—Es muy sencillo—dijo al fin el padre.—Le daremos cada uno la mitad de nuestro melocotón.

—Me parece muy bien.

Llamaron a la criada.

—Traiga los melocotones.

—¿Qué melocotones?

—Los que he puesto yo misma en el aparador.

—Yo no he visto nada.

—Pues yo le digo...

—¡Ah! Al señorito Marcos le he visto comiendo antes de sentarse a la mesa.

Y los padres vieron al niño bueno que, terminado su almuerzo, se ponía a jugar con dos huesos de melocotón.

Georges DOLLEY.

GUSTÓ EN EL SARMIENTO "FLORERÍA LAS CAMELIAS"

El teatro amable, las comedias sin trascendencia tienen también su encanto. Esto ha pensado tal vez el señor Oscar R. Beltrán, al concebir y dar forma a su pieza en dos actos titulada "Florería Las Camelias", en la que, con un asunto parecido al de muchas otras obras, se deslizan escenas cómicas unas y sentimentales otras, con evidente destreza técnica.

La fábula puede compendiarse en pocas palabras. Un galán sin escrúpulos seduce a una hermana de su propia prometida, haciéndola madre de un nino. Este episodio ha roto la paz y la alegría de toda la familia, que maldice a los amantes fugados, no obstante lo cual algunos de sus miembros tientan y logran el rescate de la oveja descarriada, cuyo vástago hace olvidar a la abuela el pecado de la chica. Esta, al final, unirá su destino al de un muchacho de la florería, que la amaba en secreto.

El optimismo resurge con la felicidad que retorna al hogar y, todos contentos, termina la comedia. Nadie que vea la nueva producción de Beltrán, dejará de sentir el halago de los hechos que se solucionan agradablemente y, entonces, queda conforme.

La señorita Agueda fué la mejor intérprete, secundada con eficacia por las señoras Brena y Caus. Entre ellos, hay que citar a los actores Camiña y Barrios.

SE ESTRENÓ "LOS DISTINGUIDOS REOS"

El público que llenaba la sala del Apolo aplaudió, desde las primeras escenas, el sainete de Pascual Contursi que lleva el título del epígrafe. Pieza de ambiente porteño, se reeditan en ambiente y tipos vistos en muchas otras, no obstante lo cual debe reconocerse la habilidad con que ha sido construído y la eficacia cómica de muchas escenas, chispeantes y a veces ingeniosas. Claro está que mucha parte del éxito de esta obrita debe atribuirse a la eficacia de la interpretación, sobre todo en los tipos que encarnan Luis Arata y Carlos Morganti, actores que demostraron, una vez más, su fácil juego escénico y su abundante vis cómica. Ambos estuvieron muy bien.

Las actrices Emma Bernal y Rinaldi se desempeñaron también con mucha discreción, siendo justo citar igualmente a los actores García Carabá y Corsini, quien cantó un tango llamado a vulgarizarse.

"COMPOSTELA VIEJA", DE DOMINGO PARRA Y TORCUATO INSAUSTI, EN EL BUENOS AIRES

La última producción estrenada en el Buenos Aires por la compañía que encabeza el popular actor Enrique Muiño, es un sainete grotesco que si bien a ratos no carece de esa gracia fácil que hace reír al público ingenuo, no revela en su conjunto ningún mérito que la haga acreedora al elogio de la crítica. Es una pieza en la que se explotan situaciones ya conocidas, pero que no pierden nunca el favor del público porque se relacionan con asuntos que están infiltrados en el ambiente y siempre interesan a la masa popular.

En la obra, como en casi todas las de su género, casi lo más importante, desde el punto de vista del éxito, es la interpretación. Una buena compañía puede arrancar numerosos aplausos con las mismas escenas y chistes con que otra mediocre podría originar una seria alteración del orden público. Cuestión de gracia y de simpatía, nada más.

Va sin decir que la compañía de Muiño jugó la pieza con habilidad y sacó de ella todo el partido posible, hasta el punto de hacerla pasar como un éxito lisonjero, que exigió la presencia de los autores en el proscenio ante las aclamaciones del público.

Destacáronse en su labor las actrices G. Faluggi, muy ocurrente y feliz en su rol, C. Valdez, muy exagerada en ciertos momentos, y los actores Muiño, Podestá, Bono y Blanco.

"EL SONAMBULO", DE PEDRO MUÑOZ SECA Y PÉREZ FERNANDEZ, EN EL MAYO.

Contra la opinión de los que creen que no es posible conservar el ingenio sino en un limitado número de producciones, la realidad demuestra que a veces la gracia parece inagotable. Tal, el caso de los autores españoles Muñoz Seca y Pérez Fernández, que mantienen en cada nueva producción la hilaridad del público con chistes casi siempre de buena ley. Con un argumento tan sencillo que casi podríamos denominar ingenuo y nada nuevo en la escena, han logrado presentar tres actos de continua risa, tanto por las situaciones originales en que se mueven los personajes como por las características de éstos y, sobre todo, por las felicísimas ocurrencias del diálogo. Imposible e innecesario sería narrar el asunto de esta producción. Por lo demás, es lo de menos. Todo el éxito estriba en la acción y no es fácil describirla. Baste decir que hace reír y que llena cumplidamente su misión.

Juárez y Sanjuán, héroes de la pieza, están en ella a la altura de sus antecedentes, bien secundados por las actrices Costa, Abaros y Mata y los señores Segarra, Rivas y Mondragón, etc.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"DEL TANGO AL CHARLESTON", DE ELIAS ALIPPI Y PASCUAL CONTURSI, EN EL SAN MARTIN

La nueva revista estrenada en el teatro San Martín, resultó muy del agrado del público porque a pesar de no ofrecer ninguna novedad extraordinaria ni pretender deslumbrar con una escenografía y vestuario de exorbitante lujo, entretiene con cuadros vistosos y agradables y con la actuación de su bien nutrido conjunto. Los cuadros de que consta la revista son los siguientes:

"Así empezaron las revistas", "Los modernos bandoleros", "Vidriera sentimental", "Restaurante de lujo", "Fantasía cubana", "El brevet del chauffeur", "Venecia en el siglo pasado", "¡Esas telefonistas!...", "El regalo de la chinita", "Payasada política", "Y aquí tenemos al charleston", "Allá por Nueva Pompeya" y "En los tiempos del zar".

UNA REVISTA QUE LO ES DOBLEMENTE

Los del Porteño tienen en preparación una nueva revista que lo será doblemente, ya que una vez estrenada será revista teatral en la escena y revista periodística en la calle, puesto que "Caras y Caretas" será el título de la que origina este comentario.

En la oportunidad de su estreno, se presentará al público de este teatro la simpática bailarina Hortensia Arnaud, separada del elenco de la Ópera por razones que ella podrá explicar, si gusta, al que tenga curiosidad por saberlo. Nosotros, discretamente, nos aseamos las manos, para aplaudirla como merece la notable artista.

"CATALUÑA", EN LA COMEDIA

En el curso de la presente semana, se inscribirá en el cartel del teatro de la Comedia el estreno de una nueva revista titulada "The Cataluña's Girls". La presentación de este género catalán en plaza, ha de despertar gran curiosidad entre el gremio de interesados por las novedades del ramo. Oportunamente le dedicaremos amplio comentario.

ARTISTAS NACIONALES



Florencio Parravicini, por Lili Bortini.

SIGUE LA NOCHE EN EL ATENEO

"Noche de Alma" amaneció con fortuna en el Ateneo y ya es suerte eso de que una noche amanezca, siquiera sea como temporada teatral. Ello es que la pieza de Martínez Cuitiño atrae siempre público, gusta y emociona, imponiéndose el buen estilo en que está escrita, no obstante los defectos que señalamos en su oportunidad. La labor de Camila Quiroga cada noche es más ajustada y eficaz, contribuyendo poderosamente al éxito de la obra.

SIGUEN GUSTANDO LAS MUJERES EN EL MAIPO

Con "Labios pintados" y "Lo que gusta a las mujeres", que viene ser lo mismo, porque rara es a la que no le gusta, mantiene su cartel el Maipo y ve llena de público su sala, en la que los repetidos aplausos demuestran el agrado con que ambas piezas son recibidas. A la construcción de una nueva pasarela para mejor lucimiento de las Venus coreográficas, muchas y lindas, que forman el cuerpo de baile del Maipo, se ha agregado un nuevo atractivo a los espectáculos, especialmente desde el punto de visto óptico, que es sin duda el más punto de vista de todos los que pueden concebirse.

TURCOS E ITALIANOS

Prosigue la rivalidad en el Nuevo entre itálicos y otomanos mercachifles. No se sabe si el conflicto escénico llegará a provocar una contienda entre ambos países, en mérito a los intereses que están en juego... Pero lo que se sabe positivamente es que gracias a la labor personal de dos notables artistas como la Dealessi y Casaux, se mantiene en cartel la floja pieza de los señores Mertens y Malfatti. Como en el teatro todo es posible, a lo mejor perdura mucho tiempo en los programas "Trípoli nostra".

Se ensaya "Judíos". de Ivo Pelay.

PLUS ULTRA

No vamos a aludir al famoso hidroavión que obsequió España a nuestro país después de la gloriosa proeza de Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada y que yace en un hangar a la espera del "tigre" que se anima a devolver la visita de los aviadores españoles. Queremos referirnos a la compañía de operetas que acaba de presentarse en el Avenida y que lleva el mismo nombre.

Si bien las obras con que debutó, "La mascotita" y "El país de las campanillas", son ya conocidas de nuestro público, el debut atrajo una muchedumbre que llenó de bote en bote la amplia sala del Avenida y aplaudió la excelente versión, singularizándose en su aprobación con la "estrella" Inés Berutti, que ha vuelto de España, después de una larga ausencia, muy perfeccionada en sus aptitudes y en su voz, por cierto agradabilísima. La Berutti, que es argentina, gustó mucho. Sus compañeros fueron, asimismo, celebrados.

SIGUE LA DANZA

En el Liceo terminaron las representaciones de la pieza con que se inauguró la temporada, "La danza del fuego", del doctor Luis Rodríguez Acasuso. Blanca Podestá, la heroína doliente del melodrama, cosechó nutridos aplausos todas las santas noches y las que no son santas, o sean las tormentosas.

"La gloria de don Ramiro", realizada por Eduardo R. Rossi y Alberto Ballerini en verso (¿?), cuyo estreno ha de constituir un acontecimiento, dados los antecedentes poéticos de Ballerini... Pero antes se estrenó "Crucificados", de Julio Dantas, el gran escritor lusitano, obra de que nos ocuparemos en el número próximo.

COMPLETO PARA EL NACIONAL

O mucho nos equivocamos o a estas horas se ha servido ya "Café con leche" en el Nacional, la pieza de Martínez Cuitiño, cuyo estreno era inminente al escribir nosotros estas líneas. El título de la pieza despertará gratos recuerdos en muchos miembros de la farándula que saben de las delicias de un completo, ingerido con fruición cuando no se está contratado...

Del "completo" de Cuitiño se esperaba más de un completo en la sala, lo cual no debe extrañar tratándose de un autor de buena puntería. Ahora que ese café con leche puede ser más o menos sabroso, porque no es lo mismo el completo del Plaza Hotel y el que sirven en las lecherías de los Corrales.

GÉNOVA EN BUENOS AIRES

Ha debutado en el Marconi la compañía dialectal genovesa que dirige el comendador Gilberto Govi, y que viene de Italia precedida de buena fama. Su prestigio no ha sido por cierto traicionado por el público porteño, que saludó con sostenido aplauso al conjunto y especialmente al actor Govi, destacado artista de grandes dotes.

Con más espacio, nos ocuparemos de esta temporada en otra edición.

LA ARNAUD

La interesante danzarina Hortensia Arnaud se ha desvinculado de la Ópera. Era de esperarlo. En ese teatro atienden a los de adentro lo mismo que a los de afuera...

La Arnaud ha sido contratada de inmediato por la empresa del Porteño, en cuya sala se presentará en breve.

VOLVIÓ A ESTRENAR GUTIÉRREZ

No se trata de un chaleco; se trata de una obra. La intrepidez del galánico actor Eliseo Gutiérrez no desmaya por un quítame allá esas pajas, o sea su famoso estreno del Sarmiento, en cuya oportunidad la crítica unánimemente le dijo que conspiraba contra los propósitos artísticos del empresario Reali. Gutiérrez insiste en su vocación de comediógrafo y seguirá insistiendo en lo sucesivo. Hace bien. Siempre es mejor escribir que jugar.

Con la compañía de los Ratti ha estrenado "La muerte a plazo fijo", de la que no llegamos a tiempo en este número para comentar, pero que nos aseguran que es una obra divertidísima, tanto como su último chaleco. Prometemos al lector, formalmente, decirle en nuestra próxima edición de qué color es la obra del elegante actor del Sarmiento.

CASINO

Debutaron en este teatro de variedades Mlle. Henriette Lefevre, "La reina del diablo", artista de juego elegante y vistoso, y los acróbatas cómicos Bara and Kelsey, que produjeron mucha hilaridad representando el cuadro "El tren de las 9.47 horas".

Estos elementos y los que ya vienen acupando el escenario hace tiempo, atraen mucha concurrencia a las funciones.

GRAND SPLENDID

Con éxito se desarrolla la temporada recientemente inaugurada en este espléndido "cine", lugar de cita de las familias más distinguidas de la sociedad porteña. Las funciones constituyen verdaderas reuniones sociales, en que la mujer pone las más altas notas de elegancia y belleza. Por su parte la empresa exhibe las mejores películas, muchas de las cuales se pasan repetidas noches.

CAPITOL

Con la inclusión de números de varietés, este bello "cine" ha venido a dar mayor atracción a sus funciones. Willy Kasbe et Grille, artistas acróbatas, y la troupe de bailes rusos de Borry, son muy aplaudidos por un público numeroso y selecto que tiene predilección por esta sala.



De la temporada en las termas de Cacheuta



Familia de Gaye.



Señoras Lola de Corés e Isabel M. de Bejarano y niños de Corés.



Señora de Beck y señorita Aída Giacio.



El señor Bignolo y su familia.



Señorita Juana Esther García y señores Ramón I. Stringaro y Benito Guiñazú.



Señor Luis Raggio.



Señoritas de Vasena, Sales y Miralles Escudero y señor Raggio.



El paseo de rigor.



Señor Angel Piallentino.



A la llegada del internacional.

Fots. Bejarano.

Talleres Gráficos Cía. Gral. de Fósforos - Buenos Aires
INDUSTRIA ARGENTINA



Realce su Belleza

aplicando a su cutis el delicioso Polvo Graseoso Leichner de sutil fragancia y fácil adherencia, que hará resaltar en su rostro y escote la lozanía de la juventud, en una tez suave, sedosa y perfumada.



POLVO GRASEOSO
LEICHNER

Al enviar los cupones contenidos en las cajas no olvide de certificar su carta, de lo contrario se expone a perder un obsequio de gran valor.